

PQ8180.25
S63M6



**UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
"DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ"
CONSEJO DE ESTUDIOS DE POSTGRADO
MAESTRÍA EN LITERATURA LATINOAMERICANA Y DEL CARIBE**

TRABAJO DE GRADO DE MAESTRÍA

**EL SIGNIFICADO DEL MESTIZAJE EN EL PAÍS DE LA CANELA DE
WILLIAM OSPINA**

Trabajo de Grado de Maestría presentado como requisito parcial para optar al Grado
Académico de *Magister Scientiae* en Literatura Latinoamericana y del Caribe

DOMINION

SERBIULA
Tulio Febres Cordero

Autor: Lic. Pedro Nelson Montes.
Tutor: MSc. Camilo E. Mora Vizcaya

San Cristóbal, febrero de 2013



**UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
“DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ”
CONSEJO DE ESTUDIOS DE POSTGRADO
MAESTRÍA EN LITERATURA LATINOAMERICANA Y DEL CARIBE**

TRABAJO DE GRADO DE MAESTRÍA

**EL SIGNIFICADO DEL MESTIZAJE EN EL *PAÍS DE LA CANELA* DE
WILLIAM OSPINA**

Trabajo de Grado de Maestría presentado como requisito parcial para optar al Grado
Académico de *Magister Scientiae* en Literatura Latinoamericana y del Caribe

Autor: Lic. Pedro Nelson Montes.
Tutor: MSc. Camilo E. Mora Vizcaya

San Cristóbal, febrero de 2013

AGRADECIMIENTOS

A la vida por darme la oportunidad de existir.

A mi hijo Ludwing que con su comprensión y arte inspira mi trabajo.

A las mujeres presentes en mi vida y que habitan en mi corazón,
por ser el soporte para alcanzar la cima.

A mis compañeros maestrantes Milena, Shirley, Carlos y Luis
que compartieron su sabiduría.

A mis profesores Dra. Yirah Pérez, Msc. José Romero Corzo,
Msc. Otto Rosales y Msc. Camilo Mora
por su paciencia y enseñanzas en el camino del saber.

www.bdigital.ula.ve

ÍNDICE GENERAL

	pp
ÍNDICE DE GRÁFICOS	v
RESUMEN.....	vi
INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO	
I PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	16
II REFERENCIAS ONTO-EPISTEMOLÓGICOS.....	41
Apuntes sobre el enfoque epistemológico y la tesis hermenéutica	42
III REFERENTES TEÓRICOS	57
Definiciones básicas de la categoría del Mestizaje	59
IV MARCO METODOLÓGICO.....	75
Estudio semiótico	82
Relación de las categorías y construcción del significado del mestizaje	109
CONCLUSIONES.....	126
REFERENCIAS.....	130
CURRICULUM VITAE.....	135

ÍNDICE DE GRÁFICOS

GRÁFICO

1	Categorías Configuradoras de la Investigación	36
2	Dimensión Metodológica.....	81

www.bdigital.ula.ve

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
“DR. PEDRO RINCON GUTIERREZ”
CONSEJO DE ESTUDIOS DE POSTGRADO
MAESTRÍA EN LITERATURA LATINOAMERICANA Y DEL CARIBE

EL SIGNIFICADO DEL MESTIZAJE EN EL PAÍS DE LA CANELA DE
WILLIAM OSPINA

Autor: Pedro Nelson Montes Hernández
Tutor: MSc. Camilo E. Mora Vizcaya
Noviembre, 2012.

RESUMEN

El País de la Canela (2008), novela del autor colombiano William Ospina, galardonada con el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos en 2009; es un extenso relato que narra la expedición fraticida de Pizarro por el ancho río del Amazonas, en una serie de acontecimientos paralelos contados por un narrador mestizo quien intenta advertir a Pedro de Ursúa de los peligros que entraña la campaña en ese vasto territorio de una selva depredadora. En el diálogo de los personajes, el narrador mestizo le expresa al explorador español que “es bueno que sepas que otros tan valientes y poderosos como tú fueron derrotados por el espíritu de los ríos” (Ospina, 2008:47), siendo esta observación testimonial compartida, un pretexto para evitar que su contraparte experimente las mismas penurias y posibilidades de muerte que sufrieron muchos soldados e indios, consejo que nace por el aprecio personal que tiene a tan ilustre guerrero y caballero. El presente trabajo busca deconstruir los hilos narrativos en torno a cinco categorías principales como lo son: el extrañamiento, el imaginario, la otredad, la transculturación y el mestizaje dentro del marco de un estudio semiótico del relato.

Descriptores: transculturación, extrañamiento, imaginario, otredad, mestizaje, semiótica.

INTRODUCCION

El principal aspecto de la literatura del Caribe que caracteriza los discursos narrativos es el viaje. No en el sentido único de una poética del viajero por la geografía caribeña, sino el viaje como exploración por la historia, la memoria y la identidad. El primer esfuerzo literario de viajes comienza con la descripción de la travesía de los españoles a tierras extranjeras; crónicas que ilustraron los maravillosos paisajes agrestes, los caudalosos y devoradores ríos, las infinitas montañas excelsas, las devastadoras bestias míticas, las ruinas de imperios sublimes, las sangrientas batallas contra seres indefensos y los grandes conflictos entre los mismos conquistadores. En la actualidad, se percibe que la literatura “intenta revelar la experiencia del viajero que salta fuera de un espacio para caer en el espacio del otro” Barthes (citado en Benítez, 1998: 217). En este sentido, el inmenso esfuerzo por novelar la realidad caribeña exige al escritor situarse en el territorio existencial. Un espacio que abre caminos para trasegar por el pasado en la búsqueda del sí mismo. Esto implica trasladarse al opuesto de su realidad y al hacerlo sufre un desarraigo en su modo de ser.

De igual forma, la literatura caribeña utiliza la imagen del viaje como re-encuentro de un sí mismo transformado en un ser-otro, en una mixtura cultural dinámica con el extranjero, pero de la misma manera, el viaje constituye la forma sintagmática de los relatos caribeños, con rupturas, discontinuidades, encuentros misteriosos, retornos y avances a nuevas realidades siempre contrapuestas pero unidas por propósitos y fines comunes. Es un ir y venir. Un intento por arraigarse

pero a su vez descentrarse, es el permanente viaje y exilio. En la estructura del relato el viaje simboliza el paso entre un micro-relato a otro; es un desplazamiento entre pequeñas historias. La literatura procura conservar en el estilo narrativo esta condición ontológica del caribeño. Por ello, el Caribe tiene “una profusa producción literaria que gira en torno a estos sentimientos, testimonia la condición de errabundez del caribeño en búsqueda de sí mismo” (Giménez, 1991: 148).

La novela *El País de la Canela* (2008) es la expresión más clara de digresión en la estructura narrativa y de des-naturalización ontológica en los personajes, los ambientes, incluso el lenguaje. El mismo narrador, que participa del relato, padece de un dejar de ser siempre lo mismo en su identidad, al ser permeado por el encuentro con el otro (sujeto nativo) y lo otro (la naturaleza – la selva) comienza a descubrir su condición de mestizo.

Por consiguiente, la imagen del viaje sirve para explorar el multiverso de la novela *El País de la Canela* de Ospina. El viaje, como retorno a la historia de los pueblos, y el encuentro entre las civilizaciones europea y amerindia, como un proceso de extrañamiento y transculturación del sujeto en búsqueda de la identidad y como descubrimiento de la memoria desde una historia de los vencidos. La aventura central que emprende el narrador – personaje en forma de relato y diálogo con el “supuesto” Pedro de Ursúa, advirtiéndolo de los peligros de la selva, es la cruenta expedición por el Amazonas en busca del país de la canela. Allí devela las atrocidades de los conquistadores y desenmascara el imaginario del héroe al reducirlo a una caricatura grotesca de anti-héroe; permite conocer la intensidad del viaje a las Indias y el extrañamiento con la cultura aborígen y con la naturaleza.

El otro viaje paralelo es la búsqueda de su identidad mestiza y el recorrido reflexivo en largos soliloquios, un viaje que permite comprender el imaginario de la selva desde un mirada perspectivista, un descenso al infierno (español) y ascenso al paraíso americano (nativo). Aunque Ospina introduzca en el narrador la función de imaginación para recrear los hechos desde la ficcionalidad, no significa que el relato es completamente fantástico; existen hechos asombrosos e incalculables que aparentan ser relatos imaginarios, pero fueron reales, es decir, realidades definidas dentro de la noción de lo real maravilloso. Utiliza el lenguaje hiperbólico, al estilo de García Márquez, para alcanzar a delinear la realidad, no para exagerarla sino describirla. Algunos hechos e imaginarios son ensoñaciones que habitaron y definieron, en la práctica, un modo de vida.

El viaje del narrador por las Indias comienza en la imaginación que despiertan los relatos contados por antiguos viajeros en la casa de su padre, en la isla La Española¹ y el viaje real a las tierras inicia en la interpretación que hace de las relecturas a los pliegos que su padre escribió incentivándolo a recorrer por Castilla de Oro (actualmente Centro América), el Pacífico colombiano hasta la ciudad inca para recuperar sus riquezas. El primero obedece a la necesidad del autor por reconstruir la historia de lo no-dicho y la segunda es recorrer, con el lector, la memoria desde el imaginario del mestizaje y la historia de los vencidos. La aventura hacia la memoria se compone de dos situaciones: la historia contada a Pedro de Ursúa, a quien intenta advertir de las penalidades que entrañan la selva americana y el río Amazonas y la descripción del viaje que hizo junto a Francisco Pizarro. El narrador navega por el

¹ La Española era el nombre con que Colón bautizó a la isla de Cuba.

tiempo y la memoria para detallar los acontecimientos. La trama de la novela gravita en el viaje por el Amazonas, pero desde la ficcionalidad, el narrador nos introduce en algunos relatos históricos para contrapuntear entre la historia oficial y la historia percibida desde el horizonte del mestizaje.

Además, en la novela de Ospina, el narrador a medida que cuenta las experiencias en largos soliloquios, intenta concientizar a Ursúa del papel humanizador de la conquista, haciendo énfasis en la necesidad de que actúe conforme con su formación culta, a diferencia de la barbarie y atrocidad de los brutales conquistadores. De este modo, insta al joven Navarro a desistir de realizar la misma hazaña, pero éste insiste en continuar con su proyecto de ambición por la riqueza y el poder del nuevo reino. También, el contador de relatos, realiza un reconocimiento histórico comparativo entre Ursúa y otros personajes más arbitrarios y crueles como Pizarro, señalándole que: “tú vienes de un linaje de guerreros, pero basta mirarte para saber que en ti no solo hay sangre de soldados sino sombras de letrados y artistas” (Ospina, 2008:90).

También es posible que el narrador mestizo, pretenda convencer al lector de que el supuesto dialogo con Ursúa, posterior a la fallida expedición, se realizó en un breve lapso de tiempo, pretensión absurda por lo extensivo de los relatos y los detalles; lo que es comprensible en la necesidad del autor (Ospina) por ficcionar la realidad y el mismo tiempo.

Expresiones como: “Yo, que llegué antes de tú a las tierras del Inca” (29); “y tienes que admitir que tú mismo saliste de tu infancia bajo los destellos de ese sueño” (95); “Por eso me importa contárselo todo con mayor detalle, aunque sé que no

escuchas estas cosas buscando advertencia o consejo” (106) “¿Te distraes? ¿Me escuchas todavía? Yo sé que no eres hombre de libros, pero no puedo dejar de exaltarme recordando a mi maestro” (293); dan fe de esta posibilidad del juego narrativo desde la funcionalización propuesta por Ospina; demostrando que el narrador dirige los relatos a Ursúa para darle un conocimiento objetivo y real del mundo que debía enfrentar y explorar; además instarlo a tomar conciencia de su actitud frente al nuevo reino de Indias.

En el mismo orden, también, en esa dilatada narración, a través de formas de digresión y discontinuidad en el instante de contar los micro-relatos que se tejen y conforman la historia mítica en *El País de la Canela* (2008), el narrador intenta dirigirse al lector, contando los sucesos con una mirada nostálgica y crítica de los acontecimientos, expresando las bondades de españoles cultos cuyo objetivo fue conocer lo fantástico de la cultura americana para registrarlo en sus crónicas, y al mismo tiempo, las maldades de conquistadores asesinos de miles de indios en tierras vírgenes desde lo imaginado, a su vez presentando lo maravilloso y mágico del nuevo mundo y su riqueza no material, sino cosmogónica, característica ésta de nuestros pueblos amerindios.

Asimismo, el narrador, poseedor de una amplia experiencia historiográfica, heredada de su maestro Oviedo, quien logro registrar algunos hechos que fueron transmitidos y luego narrados en la obra *Natural Historia de Las Indias* (1526), funge como un testigo ocular de la experiencia de Fray Gaspar de Carvajal en la aventura contada al navegar por el río Amazonas, siendo partícipe de los hechos, y posteriormente, influido por el poeta italiano Pietro Bembo, se atreve a recopilar y

contar algunos de los relatos, no sin aplicar los principios narrativos que Bembo le enseñó:

Las nuevas historias del mundo merecían ser contadas en una lengua nueva. ‘no contemos en latín las luchas presentes’, le dijo, ‘pues los lectores hablan ya otras lenguas y no solo las guerras y los descubrimientos, sino el amor mismo y sus milagros debían cantarse en las lenguas vulgares (Ospina, 2008:292).

Con las experiencias de sus maestros, el narrador mestizo viene a relatar con una lengua nueva (la escrita española y la oral nativa), las aventuras y peripecias, las crueldades hacia los indios, las campañas frustradas y los cuerpos destrozados y enfermos, los maravillosos y exóticos paisajes, los míticos animales, las asombrosas y poderosas plantas carnívoras y las mágicas y gigantes mujeres devoradoras de hombres. Todo esto imaginado por la riqueza mítica de los españoles, pero que eran reales en el nuevo mundo.

El contador de historias (Ospina, 2008:277) como lo llamaba Juan de Castellanos, logró registrar detalle por detalle, cada evento histórico, cada rasgo de personalidad de desafiantes guerreros, cada expresión agreste, pero inocente, de la madre selva.

Esa construcción narrativa se realizó desde un horizonte ideológico marcado por la fuerte e inevitable intervención del autor. Ospina logra hacer de la novela un registro intertextual de las diversas historias descritas en las crónicas de Indias, alcanzando su máxima expresión estética al recrear con criticidad nuestra historia, es decir, “una ficción que habla de la ficción” (Vargas, 2009).

Esta forma de ficcionar consiste en contar la historia desde una perspectiva que permite reflexionar sobre los mismos hechos relatados, con el propósito de

comprender o interpelar el presente desde el pasado, pero también construir la memoria de hombres anónimos que fueron encubiertos, o mejor, eclipsados, por falsos historiadores.

Sobre esta base, el presente estudio literario intenta una aproximación comprensiva del significado del mestizaje contenido en la novela *El País de la Canela* (2008) del escritor colombiano William Ospina, desde dos horizontes: un estudio categorial y una comprensión semiótica del texto. Para ello, el trabajo se compone de cuatro capítulos que desarrollan no solo la investigación crítica de la novela, sino algunas discusiones sobre el estatus epistemológico de las ciencias sociales y la validez de los estudios literarios y culturales en el ámbito científico.

El primer capítulo plantea el problema del estatuto del saber de las ciencias sociales para comprender el mundo, la vida y los elementos simbólicos de la cultura. En primer lugar, se problematiza la legitimidad científica de las ciencias humanas en relación con la postura paradigmática de la ciencia positivista que enmarca el valor de científicidad en los principios de verificabilidad y la demostración experimental. Y en segundo lugar, ante la compleja discusión, se desarrollan varios argumentos que defienden la validez del saber social y literario desde el paradigma investigativo de la teoría crítica de la escuela de Frankfurt, que estableció una ruptura con la razón instrumental y amplió el papel investigativo a longitudes no verificables como la cultura, la ética, la estética, etc. y en este horizonte, introduce el papel de la crítica literaria como parte de estas dimensiones del campo simbólico, humano y social. Además, señala las características principales de las cinco categorías con que el

investigador crítico pretende acercarse al problema de la presente investigación. Aunado se explicitan los objetivos del estudio literario.

El capítulo segundo sitúa la naturaleza del estudio en cuatro ámbitos específicos: interpretativo, semiótico, ontológico y cultural; define el enfoque epistemológico interpretativo como base de la investigación por circunscribirse en el campo social y cultural. Por otra parte, sustenta, a partir de su enfoque, la tesis hermenéutica. En el marco de los estudios interpretativos los trabajos se ubican en la comprensión de sentidos o significados, no verdades irrefutables y metafísicas. Por tal razón, dentro de la interpretación se aborda el estudio literario en la hermenéutica jaussiana. Para ello, se desarrolla una serie de argumentos que aprueban la propuesta de la estética de la recepción ante la hermenéutica de Gadamer y Ricoeur por considerarlas finitas, al igual que la propuesta de Habermas de un discurso comunicativo establecido en los criterios pragmáticos de la verdad como consenso.

El tercer capítulo realiza un recorrido por las posibles investigaciones de la novela *El País de la Canela* y esboza las bases teóricas de las cinco categorías claves para la interpretación de los significados explícitos e implícitos en la novela. La macro-categoría clave y que se configura de las restantes es el mestizaje. Se utiliza la noción propuesta por el mismo escritor colombiano William Ospina en sus ensayos: *América mestiza* (2011) y en las conferencias recopiladas en el libro *Mestizaje e Interculturalidad: diálogos con William Ospina* (2009). Además, las subcategorías de transculturación, expuesta por Ortiz (1987); extrañamiento, esbozado por Arenas (2006); imaginario, planteado por Durand (2000); y la otredad, en el sentido bajtiniano, expuesto en la obra de Zavala (1991) y Torodov (1988).

El capítulo cuarto explica la propuesta metodológica desde la teoría semiótica de Romera Castillo (1980) y aplica los componentes de la misma, incluyendo el estudio del relato a partir de las categorías definidas en el marco teórico. El primer aspecto es desarrollar una lectura profunda en tres líneas significativas: una comprensión de la estructura sintáctica del relato, trazada en las unidades secuenciales del texto; el estudio semántico que acerca la mirada a los diversos significados explícitos e implícitos del relato, incluyendo los elementos estructurales y; por último, un acercamiento pragmático de la novela.

Por otra parte, las categorías tiene tres momentos: una breve definición, referencias al texto e interpretación de las mismas. Por consiguiente, con la estructura planteada se comienza por esbozar el fenómeno de extrañamiento que experimentan los personajes, luego la inevitable transculturación de las subjetividades a raíz de la tercera categoría que es el reconocimiento del otro, y el descubrimiento de su propia otredad. Posteriormente, una reconstrucción del imaginario como representación onírica del hombre sobre la idea de mundo y la nueva configuración del mestizaje como condición ontológica dinámica del ser latinoamericano.

CAPÍTULO I

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Uno de los principales problemas al que se enfrenta el investigador y crítico literario corresponde a la necesidad de legitimación científica en el estudio de las ciencias humanas. A diferencia del estatuto del saber positivista, cuyas investigaciones son apoyadas en parámetros de verificabilidad y demostración experimental, la indagación social, en términos empíricos, carece de rigor científico porque la definición de criterios en los estudios sociales no posee la misma condición de validez, por abordar fenómenos no experimentales.

La dificultad surge en el interior del proyecto de la modernidad. En principio, la ciencia asumió con optimismo el papel orientador de los procesos de desarrollo y Dadora de respuestas objetivas a la humanidad; creyó, con la idea del progreso, en la posibilidad de resolver los problemas sociales y, por el contrario, contribuyó a la decadencia humana y social. Un hecho que sintetiza la magnitud de la ciencia reducida al ámbito económico es simbolizado en el fenómeno histórico de Auschwitz² y produjo una crisis en las ciencias, puesto que la misma se redujo a

Una comprensión unilateral de la razón moderna, como razón instrumental y funcional, deforma la razón misma al reducirla solo al entendimiento; en esto consiste la hipertrofia de la ciencia, la técnica y la tecnología en desmedro de otras dimensiones de la razón: la cultura, la posibilidad de la crítica, la ética y la estética (Hoyos y Vargas, 1997: 25).

² Campo de concentración nazi en la segunda guerra mundial.

Por consiguiente, el nuevo enfoque de las ciencias sociales plantea una apertura hacia otras perspectivas de investigación, negadas por el enfoque experimental y técnico, que limitó el objeto de estudio de la ciencia a fenómenos perceptibles, circunscribió la definición de problemas científicos a hechos observables y desvirtuó la importancia de aspectos humanos. Hoyos y Vargas (1997) reivindican una gama de dimensiones de la misma razón, al permitir que la investigación obtuviera lecturas nuevas sobre un mismo fenómeno. En el caso de Auschwitz puede comprenderse el evento histórico desde la ética, la crítica, la religión, entre otras.

La ciencia consideró que su finalidad consistía en describir la realidad de forma objetiva mediante la demostración. En la visión positivista, todo proyecto investigativo de las ciencias sociales que no cumpla con los requisitos de las ciencias naturales carece de valor científico. Sin embargo, la discusión actual obligó a replantear los lineamientos y a considerar qué parte de la “investigación se entiende como un proceso de razonamiento” (Padrón, 2000: s.p). La nueva visión funcional de la razón, más allá de lo instrumental, posibilita un enfoque en las ciencias sociales diferente, donde incluye ámbitos del saber no científicos, pero mantiene el rigor de la ciencia.

A partir de la apertura racional, la investigación de las ciencias sociales crea nuevos caminos en el estudio de la realidad; ya no trabaja sobre el conocimiento empírico, sino en torno a las teorías. Mientras que la ciencia físico-natural tiende al estudio de los hechos, las ciencias sociales, del racionalismo positivista, privilegian los principios lógicos. En este horizonte, la investigación, desde el enfoque del

razonar, permite que las ideas se sitúen dentro del esquema, las leyes lógicas y constituyan un conjunto de proposiciones producto del ejercicio del razonamiento y de la deducción para la “formulación de teorías que siempre serán hipotéticas y provisionales” (Padrón, 2000: s.p). Por tanto, son las teorías la base de estudio de la nueva epistemología, no las ideas ni los universales.

Desde esta perspectiva, las teorías científicas, como representaciones simbólicas a través de un conjunto de enunciados, podrían ser refutadas por la lógica del conocimiento, basado en el estudio de validez de las proposiciones científicas. En palabras de Popper (1980: 57), “las teorías son redes que lanzamos para apresar aquello que llamamos <<mundo>>: para racionalizarlo, explicarlo y dominarlo. Y tratamos que esa malla sea cada vez más fina”.

El planteamiento de la investigación científica popperiana entrevé varias posiciones en contra de las ciencias empíricas. La primera es la importancia del lenguaje como aprehensión de la realidad. Ese enunciar el mundo, es sistematizado en un conjunto de proposiciones construidas por el lenguaje, en compañía de las leyes de la lógica. Proposiciones que tienen validez en criterios lógicos de verdad. Por ello, el segundo aspecto consiste en racionalizar o reflexionar sobre la teoría (meta-teoría) puesto que son los principios del razonamiento y las reglas lógicas que establecen el rigor científico y no la demostración experimental. Si la lógica es el regulador de la validez de los logros de la investigación, entonces, las teorías construidas en los estudios sociales pueden ajustarse al carácter de científicidad siempre que cumplan con los criterios del discurso de la lógica.

Por otro lado, el intento de aproximar un sistema de conocimientos para explicarlos y dominarlos permite que la investigación sea significativa. Esto implica que las teorías deben someterse a la crítica y el examen, contraria a la concepción rígida y axiomática de las ciencias duras. Las nuevas teorías no son verificables, pero si pueden ser falseadas (Popper, 1980). Podría afirmarse, desde la perspectiva anterior, que la investigación “es un proceso de producción de conocimientos esencialmente comunicable, replicable, evaluable y sometible a pruebas de fiabilidad” (Padrón, 2000: s.p). Los resultados de la investigación no son contrastables con la experiencia, la validez consiste en la funcionalidad de las mismas. Por tal motivo, señala que la investigación es un ejercicio del pensar que establece conjeturas representadas en enunciados lógicos, fundamentados en argumentos coherentes dispuestos a la crítica y la refutación.

Por consiguiente, se sustenta una parte de los cambios al enfoque contemporáneo de la investigación y crea una apertura a la visualización de objetos de conocimiento diferentes. Sin embargo, es necesario afirmar que el racionalismo crítico reduce los estudios sociales al campo del lenguaje y las estructuras lógicas de la misma. Para ello, la escuela de Frankfurt realiza una nueva propuesta al establecer una

ruptura con la teoría tradicional en cuanto que ésta parte de una realidad plana y estática y, así, se presenta como unos enunciados interconexiónados y que se derivan lógicamente unos de otros, utilizando el modelo matemático como modelo de modelos del conocimiento científico (Muñoz, 2009: s.p).

Los filósofos de la escuela crítica replantean el objeto de estudio, deslegitiman los hechos y las estructuras lógicas del lenguaje como criterios de la investigación en las ciencias sociales. En medio de la crisis, el nuevo paradigma sitúa los problemas científicos hacia “los factores relativos a lo simbólico y cultural” (Muñoz, 2009: s.p). La importancia de la teoría crítica consiste en desarrollar una propuesta investigativa que contribuya a la comprensión de las contradicciones de la historia, en varias líneas: las formas de dominación, la industria cultural y la cultura de masas. En este sentido, la investigación de carácter crítico aproxima la mirada sobre la existencia humana.

Este horizonte reivindica los problemas sociales y los introduce en el campo del conocimiento científico. Para ello, la noción de teoría tiene un significado distinto al conjunto de proposiciones interconectadas entre sí, planteado por el positivismo lógico, en cambio, para la escuela de Frankfurt, la teoría no surge como expresión ideológica, al estilo del clásico marxismo, sino que se convierte en “histórica, dialéctica, racional y negativa” (Muñoz, 2009: s.p), es decir, las teorías son determinadas por condiciones externas al sujeto y contrastadas por el mundo de la vida, el universo social. Esto implica que dos rasgos específicos en la investigación: el contexto y la temporalidad del conocimiento.

Por otro lado, es preciso afirmar que la teoría es histórica en la medida que expresa y aclara los eventos o acontecimientos del hombre en relación con la vida social en el ámbito cultural; es racional porque contiene un carácter crítico distinto al papel restringido de la razón instrumental o el *logicismo racionalista*. Por lo anterior, es imprescindible considerar que en los debates posteriores de la escuela

frankfurtiana se inicia una clasificación conceptual del término racional para diferenciar la razón crítica de la razón instrumental. Dos categorías surgen de la discusión: “[...] la racionalidad y la racionalización. La racionalidad siempre, y por fuerza tendrá que ser crítica, mientras que la racionalización no es más que el uso del esquema medio-fin en unos objetivos cuyos resultados últimos no sean más que los de consolidar lo constituido. Este sería el fundamento de lo instrumental” (Muñoz, 2009: s.p), reducir la tarea de la ciencia y la investigación al servicio de la eficacia y la utilidad, características naturales del capitalismo.

Asimismo, la teoría tiene un carácter negativo en cuanto se opone a las promesas de la modernidad. Con estos principios, la Escuela de Frankfurt transforma la investigación en cualitativa y supera el carácter cuantitativo de la misma; abre un escenario hacia los estudios humanísticos y los sitúa en diversos contextos de la realidad; ámbitos del conocimiento que abordó la ciencia positivista, pero reducida a una lectura experimental e instrumental y además, limitó el carácter simbólico (semiótico) de los mismos.

La apertura a otros campos de la realidad, en la comprensión de la teoría crítica, produjo las condiciones para legitimar el carácter científico de la investigación en la ciencia social y, referente a ella, constituyó una ventana para el estudio literario, como línea de los estudios humanísticos.

Por tal razón, el discurso académico y científico en las ciencias sociales, y en este caso, la literaria como campo de acción de la misma, debe fundamentarse en un tipo de investigación racional e interpretativa. El razonar no consiste en la reflexión superficial y anarquista, ni el uso del lenguaje retórico, sino al proceso de

razonamiento (orientado por los principios de la lógica y la experiencia) y la interpretación como enfoque que privilegia el estudio de los significados, atribuidos por los protagonistas, a un evento de la realidad.

Por ello, un aspecto de la tendencia de las ciencias sociales en el razonar, no es la comprobación referencial entre el objeto y la experiencia del mundo exterior, la correlación de los mismos, sino “la evidencia racional [...] que se estructura en forma de argumentaciones y razonamientos” (Padrón, 2000: s.p). Pero además del razonar, los paradigmas interpretativos de las ciencias sociales, insertan la comprensión y explicación del sentido de los fenómenos dentro de contextos concretos de los sujetos.

En el mismo orden de ideas, vale plantear que este tipo investigación cualitativa se identifica con el estudio literario porque implica una relación con el mundo social y simbólico (cultural). Por eso, es importante elaborar orientaciones teóricas que fundamenten y caractericen las condiciones de científicidad. En el prefacio de la obra, *Una introducción a la teoría literaria*, afirma que “sin ningún tipo de teoría [...] no sabríamos, en primer lugar, qué es una obra literaria ni cómo hemos de leerla” (Eagleton, 1998:4).

El planteamiento expuesto vincula el ejercicio crítico, en el ámbito de los estudios literarios y ofrece las condiciones para relacionar literatura e investigación. Por ello, es preciso comentar que *El País de la Canela* (2008), desde un estudio narratológico y estético, no es exclusivo del ámbito literario, también el texto narrativo posibilita una aproximación a los fenómenos de tipo cultural desde una ontología o fenomenología del lenguaje (Ricoeur, 1999), puesto que toda expresión

literaria transita por la condición humana, social e histórica del hombre, es *sui generis*, y por tanto, es un campo o ámbito en la investigación de las ciencias sociales.

Otro aspecto relevante a considerar es la discusión sobre la definición de literatura. Entre las disputas clásicas se advierte de la oposición establecida entre la literatura asumida como creación de la mera ficción y la literatura concebida como registro objetivo de la historia. Es importante, en el estudio literario, referir este debate, porque la obra escogida es considerada, por algunos críticos, una crónica de tipo histórico apoyado en recursos retóricos y poéticos, y no un texto literario con estructuras narratológicas y estéticas; señalan que la obra puede ubicarse en los rasgos del discurso literario pero en ningún instante en la narración literaria.

Además, la disputa incluye dos criterios que, en apariencia, distancian la literatura de los textos ensayísticos, las meditaciones teológicas, las tiras cómicas, que son la creatividad y la imaginación. La discrepancia revela que la literatura no puede prescindir de estos conceptos mientras que los otros tipos de textos sí, y sin embargo, Eagleton (1998:5) pregunta “¿quiere esto decir que la historia, la filosofía y las ciencias naturales carecen de carácter creador y de imaginación?”. Por ello, es necesario reflexionar acerca de que es la literatura.

Desde las premisas anteriores, no se puede definir la literatura en el plano de la imaginación porque puede incluir otros textos o discursos que no son propiamente literarios como los textos filosóficos, pero son posibles desde el uso de la lengua. En esta perspectiva, un texto literario puede definirse por su forma de escribir, lo cual conduce a trascender el lenguaje simple y cotidiano, e inclinarse por un lenguaje

circunscrito al ámbito de lo estético, de lo bello. Al respecto, Eagleton (1998:5) señala:

Si en una parada de autobús alguien se acerca a mí y me murmura al oído: “Sois la virgen impoluta del silencio”, caigo inmediatamente en la cuenta de que me hallo en presencia de lo literario. Lo comprendo porque la textura, ritmo y resonancia de las palabras exceden, por decirlo así, su significado “abstraible” o bien, expresado en la terminología técnica de los lingüistas, porque no existe proporción entre el significante y el significado

Este estilo de lenguaje supera la forma expresiva natural y lo transforma e intensifica a un nivel literario, enfoca su interés en la estructura lingüística del texto o la organización y forma del lenguaje, propia del formalismo ruso. La tendencia deslegitima la importancia del contenido temático e ideológico de la obra literaria, incluso los significados que habitan en los elementos estructurales y formales o los registros sñnicos del texto narrativo. Por lo anterior, es posible afirmar que la literatura es una especie de lenguaje especial que transforma el lenguaje denotativo y prosaico que empleamos espontáneamente en el diario vivir. Sin embargo, este planteamiento presenta un problema complejo. En una cultura, la transformación lingüística puede superar el lenguaje ordinario, pero en otra civilización, que desconoce los registros lingüísticos de otra lengua, no pueden diferenciar si es o no literario un texto. Aunque los formalistas comprendían las desviaciones producidas en el lenguaje, producto del cambio de contexto histórico y social, no tenían claro que “si éste se modifica quizás el lenguaje ya no se considere literario” (Eagleton, 1998:7).

Por otra parte, la literatura es considerada una creación simbólica de carácter no pragmático, es decir, carece de un fin práctico. En esta perspectiva, todo discurso

que se encuentre determinado por un contexto generaría diversas lecturas; a pesar de ser un texto prosaico y cotidiano, puede situarse en un plano literario; depende de la mirada del lector. La reflexión que surge en torno a la implicación de los contextos, conduce a afirmar que no necesariamente un discurso es literario, porque utiliza recursos retóricos, cualidades estéticas o características intrínsecas; puede serlo si la persona que aproxima la lectura supera el sentido pragmático. Según Eagleton (1998:9) “puede considerarse la literatura como las diferentes formas en que la gente se relaciona con lo escrito”. Sin embargo, la postura no pragmática legitimaría cualquier expresión o discurso en el ámbito de lo literario. Por ello, se hace necesario precisar unos criterios que enmarquen y delinee lo literario para no afirmar de que no hay nada que constituya la esencia literaria, es decir, no aceptar la posición de la

inexistencia de rasgos que identifiquen un texto de literario.

También es importante cuestionar la supuesta postura literaria de un lector al definir subjetivamente si un texto es o no literario. No se puede olvidar que un sujeto está determinado por un conjunto de conocimientos previos que condicionan la mirada de una obra y la pueden juzgar con arbitrariedad. Se puede afirmar que un contexto cultural determine si un discurso es literario o no, pero resulta polémico que un sujeto con sus prejuicios sociales, ideológicos o religiosos valore un texto determinado. ¿Cómo podría apreciar un sujeto neonazi la poesía de Nicolás Guillén si tiene un prejuicio xenofóbico? ¿Cómo se valoraría el *Decamerón* desde la religiosidad puritana? Y así, un sin número de relaciones establecidas entre el bagaje cultural de un sujeto con un discurso. En este sentido, la pregunta ¿qué es literatura?

se convierte en un problema complejo y crearía un debate en torno al significado de la literatura en los diversos contextos y culturas.

Sin embargo, la disputa académica no restringe proponer provisionalmente, para el objeto de estudio de la investigación, que la literatura sea una “forma de escribir altamente apreciada que no es una entidad estable” (Eagleton, 1998:11)³. No olvidemos que la literatura como expresión de la cultura se halla sometida a los prejuicios del sujeto histórico y de las condiciones culturales de una época. En este sentido, se sitúa *El País de la Canela* (2008) como una obra de carácter literario, pero en otro contexto cultural o disciplinario no está exenta de significar o tener una función distinta, por ejemplo, para un historiador, la obra sería un recuento historiográfico. En este caso, se ubica la obra de Ospina como una creación literaria con carácter narrativo que permite comprender los horizontes de sentido que la obra entraña en la trama del relato.

Con este sucinto recorrido sobre la importancia de la investigación, de carácter cualitativo, y la discusión sobre lo literario, se centra la propuesta de estudio sobre la novela *El País de la Canela* (2008), con el fin de aproximar la interpretación crítica a la narrativa del escritor colombiano Ospina; y, a su vez, comprender el significado del mestizaje a través de las categorías expuestas en la investigación literaria. Del mismo modo, identificar los sentidos explícitos e implícitos en la composición estructural del relato, para develar los significados y horizontes de sentido que pueden revelarse en la relación triádica entre el lector, el autor y el texto; la relación entre el pasado y el presente; la intencionalidad de las crónicas de la

³ Esta definición no desconoce la importancia de la literatura oral.

conquista con los elementos intertextuales al relato de Ospina y al interés pragmático e ideológico del autor.

Por este motivo, y dentro de la discusión de las ciencias sociales, es importante resaltar que la metaficción historiográfica permite a William Ospina repensar el sujeto histórico mestizo en el presente latinoamericano desde la construcción de los actantes y los acontecimientos del pasado, partes integrantes de la trama de la novela *El País de la Canela* (2008). Además, posibilita una comunicación intertextual con las Crónicas de Indias, para demostrar que a través del extrañamiento experimentado por los personajes y el reconocimiento de la otredad en la configuración del ser, el imaginario, como constructo de imágenes subjetivas, es posible, sin una lectura eurocéntrica (en la visión filosófica y cultural de Europa) y autoctonismos de identidad, asumir la condición ontológica mestiza para construir, según Ospina, un país futuro⁴. Este rasgo constituye el *per se* del proceso transculturador, entre la visión occidental y la herencia aborígen, es decir, el resultado producido por “el choque entre una cultura de la lengua oral y una cultura de la lengua escrita, entre la memoria y el libro” (Ospina, 1999:77).

Las referencias expuestas requieren la precisión de algunos conceptos. El primero, identificado como macro-categoría del estudio: el mestizaje. Noción plasmada en el entramado del relato *El País de la Canela* y anunciada por Ospina en

⁴ La noción de *país futuro* es un intento de Ospina por reagrupar el continente latinoamericano en una gran nación que ha sentido con rigor las consecuencias de la historia como el racismo, la exclusión, la marginalidad, la esclavitud. Esta situación negativa de América obedece al proceso de mestizaje. Sin embargo, el escritor colombiano plantea la mixtura cultural como alternativa para superar las contradicciones históricas. Esto es posible en la medida que nos reconozcamos en dicha identidad, superando el conflicto existencial y retomando lo mejor de cada una de las civilizaciones, puesto es imposible negar el cruce cultural, este hecho condujo a una nueva y singular síntesis racial en América. (Cfr. Ospina, 2011)

Mestizaje e interculturalidad (2009) y en *América mestiza* (2011) que no obedece al sofisma del encuentro de dos mundos. El escritor colombiano es enfático al afirmar que la mixtura cultural del americano fue producto de una conquista brutal, ajena a las voluntades, intereses y motivaciones de ambas civilizaciones. No puede catalogarse como un encuentro porque este fenómeno implica unos criterios que nunca existieron: el reconocimiento del otro como un sujeto diferente, un diálogo racional entre los mismos y un intercambio cultural. Las circunstancias casuales de la llegada de los españoles hicieron que en tierra firme comenzara el choque cultural, constituyendo un nuevo modo de ser. En sus conferencias, Ospina (2009:15) expresa:

Lo cierto es que llegaron los españoles y llegaron en unas condiciones tales, que se mezclaron con las culturas nativas... Por eso, la conquista de América fue un hecho tan asombroso, tan vasto, tan sorprendente, que significó tantos cruces de culturas.

Estas palabras sugieren que el mestizaje fue un cruce arbitrario de identidades, un choque violento, una modificación de valores, pensamientos y deseos de ambas civilizaciones, en circunstancias fortuitas, no planeadas como las viejas conquistas de occidente. Fue un acontecimiento inesperado que forzó, en el contexto, un desencuentro de culturas. Estos hechos permiten afirmar, que existió un choque, un enfrentamiento sangriento entre los dos mundos, que no evitó la mezcla de culturas, al contrario, posterior a los hechos de conflicto, se constituyó una nueva manera de ser y existir: una cultura que va siendo en su eterno devenir, y es que “América Latina ha sido desde el comienzo un laboratorio de fusiones culturales... una historia llena de repliegues y cruces” (Ospina, 2009:22).

Otra categoría que participa, articula y contribuye con su naturaleza a la creación de la condición “per se” del mestizaje es la *transculturación*. El neologismo acuñado por Ortiz (1987) en los estudios sociológicos para fortalecer la comprensión de la cubanía en *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, y por ende, la mixtura cultural en América Latina supera la noción de aculturattion⁵ de los ingleses. En este contexto, se sitúa la discusión de los estudios culturales en torno a las ideas de Ortiz, y las reflexiones elaboradas por Malinowski en el prólogo del mismo libro, quién define que la transculturación es “una transición entre dos culturas, ambas activas, ambas contribuyentes con sendos aportes, y ambas cooperantes al advenimiento de una nueva realidad de civilización” (1987:2)

La propuesta teórica de Ortiz (1987) constituye un importante aporte para exponer el nuevo modo de ser latinoamericano, pues al incorporar la expresión a los estudios sociales, culturales y literarios permite dilucidar algunas ideas que giran en torno a la identidad. Esta concepción dinámica de la cultura, y los procesos que intervienen en la misma, es mucho más extensa y menos restringida que las expresiones de “cambio cultural” y “aculturación”. En el mismo sentido, la transculturación, como proceso de cambio recíproco, entre los sujetos históricos en un devenir continuo, se relaciona a la categoría de mestizaje. La primera representa la movilidad entre varias realidades que van modificando los imaginarios de una cultura determinada, mientras la segunda es la expresión temporal de esa transformación de la identidad, cuya naturaleza es convertida en una condición de ser.

⁵La aculturación es el concepto que representa y significa la negación de una cultura para adaptarse a otra, es el desconocimiento de su identidad para plegarse a un modo nuevo de ser, es el “proceso de tránsito de una cultura a otra y sus repercusiones sociales en todo género” (Ortiz, 1987:86).

Por ello, el vínculo entre ambas es inseparable. La transculturación proporciona el acercamiento de las diversidades culturales y promueve el intercambio o la mezcla de los rasgos esenciales de identidad a partir de la movilidad. En el interior del término habita el cambio permanente que garantiza un constante hacerse, un ser siendo al infinito en el encuentro con el Otro. Mientras el mestizaje, como condición ontológica, no es acabado; es una realidad abierta a ingresos de nuevas realidades que la configuran, y la apertura es el factor que introduce o manifiesta la transculturación. Sin los distintos rasgos antes descritos no es posible el indisoluble lazo de comunicación entre el mestizaje y la transculturación.

Por consiguiente, la presencia de un grupo étnico o una cultura extranjera en un territorio determinado, con unos rasgos identitarios propios, posibilita que en los procesos de interacción comunicativa puedan los actores no sólo intercambiar las expresiones culturales o facilitar la imposición unilateral de una cultura sobre otra, sino la interiorización de una cultura sincretista en las prácticas cotidianas. Y en el escenario de la cotidianidad continúa el proceso de permeabilidad y transformación de los sujetos hasta constituir imaginarios que se hacen presentes y ausentes en el tiempo. En este sentido, la transculturación sería un proceso gradual de transformación cultural constante que forja, en una dinámica, nuevos *ethos* culturales en el mismo horizonte de identidad que continúan renovándose en el tiempo.

Otra categoría intrínseca a la transculturación es el *extrañamiento*; definido por Arenas (2006) como la forma de negación que un sujeto realiza de sí mismo, ya sea consciente o inconscientemente, o por causa de las circunstancias geográficas o existenciales que lo determinan, anulando cualquier resistencia de voluntad, cuya

consecuencia se traduce en producir en el sujeto un desarraigo del sí mismo y del territorio (existencial) donde habita. La diferencia con la transculturación es evidente y estriba en la pérdida de rasgos del ser. En apariencia son lo mismo, ambos se contienen en un rasgo, un despliegue desde la mismidad hacia la otredad, pero el extrañamiento implica el sujeto o subjetividad que se desplaza a otro lugar o posición, mientras la transculturación integra en el descentramiento el encuentro de diversas otredades. El extrañamiento es la pérdida de identidad, es la presencia y ausencia y la transculturación es el desplazamiento con el otro a una nueva realidad.

Esta idea conduce a una indefinición ontológica del sujeto o la cultura, en el sentido clásico, pero precisa una noción temporal en la perspectiva de la reflexión contemporánea, es decir, la mezcla de diversas identidades constituye nuevas imágenes de otredad al infinito en una condición de realidades simultáneas y/o asimétricas. La discusión óptica advierte que el ser está situado en un contexto y en la historia. Por ende, el ser es susceptible de modificación y es lo que se manifiesta en el ahí y ahora (Heidegger, 2000). Por tanto, la naturaleza del extrañamiento es un salir algo de sí que adviene de un proceso complejo de interrelaciones, en las cuales se rehace, y esa relación de interdependencia permite introducir la transculturación. Ambas categorías participan en forma sincrónica para producir conflicto, comunión, descubrimiento, redescubrimiento, configuración y reconfiguración de nuevas formas de construcción de subjetividades para cada cultura o grupo humano.

En el mismo horizonte relacional, el extrañamiento es una característica ontológica particular que se introduce en la condición del mestizaje y ese rasgo específico del dejar ser hace que el segundo se re-signifique no en el estado “per se”

del ser siendo sino en la imagen cultural, es decir, que el sujeto mestizo libera y adopta elementos culturales en su identidad, pero no cambia su estado esencial de permanecer en la constante transformación, en continuo movimiento y desplazamiento hacia lo otro. Es inevitable la afectación del Otro y no es posible escapar al cambio. Tal vez, la dinamicidad del extrañamiento sea un rasgo de originalidad del mestizaje en el sujeto latinoamericano.

Adicional a las categorías antes descritas, la *Otredad* es otro componente del constructo del mestizaje. Sin la presencia de la Otredad, como la exterioridad del sujeto, el afuera de su universo, las culturas opuestas, no habría mixtura cultural. Se afirmaría la vieja concepción metafísica de la universalidad y ahistoricidad del Ser, inmutable e inmodificable, donde lo único real es la existencia del Ser, y las particularidades y diferencias ónticas, unas simples apariencias. Es, precisamente, la existencia de la diversidad lingüística, racial y cultural de América Latina, la riqueza de la identidad, y es en la multiplicidad de matices que aflora la condición mestiza. Por tal motivo, la diversidad implica el reconocimiento de una serie de otredades con características propias.

Sin embargo, la palabra otredad tiene diversas acepciones. En la concepción bajtiniana, es una voz representada como conciencia e ideología (citado en Zavala, 1991), es la figura de un sujeto subjetivizado que agrupa un mundo lleno de símbolos y conocimientos propios que lo distingue de otros sujetos; en la interrelación con el afuera y el Otro es susceptible de ser re-significado. En este sentido, Zavala (1991:154-155) reflexiona sobre la importancia de la Otredad desde el enfoque bajtiniano, para señalar que

Si el ser se constituye continuamente en la voz-interior dialógica del <<yo>> y en el mundo de los otros, en términos epistemológicos el acto de respuesta implica una <<necesidad>>, obligación. Lo <<dicho>> y lo <<no-dicho>>derrideanos, lo <<dado>> y lo <<creado>> (utilizados en términos de Bajtin) está marcado por el <<otro>> (dentro de sus diferencias).

Además, la categoría revela su carácter social y la reciprocidad entre las subjetividades para la construcción de una realidad diferente al Ser antecedido, que no deja de ser pero que al actualizarse no es el mismo. La condición del ser-ahí es ser otredad y al reconocer el otro se aproximan para re-significarse en un continuo infinito. Por ello, la interrelación de las diferencias culturales exige una apertura y movilidad del ser hacia afuera, permitiendo la compenetración entre sí hasta ser otra cosa. Esta facultad de la otredad se manifiesta en la categoría del mestizaje. El concepto implica la permanente mixtura cultural, de cruces que constituyen nuevos modos de ser, revelando en asimetría y asincronía una multiplicidad de sujetos e identidades mestizas de un territorio geográfico y existencial compartido.

Ante el planteamiento de la multiplicidad de identidades mestizas, el lector podrá preguntar ¿Cómo es posible ontológicamente la existencia de una variedad de expresiones mestizas? ¿No habría una contradicción de dos o más realidades en un mismo fenómeno? En el horizonte hermenéutico y en la perspectiva postmoderna es posible, precisamente porque el hombre construye sus propios imaginarios en la interacción recíproca con el Otro en contextos diversos. La identidad de un sujeto o una cultura, no puede interpretarse con los criterios de la metafísica tradicional porque el Ser es concebido como unívoco, universal y ahistórico; en cambio, en las

teorías de la metafísica contemporánea⁶⁶ se legitima la comprensión del Ser desde la pluralidad y la diversidad. Por ende, la concepción postmoderna, permite inferir que la identidad es una representación imaginaria y temporal de sentido. Por tal razón, existen diversos modos de ser de la cultura en realidades simultáneas. Para ello, es imperativo nombrar una cuarta categoría: *el imaginario*.

A partir de las tendencias contemporáneas implícitas en las teorías del conocimiento, el acto creativo del hombre constituye un hecho relevante. Ya no son las ciencias naturales las que instauran el saber mediante la figura de la referencialidad; el conocimiento no es la corresponsabilidad establecida entre proposiciones surgidas del acto perceptual, racional y la experiencia, ahora “todo pensamiento humano es representación, es decir, que pasa por articulaciones simbólicas”(Durand, 2000:60); es un constructo de imágenes arquetipales transformados en modos de existencia temporal, es una autoreferencialidad simbólica de realidades imaginadas que obedecen a intereses, particularidades y deseos de un sujeto (individual o colectivo) inserto en el mundo de la vida. Wunenburger, en el prólogo del libro de Durand, el “imaginario” (2000), resume la definición:

Lo imaginario representa, mucho más ampliamente, el conjunto de imágenes mentales y visuales, organizadas entre ellas por la narración mítica (...), por la cual un individuo, una sociedad, de hecho la humanidad entera, organiza, expresa simbólicamente sus valores existenciales y su interpretación del mundo frente a los desafíos impuestos por el tiempo y la muerte (10)

⁶⁶ La concepción clásica de la metafísica consiste en definir la existencia a priori del Ser en sí. Por ello, las representaciones del mundo participan del Ser siendo universales y ahistóricas. Esta noción impide comprender la cultura y la identidad latinoamericana por reducirla a la idea de homogeneidad y a la abstracción atemporal en un multiverso de identidades simultáneas en el tiempo y el espacio. En cambio, los postulados filosóficos de la metafísica contemporánea plantean la pluralidad del ser en cuanto subjetividad permitiendo el reconocimiento de la diversidad de identidades en contextos diferentes y como modos manifestados en el tiempo.

La noción de imagen no simboliza las formas esculturales o gráficas de una realidad sino el sentido imaginado o visualizado en la psiquis humana, que fundamenta la razón de ser y existir del sujeto. Un hecho representativo es el conflicto y la ruptura que provocó Lutero al interior de la iglesia Católica, cuando asumió su condición iconoclasta frente a la representación simbólica de imágenes sagradas. La confrontación surge de la interpretación limitada que efectúa sobre el significado de la adoración de imágenes en el antiguo testamento, cuando la imagen no es la representación de la figura o forma corporal de algo, sino el sentido o significado que allí reposa. En las diversas esculturas o pasajes pictóricos de personajes consagrados habita la imagen de lo santo. Por tanto, es la santidad la imagen creada por el inconsciente colectivo para justificar las acciones religiosas del hombre. La santidad consiste en iniciar un recorrido hacia la perfección mediante la práctica de virtudes buenas. Esta definición sustenta la finalidad última del hombre cristiano (Durand, 2000).

Además, la imagen mental se convierte en una narración mítica, es decir, un discurso que expresa la verosimilitud de una realidad significativa y simbólica que representa el sentido configurador de la práctica cultural, determina el ethos social del individuo y responde a una situación social concreta del sujeto histórico. Sobre la base de estas aseveraciones, el mestizaje en *El País de la Canela* es representado por una imagen simbólica que plantea Ospina en el relato para construir un mundo nuevo que responde a la problemática contemporánea de América Latina. En el siguiente gráfico se exhiben las categorías configuradoras del estudio y su articulación con la noción de mestizaje.

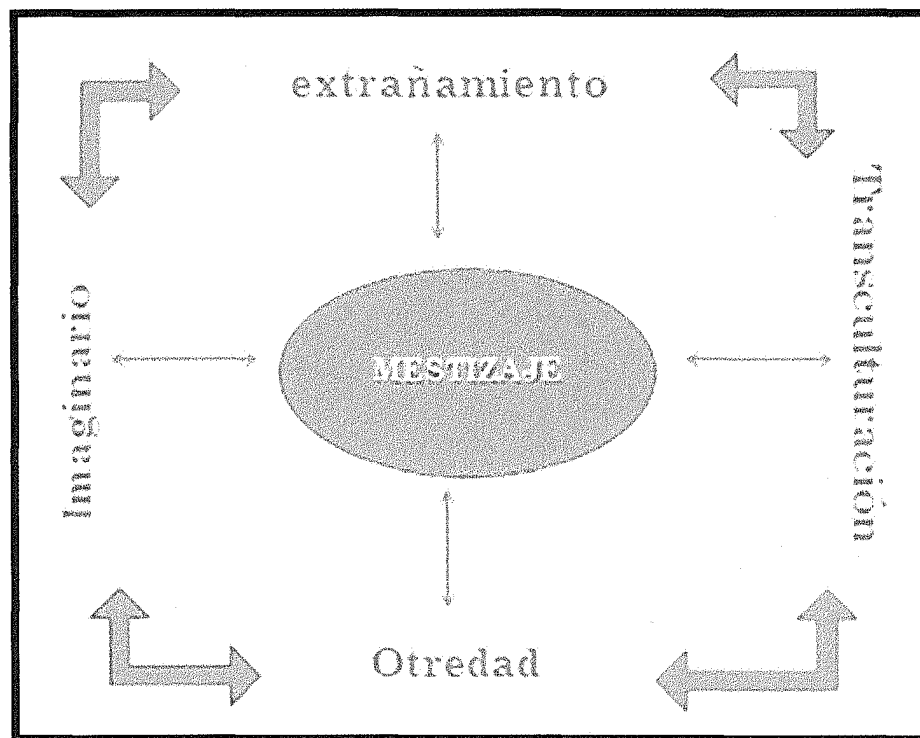


Gráfico 1. Categorías configuradoras de la Investigación.

A partir de la propuesta investigativa y las categorías configuradoras, se comprenderá el proceso y significado del mestizaje expuesto en el relato “El País de la Canela” (2008), y las implicaciones recíprocas de los elementos históricos, lingüísticos y estéticos. No es suficiente re-afirmar que el mestizaje es expresión de un cruce de culturas y condición histórico-ontológica de los latinoamericanos, adicionalmente debe insistirse la necesidad de asumir, interiorizar y habitar la mixtura en su propia esencia, desde la valoración manifiesta en la riqueza cultural de cada una de las civilizaciones y sus aportes significativos en las prácticas sociales, destinadas a construir una nueva nación en medio de la soledad existencial, la incertidumbre y la visión fragmentada del sujeto contemporáneo.

También, es importante establecer cómo fue experimentado el proceso del cruce cultural en la construcción del narrador-personaje mestizo, su relación con las diversas culturas en la configuración de su hibridez identitaria, el reconocimiento en su conciencia de su condición ontológica y antropológica, el compromiso en la construcción del nuevo ser latinoamericano, la relación con la naturaleza.

Estas reflexiones incentivan, entonces, las siguientes interrogantes: ¿Cómo funcionan los procesos de extrañamiento y transculturación en *El País de la Canela*, bases en la construcción del concepto de mestizaje? ¿Cuáles son las implicaciones ontológicas del reconocimiento de la otredad en el relato *El País de la Canela*? ¿Cómo se articula el imaginario de mestizaje, definido en la novela *El País de la Canela* con la ontología latinoamericana contemporánea? A partir de estas inquietudes surgen los objetivos siguientes:

Objetivos de Investigación

Objetivo General

Estudiar la significación del mestizaje en *El País de la Canela* de William Ospina fundamentada en las tesis semiótica y hermenéutica

Objetivos Específicos

- Definir y describir el proceso de mestizaje presente en *El País de la Canela*.
- Interpretar el concepto de sujeto histórico mestizo en el contexto actual latinoamericano y su inserción en *El País de la Canela*.

Justificación

El escritor colombiano, William Ospina, se ha convertido actualmente, en uno de los pilares de la nueva narrativa de América Latina que intenta repensar la historia desde la literatura, en el marco de lo imaginario y la ficcionalidad; y con base en la mirada de los vencidos, busca reinterpretar el presente. Su narrativa y sus textos ensayísticos más prominentes abordan el tema de la identidad desde la reflexión del mestizaje, asumido como problema ontológico y antropológico que permite al escritor y a sus lectores interrogar el ser latinoamericano, convertido en horizonte de posibilidad, para construir un país del futuro.

En esta perspectiva, el abordaje de la novela *El País de la Canela* (2008) se traduce en un esfuerzo intelectual dirigido a contribuir en la re-construcción de un nuevo sujeto histórico mestizo, el cual adviene como alternativa de solución a la problemática actual de la región. En este sentido, Ospina procura el surgimiento de un sujeto histórico comprometido políticamente, que desde su historicidad e identidad ayude a construir la unidad y la esperanza del mundo. Una esperanza que sólo es posible en la negación de la cultura industrializada y la racionalidad instrumental. Cultura científicista y economicista que se encuentra enraizada en el ethos social contemporáneo. Por eso es importante, una cultura que contribuya y garantice el respeto a la diversidad y las subjetividades culturales.

La novela *El País de la Canela* (2008), los ensayos *América mestiza: el país del futuro* (2006) y *Mestizaje e interculturalismo* (2009) son textos indispensables para el estudio del proyecto, ya que la producción intelectual de Ospina por investigar

a fondo la historia circunscrita a una visión epocal que viene determinando el imaginario político, social, económico y cultural de América Latina contribuye a la comprensión del significado del mestizaje. Por tal motivo, el estudio literario y hermenéutico del relato *El País de la Canela* posibilita la activación de procesos concientizadores en los sujetos latinoamericanos y, por tanto, fortalecen el reconocimiento de su identidad mestiza; identidad producida por el cruce cultural, choque brutal ajeno a la voluntad de los actores de la historia, imprescindible de aceptar con criticidad para emprender la aventura de conquistar un nuevo mundo en la actualidad. Esta identificación debe conllevar a la reconciliación social y a la superación de las contradicciones, no sólo de clase sino culturales. Pues aún se enraizan en las prácticas e intereses del ethos social.

En consecuencia, necesario es erradicar la concepción positivista y tecnocrática en la que se encuentran subsumidas las sociedades; filosofía economicista que detenta el poder procurando cerrar el paso a la diversidad y multiculturalidad; y con ello pretender —sin un diálogo fraterno con el resto de los pueblos—, homogenizar al hombre latinoamericano en una racionalidad unidimensional (Marcuse, 1964) al servicio del sistema deshumanizador, cosificante y masificador de conciencias. Por tal motivo, el trabajo investigativo de la novela *El País de la Canela* viene a contribuir con la discusión de la filosofía y los estudios culturales, y a coadyuvar a la re-construcción de la identidad de América Latina desde una lectura mestiza.

Así mismo, el estudio de la novela *El País de la Canela* (2008) es el deseo por aportar en la superación de la vergüenza cultural que aún asume de forma consciente

e inconsciente los pobladores de nuestra región. Esta conducta niega el legado ancestral y los procesos de mixtura cultural que en el devenir histórico viene sucediendo; condición que es aprovechada por el sistema consumista para sus fines comerciales, y por las sociedades hegemónicas para la concentración del poder y la dominación. La única salida al laberinto de la soledad (Paz, 1998) comienza por recuperar la memoria; sin el pasado no es posible el presente, pero un pasado que se manifiesta como una voz que subrepticamente se introduce e incide en los problemas contemporáneos del mundo de la vida de los latinoamericanos.

De igual forma, el estudio narratológico y semiótico de la novela *El País de la Canela* procurará elementos de discusión teórica en las nuevas expresiones estéticas de la novela histórica y, a su vez, alimentar el debate sobre las posturas filosóficas sobre la ontología latinoamericana. En este horizonte, el análisis contribuirá al estudio de la nueva novela histórica en América Latina; así mismo sugerir planteamientos para una discusión sobre la importancia de la poética postmoderna como un enfoque investigativo para la comprensión de la historia en la literatura. También crear un horizonte de expectativas para el estudio de la obra de William Ospina que con sus reflexiones ensayísticas y sus ejercicios literarios ha despertado una forma propia de comprender la historia y las culturas latinoamericanas en el escenario intelectual que compromete la escritura al servicio de la humanidad.

CAPÍTULO II

REFERENCIAS ONTO - EPISTEMOLÓGICAS

“habitamos en la palabra”

Hans-George Gadamer

Después de explicar en el capítulo anterior, que el presente estudio literario procura una aproximación al significado del mestizaje en la relación de las categorías de extrañamiento, otredad, transculturación e imaginario en el relato *El País de la Canela* de William Ospina, es importante indicar la naturaleza, el enfoque epistemológico y la tesis de la investigación.

1. *Naturaleza Interpretativa*: instrumento de investigación al sujeto humano y posibilidad de comprensión de la realidad dentro de un contexto específico. (González, 1996).
2. *Naturaleza Semiótica*: manifestación de sistema de significaciones, presentes en los procesos de comunicación a través de la complejidad y la tipología del signo, necesarios de interpretación (Eco, 2000).
3. *Naturaleza Ontológico*: estudio del Ser como interpretación de un ser siendo o existiendo de forma temporal y no una cosa real y concreta (Heidegger, 2000).

4. *Naturaleza Cultural*: presencia del hombre al interior de un entramado de significaciones necesario de comprender. La cultura es una ciencia interpretativa en busca de sentidos (Geertz, 2003).

Enfoque Interpretativo y Tesis Hermenéutica

A través de la historia de la investigación científica, las ciencias empíricas han pretendido dar respuesta objetiva a los fenómenos y realidades, no sólo naturales sino sociales y antropológicas. Las perspectivas positivistas restringieron el proceso de conocimiento a lo perceptual, es decir, al conocimiento originado de los actos sustentados en criterios mecanicistas de las cosas, a la simple forma sensitiva; por otro lado, el racionalismo postuló como único camino a la razón. Esta última corriente epistemológica, procuró establecer unos principios lógicos que representaron proposicionalmente la realidad. Ambas corrientes epistemológicas dispusieron sus teorías a la búsqueda de certezas que en la problemática actual presentan resoluciones parciales, dada la imposibilidad de conocer la totalidad y objetividad de la realidad, y la consideración de que el sujeto es independiente al objeto de estudio. En relación con la primera idea, Ricoeur señala que “el texto como un todo, y como una totalidad singular, se puede comparar con un objeto que puede ser visto desde distintos lados, pero nunca desde todos los lados a la vez” (1999:89).

Aquí comienza una visión opuesta a la rigidez objetiva prevaleciente en la investigación científica, aunque un texto literario o argumentativo se estructura en la unidad de los diversos elementos lingüísticos y semióticos, no significa que el texto

es unívoco; al contrario, es plurívoco y depende en gran parte de la relación con el lector. Por ello, el acto hermenéutico no consiste en abstraer el sentido plasmado por el autor, puesto que, los significados del texto son relativamente autónomos a su intención inicial. Lo anterior no implica el desconocimiento absoluto del autor sino el reconocimiento de significados que emergen del texto con relación al lector y los contextos. En palabras de Ricoeur “el texto ya no tiene exterior, solamente interior” (1999:93). Incluso, el lector con su horizonte de expectativas, en términos de Jauss (1975), en su relación o reciprocidad con el texto, construye o actualiza el sentido. El hecho es que el autor no puede recuperar la significación introducida en la construcción del texto, es imposible que el lector elimine de la conciencia, la experiencia cognitiva para comprender la realidad de la escritura, se puede establecer un diálogo y, tal vez, un acuerdo de sentido.

En la actualidad, se demostró que el proceso de conocimiento implica la participación de otros criterios de investigación que incluyen los aspectos cualitativos, negados por el carácter imperativo de lo cuantitativo. Ninguna epistemología puede negar aspectos de orden social, cultural, lingüístico, al instante de aproximarse a comprender un objeto de estudio, ni menos desconocer la incidencia del observador o investigador con sus previos conocimientos y experiencias, tampoco el contexto donde surgen sus propias preguntas. A partir de la crisis de las ciencias naturales surge el enfoque interpretativo de corte fenomenológico.

González (1996:223), en contribución con el debate contemporáneo generado entre las ciencias naturales y las ciencias del espíritu, compara la investigación positivista con el enfoque interpretativo y plantea que los primeros no pueden abordar

los problemas del ámbito social. Por tal razón, hizo necesario estipular un modelo de investigación diferente puesto que “el saber sobre los fenómenos sociales solo puede legitimarse mediante la interpretación por parte del observador del sentido conferido por el actor a su conducta” (González, s.f).

Esta premisa revela unos criterios epistemológicos diferentes: a. no se habla de certezas y verdades sino interpretaciones, b. la interpretación depende del sujeto, eso indica que el sujeto cognoscente es inherente o dependiente del objeto de estudio y viceversa, diferente a la visión independiente de las ciencias positivistas, c. si el sujeto es el responsable de la interpretación es necesario señalar la determinación cultural del mismo, la cual influye en el acto de conocer, d. si la interpretación la efectúa el sujeto observador es preciso delimitar el contexto en el que se circunscribe el fenómeno social. Esta idea conlleva a dos aspectos: reconocer la multiplicidad del sentido en una misma realidad y limitar el carácter causal de las ciencias naturales.

Por tal motivo, González (1996) sostiene que los criterios mencionados crean una epistemología diferente y contrapuesta a las ciencias naturales. Esta epistemología es conocida como enfoque interpretativo.

Tal enfoque contiene una serie de principios o axiomas que lo diferencia de las epistemologías clásicas. En primer lugar, y un rasgo esencial de discrepancia, se encuentra en la disyunción entre los conceptos explicación y comprensión. La epistemología de las ciencias naturales por su naturaleza positivista-racional tiende a realizar una explicación del fenómeno percibido, concebido como algo dado; mientras que el enfoque interpretativo pretende visibilizar el ser manifestado en el acontecer o en el suceso a partir de la comprensión. Aquella acepta la existencia de

un mundo o realidad objetiva aprehensible en su totalidad; mientras la segunda, en el estudio de lo social, la realidad es un acontecimiento de significados múltiples, aprehensible desde una lectura perspectivista, relativista, subjetiva y contextual que le confiere al fenómeno la posibilidad de ser comprendido en otro contexto y por otro sujeto, de manera distinta.

En relación a lo anterior, la principal característica que surge del ámbito interpretativo es el acto de comprensión. En los años 90 fue definida como “una estructura ontológica del ser del hombre en cuanto ser histórico” (Gadamer en González, 1996:232). El rasgo óntico advierte que el hombre es interpretado por sí mismo en su relación con el mundo; en la interacción entre el sujeto cognoscente y el objeto conocido, dentro de un contexto, se manifiesta el sentido y el significado comprendido se revela en su condición temporal. Y es la temporalidad la naturaleza del sujeto histórico, es decir, que el ser del hombre se define según las condiciones de la vida social; si la situación cambia, el ser del hombre también.

Por eso, la historia es el conjunto de acontecimientos que involucran el sujeto y lo redefine en un proceso continuo que es necesario comprender en su acontecer. Este elemento distingue el enfoque interpretativo de la epistemología de las ciencias naturales. Sin embargo, la comprensión implica un aspecto de racionalidad: la dialogicidad del sujeto cognoscente y el objeto conocido. En ese intercambio interactúan una serie de significados que influyen en la comprensión del sentido.

La perspectiva interpretativa instituye principios epistemológicos para situarse en el campo de las ciencias y legitimar una acción investigativa, por parte del sujeto cognoscente. Las máximas que sustentan su científicidad son: a. la

comprensión de los fenómenos (acontecimientos), b. la inseparabilidad del sujeto cognoscente y lo conocido, c. la construcción de ideografías⁷, no universales, d. la no diferenciación de causa – efecto, ningún acto interpretativo inicia de la causalidad ni de la linealidad del fenómeno, se presenta como situación o evento, e. los fenómenos se comprenden en contextos determinados, f. El sujeto – observador es instrumento de la investigación, es decir, influye en las determinaciones del estudio investigativo, entre otros de igual importancia teórica (González, 1996).

Por otro lado, este enfoque interpretativo reivindica la importancia del lenguaje porque allí habita el sentido o el ser temporal y en él comienza a construirse la realidad. El lenguaje no sólo es la forma comunicativa sino “el sistema de signos más importante de la sociedad humana y en él se sustentan fundamentalmente las objetivaciones comunes del ser humano” (González, 1996:234). Un signo es una representación simbólica que significa algo. Si el lenguaje es el medio de representación del mundo’, entonces se hace necesario decodificarlo para comprenderlo. Es así como el lenguaje se convierte en la condición y el horizonte donde se realiza el acto hermenéutico. Por consiguiente, es posible afirmar que todo acto creador de discurso literario, como constructo del lenguaje, implica la intervención del método interpretativo para la comprensión del entramado de signos que representan la experiencia del hombre en el mundo.

A través de la historia, la humanidad creó diversas tipologías del discurso para plasmar las experiencias con la vida, y esos discursos simbólicos fijaron “un” sentido

⁷En la investigación científica, se trata de estudios dedicados a la comprensión de las particularidades individuales y únicas de los objetos de estudio (M.T. Sirvent 1991)

que el tiempo y la historia los convirtió en plurisignificativos. Por tal razón, la particularidad de una semántica múltiple de un texto obedece a los intereses históricos y a las preguntas de un contexto temporal determinado. Por ello, aparece la hermenéutica como una teoría de la interpretación. En primera instancia, la hermenéutica es una disciplina que estudia la interpretación de los discursos o el desciframiento de los códigos, similar al papel de Hermes en la mitología griega, cuya función era interpretar los mensajes de los dioses y comunicarlos a los hombres. Y en segunda instancia, la hermenéutica concebida como método de interpretación, inserta en el marco de la historia y el contexto. En este sentido, la nueva tendencia de la hermenéutica contemporánea supera la ahistoricidad y atemporalidad del sentido concebido por las primeras formas de interpretación creadas en la antigüedad.

La primera forma de comprensión surge en el seno de la interpretación hebrea con la experiencia espiritual de Moisés con Dios. El producto de la experiencia compartida entre el personaje bíblico y la divinidad son las tablas de los diez mandamientos que resumen las normas de convivencia del pueblo de Israel y que son convertidas en verdades únicas y atemporales. Pero la situación real que concibe Moisés en su pensar es que las normas divinas de las escrituras son universales y en la practicidad desconoce el contexto diverso de su pueblo. Ante la complejidad de la realidad histórica tiene la necesidad imperiosa de interpretar la voz de Dios en los escritos sagrados para comunicarlos a la capacidad comprensiva de la comunidad israelita y a las diversas culturas que la componen.

Sin embargo, a pesar de la determinación histórica del sentido inicial, Leighton (2009) considera que la hermenéutica bíblica asume la responsabilidad de

transmitir el mismo sentido, negando el contexto originado o los nuevos contextos. Posteriormente, indica el autor, los rabinos judíos asumieron la visión hebrea y plantearon el Midrash que consiste en el “proceso de sacar lo que está latente en el texto” (2009: s/p); además, señala que con el tiempo se creó el método alegórico convertido en “la práctica de buscar correspondencias de lenguaje y conceptos entre un texto y otra realidad externa” (2009: s/p).

La exégesis bíblica evidencia dos momentos: primero nace de un acto hermenéutico de Dios sobre la problemática de su pueblo, es decir, Dios comprende la realidad de Israel y establece unos criterios de convivencia y luego, una segunda interpretación por parte de Moisés de la palabra divina para ajustar el sentido de los mismos al entendimiento de su pueblo sin tergiversar el sentido inicial. Esto indica que la escritura resguarda un mensaje unívoco, válido para cualquier pueblo y tiempo de la historia que es necesario interpretarlo; y el método utilizado concibe la siguiente fórmula: un autor plasma un sentido en un texto para ser comunicado por un lector que no posee ningún interés y no es situado en un contexto, es decir, el lector es una abstracción en la inmanencia del texto. A este postulado se opone la nueva tendencia hermenéutica (Leighton, 2009).

Ante la concepción hermenéutica, Gadamer (1998:13) acepta la universalidad del acto interpretativo, en *Verdad y método* afirma que “la universalidad del aspecto hermenéutico tampoco se deja restringir o recortar arbitrariamente en otros contextos”. Este postulado permite interpretar que el sentido parte de una diversidad de contextos, pero se unifica en un proceso racional intersubjetivo. Gadamer continúa considerando “que la experiencia de arte supera por principio siempre cualquier

horizonte subjetivo de interpretación, tanto el del artista como el de su receptor”. Los planteamientos evidencian consonancia con la propuesta del origen de la exégesis bíblica en el plano del arte; no es lo mismo en la historia porque en este ámbito no se reduce. Gadamer reconoce la importancia del interés y la pregunta histórica de un texto determinado.

Expresa que la universalidad hermenéutica no acepta en la investigación histórica los diversos intereses del sujeto, pero tampoco los niega; sólo considera que no puede reducir la reflexión de los intereses históricos a la historia efectual⁸. Aunque reconoce la comprensión siempre desde y dentro del contexto, no olvida el horizonte ontológico de la universalidad del sentido y lo resuelve con su propuesta del “sensus communis” (sentido común), la cual recoge la inmanencia racionalista del sentido pero desde los diversos contextos, es decir, la subjetivación del acto interpretativo es una parte individual que ha de encontrarse con otras interpretaciones personales en una perspectiva intersubjetiva, y ésta construye el sentido colectivo y lo impregna de un carácter finito y ahistórico. Sin embargo, es preciso indicar que el gran problema que presenta la hermenéutica gademariana es la visión finita del sentido.

Ante la postura intersubjetiva, la estética de la recepción (Jauss, 1975) acepta el contexto de la pregunta histórica, aunque no reconoce la finitud del sentido; y la intersubjetividad adquiere una connotación diferente. Además, plantea que el sentido se objetiviza en el tiempo, es válido en el instante presente del intérprete u horizonte colectivo y puede resignificarse hasta el infinito. En cuanto a la intersubjetividad, es

⁸La historia efectual es la estructura de comprensión y que predispone la apertura del mundo, es decir, se comprende siempre desde y dentro de determinado contexto (Gadamer, 1998).

posible, si se incluye un criterio dinámico. El primer criterio estipula la actualización del sentido en nuevos contextos, manteniendo una diacronía horizontal del mismo, es decir, se mantiene vigente el sentido en la linealidad histórica, sobre todo los antecedentes de horizonte o las interpretaciones anteriores que se actualizan con el nuevo intérprete. Este señalamiento tiene relación con Gadamer, pues ninguno admite un relativismo en el acto hermenéutico que lo individualice y lo aisle de otras interpretaciones. En Gadamer el sentido es intersubjetivo mientras en Jauss el sentido es objetivizado y actualizado a partir de interpretaciones antecendidas.

Dentro de la línea investigativa que orienta la presente investigación, la estética de la recepción de Jauss (1975) permite un acercamiento objetivo del sentido.

Puesto que el planteamiento de la objetividad hermenéutica en términos infinitos, se opone a la concepción gadameriana que tiende a la finitud del sentido. El sentido se temporaliza mientras existe una nueva reinterpretación del sentido. Por ende, la tesis hermenéutica se circunscribe a la estética de la recepción.

La teoría crítica de Jauss está conformada por los aportes de la nueva tendencia hermenéutica postmoderna, donde la subjetividad y el contexto son elementos centrales de la interpretación. El investigador no posee libertad y autonomía ‘absoluta’ para realizar la práctica interpretativa en forma unilateral, sólo es posible desde su reciprocidad dialógica con el texto. Desde esta óptica la subjetividad se define como la condición individual del espectador que se aproxima a la obra pero en una interacción con otros componentes que aportan en conjunto al acto interpretativo.

La lectura que efectúa el sujeto plantea como imperativo la función de estos componentes, no para desentrañar los posibles significados existentes en el texto porque para la estética de la recepción no existen, sino para construir nuevos significados. Esto indica que este enfoque de crítica literaria presupone que de la interacción entre el texto y el lector deben surgir nuevos significados. En este sentido, Jauss propone un corpus epistemológico para promover la comprensión, introduciendo en la nueva crítica cuatro categorías fundamentales: el horizonte de expectativas, los antecedentes de horizonte, la fusión de horizonte (replantada por el mismo Jauss por horizonte histórico) e, indiscutiblemente, el lector. Estos elementos permiten garantizar la objetividad de la interpretación. Es en este contexto donde la experiencia estética del lector, según Jauss (1975), no consiste, desde la propuesta gadameriana, en la búsqueda del sentido y la verdad de la obra, sino que desde el goce de la belleza, del espectador con la obra, pueda desarrollar su lectura.

En relación con la experiencia referida al arte como emoción, Gadamer cuestiona a Kant y, simultáneamente a Jauss, por limitar la experiencia sólo a la cualidad estética, reduciendo la lectura del espectador a una afectación sensitiva. Al respecto expresa que

Este repliegue de la subjetividad sobre sí misma tiene una contrapartida una concepción de la obra de arte como un objeto cuyo único propósito se reduce a procurar al espectador una emoción estética... cuando el objeto del arte se ve privado de toda significación cognoscitiva, de toda pretensión de verdad (Piché, 1984:5)

En contraposición al goce estético de Jauss, Gadamer plantea que el objetivo del acto interpretativo es la búsqueda de la verdad. La verdad no como objetividad metafísica, sino como constructo alusivo al 'sensus communis' (sentido común) de

las diversas interpretaciones de los lectores. La visión hermenéutica gadameriana es eminentemente racional⁹. Sin embargo, el *sensus communis* de la hermenéutica filosófica es el resultado del encuentro intersubjetivo de los diversos sentidos. Tanto en la ética comunicativa de Habermas y la hermenéutica filosófica de Gadamer, existe una tendencia hacia la finitud del sentido, mientras que en la estética de la recepción el significado interpretado se pliega hacia el infinito, objetivándose en cada acto interpretativo, es decir, el nuevo significado contiene un carácter espacial y temporal.

En estas dos propuestas se sustraen, desde el horizonte de Jauss, todos los elementos existenciales del intérprete. Este investigador reconoce en su experiencia estética la inclusión fenomenológica de la conciencia del sujeto, pero en un sentido alternativo al juicio estético kantiano, pues introduce el goce como parte de la experiencia estética ‘completa’, y desde el juicio estético revela que

No se limita únicamente a la experiencia subjetiva (*aisthesis*)... sino que se extiende a la experiencia intersubjetiva (*catharsis*). En esta realidad, rehabilita la noción kantiana de ‘sociabilidad’ inherente al juicio del gusto pues esta permite no solo delimitar sino también articular las relaciones entre arte y otros ámbitos del mundo de la vida (Piché, 1984:6)

Ahora bien, este postulado de experiencia hermenéutica, desde las emociones del intérprete, motiva a Jauss a cuestionar la propuesta de la verdad, en consenso con Habermas, en cuanto a la reducción de los significados del acto interpretativo a la univocidad pragmática. Este “consenso indiscutido e indiscutible al que conduce resulta ser, en última instancia, una norma represiva” (Piché, 1984:6). Jauss pretende

⁹El mismo estilo paradigmático de la nueva tendencia habermasiana para quien la verdad es el producto de un acuerdo o consenso de subjetividades a partir de lo dialógico (Habermas, 1982).

que la interpretación como objetivización debe contener un criterio flexible de apertura, es decir, que los nuevos lectores deben continuar resignificando el texto hasta el infinito; una interpretación de la interpretación que contenga en la praxis estética tres aspectos claves que “habitualmente se analizan separadamente: el productivo, el receptivo – ámbito subjetivo – y el comunicativo – ámbito intersubjetivo” (Capdevila, 2005:263). El énfasis hermenéutico de Jauss se encuentra en la interpretación infinita del texto por medio de diversos lectores, basados en los significados obtenidos de otros, a diferencia de Gadamer que centra la hermenéutica en una experiencia bajo el signo de la finitud. A esta comunicación del lector con las interpretaciones pasadas, Jauss la cataloga como ‘antecedentes de horizonte’, definidos como conjunto de significados que sustentan nuevas lecturas de un mismo texto.

Jauss cuestiona la anarquía o la subjetividad a ultranza de la interpretación, la descontextualización del mismo y la independencia de los componentes que implica el acto de comprensión del texto. Por tal motivo, no es posible ni aceptable que un sujeto interactúe con un texto sin unos significados previos. Además, se refiere con anarquía hermenéutica a la actividad crítico-literaria que desconoce otros ejercicios de comprensión y asume como objetividad o validez una sola mirada interpretativa.

El objetivo de la estética de la recepción es, precisamente, la interacción dialógica de los componentes implicados en el acto interpretativo. En esta misma línea, la importancia del estructuralismo en Jauss está esforzada en considerar al lector, el texto y el autor dentro de una relación inherente, ya que todos los elementos que participan en el acto hermenéutico detentan una función propia en relación con

los otros componentes. De ahí la relevancia de considerar al lector agente activo adyuvante en la construcción de significados.

También resulta necesario situar el texto dentro de un contexto determinado, no sólo al interior de la obra misma, sino en el lugar donde habita el intérprete y donde desarrolla sus actos comunicativos. Y es que el principal aporte del postestructuralismo radica en comprender el sentido de un discurso dentro del ámbito lingüístico, es decir, que una expresión o enunciado puede contener una multiplicidad de significados, pero sólo es válida aquélla que se circunscribe a un contexto determinado. Para superar cualquier ocurrencia arbitraria de significado es indispensable limitar la interpretación a criterios específicos del contexto. Todo acto de habla resguarda una intencionalidad en un territorio definido. Y por último, es indispensable la mutua relación de los componentes de la interpretación: el autor, el texto y el lector. Cada uno de ellos realiza una acción e introduce elementos simbólicos y significados que permiten construir un horizonte colectivo. Esta nueva perspectiva de sentido es posible como construcción o creación que permite nuevas lecturas del texto y este acto actualizado de hermeneusis, inicia desde los significados colectivos anteriores para las próximas experiencias estéticas.

Adicionalmente, la categoría de horizonte de expectativas implica renunciar, en la experiencia estética, a paradigmas de lectura fundamentados en teorías inmanentistas y propone que el intérprete se adapte a una nueva forma comprensiva de un texto o discurso. Esta experiencia le impone un modo diferente de conocimiento que en el decurso de la historia, y circunscrito a contextos diferentes, hace que el lector actualice constantemente los métodos interpretativos. Así como el

texto se perpetúa y resignifica hasta el infinito, de la misma forma el lector modifica, cambia, sus métodos en el acto interpretativo. El acercamiento del lector hacia el texto no es tímida y vacía, al contrario, debe aproximarse con disponibilidad y con una serie de expectativas, intereses y deseos. Son estas expectativas las que determinan la creación de nuevos significados. Iser afirma que el lector adopta roles como sujeto para la comprensión y como co-creador, es decir, a través del acto hermenéutico, el lector ayuda a producir nuevas obras; de este modo, el horizonte de expectativas le permite “inventar nuevos mundos, experimentar libremente los posibles” (Piché, 1984) en comunicación con la obra y el autor, insertos en un marco de horizonte histórico.

Jauss, al principio de su teoría, planteó la fusión de horizonte como criterio para objetivizar la interpretación colectiva, pero descubre un posible ardid de la finitud. Por eso, posteriormente, propone un carácter horizontal donde privilegia más el horizonte histórico que la fusión, aunque esta fusión está implícita en la temporalidad de la objetivización del sentido. La horizontalidad impulsa a la reconstrucción y actualización del pasado, y a la vez, respalda la infinitud del acto interpretativo, mientras que la fusión permite que el significado se presente como algo realizado, terminado y, se conserve, como plantea Gadamer (citado en Piché, 1984:10) una “supremacía evidente”.

Por último, el elemento principal y eje sustancial de la estética de la recepción es el lector. Durante mucho tiempo estuvo ausente en la práctica de la lectura. Jauss se convirtió en el principal defensor del lector, aunque desde otras teorías como la Reader-response y los conceptos de Wolfgang Iser (Pacheco, 2005:22) se afirma que

es el lector quien da existencia al texto. Una obra permanece inerte hasta que interactúa con el espectador, observador, lector o interprete. Por tal razón, “el texto no es el elemento más importante, sino el lector, el lector crea y recrea el texto como coautor” (Pacheco, 2005: s.f).

Estos teóricos que reivindican el papel activo del lector consideran que éste no interpreta el sentido sino que lo construye; además de los significados expuestos produce nuevos textos. Por eso, lo define como un ‘coautor’, ya que el lector se encarga de resignificarlo. Entonces, el texto nunca es el mismo, dentro de él habitan muchos textos que se pliegan en contextos diferentes y con lectores nuevos. Para que el lector pueda cumplir con su acto hermenéutico necesita asumir dos funciones: decodificar el mensaje del texto para interpretar el sentido y compartir su competencia lingüística, la cual requiere que el lector domine la lengua correspondiente al texto, posea conocimiento semiótico y demuestre competencia literaria (cfr. Montes, 2012: s.p).

En virtud por alcanzar los objetivos planteados, es necesario realizar un viaje por los diversos trabajos relacionados con la noción del mestizaje en la obra *El País de la Canela*. Además, delimitar las definiciones de las categorías que se utilizan para aproximar una mirada a los distintos significados de mestizaje que pueden habitar en el texto.

CAPÍTULO III

REFERENTES TEÓRICOS

ANTECEDENTES

En la pesquisa académica realizada para el presente estudio, no aparecen investigaciones de crítica literaria con referencia a la noción de mestizaje, ni aproximaciones ontológicas a la novela *El País de la Canela* (2008), solo se encontró uno de los principales aportes teóricos en el estudio de la literatura hispanoamericana más reciente que se allega y contribuye a la comprensión del relato de Ospina. Entre los textos más representativos que desarrolla un análisis de la novela en esta misma línea de investigación, está el artículo *El País de la Canela: Historia y ficción* de Libardo Vargas García (2009).

Este crítico, quien escribe para la revista española *Espéculo*, explora la novela *El País de la Canela* (2008), por una parte, para demostrar desde la teoría literaria de Seymour Menton (2009) si la novela de William Ospina puede suscribirse dentro la estética de la Nueva Novela Histórica Latinoamericana (NNHLA) y, por otro lado, explicar el carácter ficcional de la novela, la presencia de la metaficción en la misma y el uso intertextual en la prosa de Ospina. Para ello, aplica dos categorías o características de la nueva novela histórica: la noción de ficcionalidad e historia. Además, desde la teoría literaria Vargas García intenta un estudio narratológico del relato que fija su estilo en la nueva crónica literaria.

El comentario literario de este crítico arroja un resultado concreto: Ospina utiliza parcialmente la ficcionalidad propuesta en la teoría de Menton, puesto que ficciona algunos acontecimientos y personajes, mientras que cita textualmente de las crónicas ciertos personajes y acontecimientos reales; el uso regulado de la metaficción que incide con mayor acento en la acción del narrador, actante que interviene como un personaje inventado en la trama de la historia para restar parte de la verdad del relato y, por último, Vargas afirma la presencia significativa de la intertextualidad privilegiada por Ospina en su propuesta narrativa, donde rasgos biográficos, datos históricos, referencias poéticas, comentarios bibliográficos, “*se van entretejiendo de tal forma que se logra una verdadera polifonía*” Bajtin (citado en Vargas, 2009: s.p). Esto indica que la prosa narrativa del escritor colombiano esta tejida por un conjunto de voces, no solo intertextuales sino de voces ideológicas introducidas en los discursos de los personajes que son interiorizados y reflexionados por el personaje narrador.

BASES TEORICAS

Para desarrollar el presente estudio y realizar el acto interpretativo, es necesario delimitar unas categorías claves que posibiliten una mirada crítica al texto narrativo: El País de la Canela. Estas categorías, como entidades e ideas, son conceptos que interrogan y visibilizan los significados u horizontes de sentido que se construyen de la interacción del texto con el lector crítico. Además, su función consiste en delimitar la interpretación al interés, intencionalidad o expectativa del investigador en el marco de una línea investigativa de las ciencias sociales y/o estudios culturales.

Con relación a lo anterior, se plantea el mestizaje como categoría central.

Ospina (2011) concibe el concepto del *mestizaje* en varias direcciones: la implicación cultural, la determinación histórica y la influencia geográfica. El primer rasgo, es la existencia permanente del des-encuentro y encuentro. El mismo Ospina señala:

América ha vivido varios descubrimientos y esos descubrimientos a veces han sido posteriores a la conquista. Parece formar parte de su destino esa rutina de descubrimientos y conquistas, pero es tal la enormidad del territorio y la complejidad de sus culturas que a veces sentimos que nunca acabarán de descubrirse” (2011:14-15)

Este fenómeno esencial y componente del latinoamericano se traduce en el inagotable ser siendo. El escritor colombiano afirma que la complejidad y la dificultad para definir a América Latina tienen un origen en la incesante emancipación de sí mismo, debido a la afectación que las realidades o el mundo exterior causan en el proceso de la historia. Aunque desea tener identidad “es como una criatura que no encontrará nunca su nombre” (2011:11). El problema se sitúa por dos razones: por una parte, el hombre americano en la medida que se interroga,

indaga y conoce, des-cubre más expresiones de su cultura, geografía e historia que resignifica, de forma continua, el ethos y la identidad. Y, por otro lado, los acontecimientos históricos y económicos que se hacen presente en la cotidianidad, modifican el imaginario y la noción de mundo a pesar de la asimetría geo-cultural como sucedió en el Caribe con las plantaciones de azúcar y tabaco (Ortiz, 1987).

Asimismo, propone que el mestizaje es una representación simbólica de la pluralidad. Aunque los pueblos comparten hechos históricos comunes, los territorios geográficos y existenciales son peculiares. Las diferencias culturales, en parte, son locales y resalta la heterogeneidad que no posee Europa por su tendencia a universalizar algunos rasgos de identidad. Esto no implica que Europa o Estados Unidos de América carezca de mestizaje, la diferencia estriba entre el esfuerzo de los países del primer mundo por reconocer e institucionalizar la noción de nación en características homogéneas y el reconocimiento de la diversidad o multiculturalidad de América Latina. Por eso, el esfuerzo de Ospina consiste en reivindicar la diversidad como condición ontológica. Pero, de igual manera, contienen similitudes históricas: las manifestaciones de las dictaduras y las revoluciones. Esa pluralidad confirma lo originario de América.

Por consiguiente, “si algo caracteriza a esta región del continente es su extraordinaria diversidad” (Ospina, 2011:13). Es así como la biodiversidad, propia de las regiones, las viejas mixturas culturales que aún se resignifican con la presencia de nuevos pueblos, la diversidad del vasto territorio; reafirma que la mezcla no sólo es geográfica e histórica sino cultural. Por tal motivo, el conjunto de matices constituye el mestizaje con su riqueza de estilos que la identifican como una

comunidad con variedades, y a su vez, este rasgo particular la diferencia de los pueblos de occidente.

Otro elemento característico surge con el origen del mestizaje. Desde la historia oficial se ha reproducido que la mixtura es producto del encuentro entre los europeos y los americanos cuando en realidad lo que sucedió fue “un choque, porque desafortunadamente la Europa que encontró a América venía de una edad de barbarie” (2011:15).

Por tal razón, es comprensible las manifestaciones psíquicas y sociales de guerra y violencia, de dominación y sometimiento, de resistencia y revolución, situaciones que en términos de Ospina permite aseverar que “la formación de todos los pueblos está llena de conflictos, de confrontaciones y de influencias” (2011:92).

El mestizaje es resultado de las tensiones de intereses y se compone de una fuerte contradicción, es decir, que otro aspecto inherente a la naturaleza del mestizaje es la lucha de contrarios. Dicha confrontación produce un movimiento inmutable, valga la paradoja, que hace que la identidad no posea una definición última, al contrario, cada expresión de cambio recrea su realidad cultural, social, espacial, política, etc.

Además, la configuración del mestizaje cultural obedece al choque entre las lenguas, de sincretismo religioso y de lógicas de pensamiento: la racional y la mítica. El primer encuentro, sin diálogo¹⁰, fue la mezcla del lenguaje. La necesidad de algunos cronistas por nombrar el nuevo mundo, caso de Juan de Castellanos (Ospina: 1999), exigió introducir en la literatura el uso de palabras nativas que representaban

¹⁰ Ospina plantea que la manifestación del encuentro fue un choque inesperado y no un diálogo. El diálogo implica un reconocimiento del otro, una racionalización, una concertación y un estado de conciencia, que no hubo, al contrario, existió fue un encubrimiento, una negación del otro. (2011).

realidades desconocidos en Europa. La única forma de sistematizar la experiencia y el conocimiento era mezclar las lenguas.

De la misma manera, la mixtura religiosa es un fenómeno cultural en la conquista: entre el catolicismo y el animismo aborigen y negro. De igual forma, es necesario recordar que el cristianismo occidental, también es producto de un sincretismo particular. En el seno de su identidad se integran “tres tradiciones nacionales distintas: el monoteísmo hebreo, la filosofía griega que había argumentado por medio de Platón la existencia de un mundo material y un cielo espiritual, y la vocación de universalidad del imperio romano” (Ospina, 2011:116-117). Los nativos sometidos a un proceso de enajenación y obligados a creer en la fe católica fueron asumiendo una espiritualidad ajena, de hecho a unos indígenas le perdonaron la vida por convertirse, mientras que otros murieron con las más salvajes muestras de barbarie por no aceptar la nueva ideología. En últimas, la América Mestiza de Ospina es la construcción de un mestizaje infinito de matices, un repliegue de colores culturales que imposibilita una definición final.

Por otro lado, otra de las categorías centrales y componente del mestizaje, aplicables al estudio hermenéutico y semiótico de la novela *El País de la Canela* (2008), es el *extrañamiento*. El vocablo extrañamiento consiste en el desconocimiento del sí mismo, producto de la mezcla sociocultural o el intercambio cultural con el otro, en una interacción y reciprocidad permanente. También se puede definir, el extrañamiento como “una suerte de presencia y recomienzo constante, es una disposición abierta y sostenida de una lectura del mundo siempre vivencial y siempre dispuesta a desplazarse, a descentrarse, a descubrirse” (Arenas, 2006: s.p).

Esta des-centralización del ser, a raíz de las interacciones con el otro y lo otro, transforma el cuerpo y la psiquis de los sujetos, una especie de des-personalización o des-territorialización y re-territorialización del ser en el devenir (Cfr. Herner, 2009).

Para Úslar (1992) este fenómeno de extrañamiento implicaría reconocer que

La identidad del hombre latinoamericano ha sido conflictiva y oscura desde sus mismos orígenes históricos. La tierra nueva, los viejos equívocos de la sorpresa europea, la influencia no pocas veces contradictoria de las tres culturas fundadoras: española, indígena y africana, ya constituye motivo de dificultad para definir (15)

Sin embargo, tal como expone Úslar, este dilema permanente es uno de los rasgos evidentes de nuestra originalidad como cultura, dado que nos otorga rango de separación del bloque europeo. El latinoamericano no es un sujeto fijado como pretende la cultura eurocentrista. Por ello, no es una extensión y un calco exacto de sus realidades sociales, culturales y políticas, siempre ha estado en la búsqueda de elaborar modelos propios de interpretación de la realidad histórica y cultural, pese a las tendencias y corrientes clásicas de los modelos foráneos en los que enmarcan los estudios clásicos y tradicionales de la historia latinoamericana.

De esta manera, el extrañamiento, ontológicamente hablando, afirma que el ser existencial de un sujeto es abierto y, por ende, susceptible a la transformación del sí mismo como otro en la forma de rizoma. Un ser existencial circunscrito no sólo a una voluntad consciente sino a la determinación inconsciente de las circunstancias del mundo de la vida, mundos que habita en cada espacio y tiempo de la realidad que lo arroja a plegarse en una serie de instantes infinitos. En esta perspectiva, el sujeto nunca es el mismo, siempre es lo otro como alguien diferenciado que se desplaza de la centralidad a la periferia; en otras palabras, el extrañamiento es el fenómeno

sociocultural que experimenta un sujeto para oscilar entre lo que se es y lo que va siendo con el otro, es una reconfiguración o re-interpretación del sentido del ser existencial.

Desde este horizonte ontológico, surge la categoría de *otredad* que se encuentra implícita en el seno mismo del extrañamiento. No puede un sujeto dejar de ser sin la interrelación con el Otro. El Otro o lo otro (los demás sujetos y la realidad social y natural) como dispositivos que ingresan subrepticamente sin intencionalidad en un sí mismo para resignificarlo. Esta relación accidental permite la configuración de nuevos mundos posibles y nuevos sujetos históricos. Por un lado, “la otredad bajtiniana [...] es una parte integrante de la dinámica del proceso social” (Zavala, 1991: s.p) y, además, la otredad se presenta como un individuo o “grupo social concreto al que nosotros no pertenecemos” (Torodov, 1988:13) pero que interfiere en la modificación del ser mismo de un yo.

En primer término, la noción bajtiniana (Zavala, 1991) es importante en el estudio literario por circundar en el territorio del lenguaje que es lo que hace posible la construcción de un relato. Por consiguiente, la narración es un conjunto de enunciados que se hacen presentes a través de los personajes como conciencias que dialogan entre sí en el relato. El enunciado entendido como una voz o conciencia que representa un Otro. En el caso de la novela *El País de la Canela*, dicha otredad no es una polifonía exterior, como considera la teoría bajtiniana, pero sí es posible inferir desde ese concepto de otredad una polifonía interior en el personaje que narra. Por ello, la categoría de otredad puede coadyuvar al acto interpretativo en la medida que permite la pluralidad o multiplicidad de ‘yoes’ internos en un mismo personaje que

revelan el horizonte ideológico del texto y, por ende, la noción de sujeto histórico como imagen o representación del mestizaje.

En segundo lugar, se continúa definiendo la otredad como representación de un yo múltiple interno que puede refractar desde sí mismo diversos imaginarios ontológicos. En este sentido, es posible que un personaje en una novela pueda dialogar en su interior, en otras palabras, la dialogía bajtiniana dice que “bien sea en el interior de la conciencia o en el mundo real” (1991: 50), esto afirma un yo fragmentado que tiende a descubrirse desde el sí mismo como presencia de unos Otros. En términos de Torodov, “uno puede descubrir a los otros en uno mismo, darse cuenta que no somos una sustancia homogénea, y radicalmente extraña a todo lo que no es uno mismo: yo es otro” (1988:13). En este sentido, son posibles dos nociones de otredad: una externa y una interna.

La primera definición de otredad visibiliza la existencia de un otro como sujeto externo que simboliza una cultura diferente a la de un yo, que incide e influye en la construcción misma de mi propio ser, pero también está el concepto de otredad interno como la presencia en el sí mismo de otros yoes que en un proceso de transculturación y extrañamiento se fueron configurando en un nuevo sujeto.

Finalmente, “el hombre no dispone de un territorio soberano interno, sino que está todo él y siempre, sobre la frontera, mirando al fondo de sí mismo el hombre encuentra los ojos del otro o ve con los ojos del otro” Bajtin (citado en Zavala, 1991:41). Bajtin plantea que un sujeto (individual o colectivo) siempre está abierto o vulnerable a ser penetrado desde el afuera por un nuevo Otro, que altera su ser mismo configurándolo en un nuevo “**Nos-otros**”. Esta visión de alteridad demuestra la

inestabilidad de la permanencia del ser como una entidad abstracta, atemporal y ahistórica para reafirmar que el ser de un sujeto está determinado por realidades externas que lo “condenan” a la posibilidad de liberarse del sí mismo para poder ser un Otro.

Por otra parte, Torodov (1988) reconoce la importancia del Otro en una relación con el yo, es decir, existe una afinidad teórica con Bajtin. Sin embargo, “la relación con el otro no constituye una sola dimensión” (Torodov, 1988: 195). Las relaciones entre los sujetos obedecen a realidades distintas y contextos diversos. Un sujeto puede relacionarse con otro de una forma indistintamente de la experiencia con otra persona, pues la relativa interrelación sucede por factores como: el interés de un yo (individual o colectivo), las concepciones ideológicas, la perspectiva moral, la visión social, el conocimiento del otro, etc. El mismo Todorov (1988) clasifica en tres dimensiones la problemática de la alteridad. Este antropólogo profundiza la concepción dialógica y el concepto de otredad propuesto por Bajtin, la relación entre un yo con unos otros depende de diversas razones, circunstancias o factores.

Esto implica una lectura compleja y perspectivista de la otredad. Desde este nuevo horizonte o concepto, la lectura de una obra o un relato cambia, habría que estudiar las diversas relaciones para comprender con mayor certeza el sentido de un texto, un personaje o una idea.

Además de las categorías señaladas, el concepto más pertinente para comprender el fenómeno de la mixtura cultural en Latinoamérica, es la *transculturación*, vocablo acuñado por Fernando Ortiz (1987) para interpretar la identidad cubana o cubanía y que sirve para el proyecto de estudio de El País de la

Canela. La transculturación abre un abanico de posibilidades para interrogar cómo fue el choque cultural entre Occidente y el nuevo mundo y cuál fue el proceso de interrelación cultural. Con la transculturación superamos la definición limitada de aculturación o inculturación, bastante cuestionada por Ortiz, por desconocer que en un proceso de comunicación intercultural no es posible la pérdida total de rasgos identitarios, aún, bajo determinaciones de dominación que exige la asimilación, el sujeto (individual o colectivo) mantiene en su subjetividad elementos raigales, imposibilitando un desarraigo absoluto.

Por el contrario, la transculturación acepta el intercambio cultural, la entrega recíproca de valores culturales, modificando el universo desde lo existente. En el prólogo a Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar, Malinowski define el término como “un proceso en el cual siempre se da algo a cambio de lo que se recibe; es un ‘toma y daca’ [...] (1987:5). La transculturación implica una entrega de la mismidad sin dejar de ser y, de forma simultánea, recibe de la otredad, mezclando en un proceso dinámico, los diversos rasgos o valores de identidad. Este fenómeno no consiste en un encuentro concertado, donde las partes deciden ofrecer al otro lo que desean, es una expresión fortuita de cruce violento que descentra y reencuentra la mismidad consigo y al tiempo, con el otro, en un repliegue infinito.

De igual forma, la transculturación produce un modo de ser diferente. Lo que el sujeto era, se resignifica constituyendo un imaginario distinto. En palabras de Malinowski, es

un proceso en el cual ambas partes de la ecuación resultan modificadas. Un proceso en el cual emerge una nueva realidad, compuesta y compleja; una realidad que no es una aglomeración

mecánica de caracteres, ni siquiera un mosaico, sino un fenómeno nuevo, original e independiente (1987:5)

Al mismo tiempo, insiste en que la transculturación no consiste en la suma de elementos culturales sino en la configuración de una expresión cultural propia; tampoco es un collage de valores culturales contradictorios entre sí. Cuando se figura la imagen de mosaico puede interpretarse que se adopta una realidad distinta pero en sí mismo mantiene la anterior, casi que podría afirmarse que en el sujeto habitan contrapuestas distintas personalidades, que en escenarios diferentes se comporta de acuerdo a cada una de ellas.

Sin embargo, esa interpretación de transculturación niega el sentido planteado por Ortiz, al contrario, es el resultado de una identidad mezclada, unificada a partir de la diversidad y en ello se plantea como original e independiente. El vocablo original no consiste en algo puro, desconociendo lo existente; es la forma distinta pero de “complejísimas transmutaciones de culturas” (1987: 86) encontradas, “es el proceso en el cual cada nuevo elemento se funde adoptando modos ya establecidos a la vez que introduciendo propios exotismos y generando nuevos fermentos” (1987:6).

Por otra parte, se propone la categoría: el *imaginario*. Uno de los principales estudiosos y expositor del término es el antropólogo, mitólogo, iconólogo y crítico francés Gilbert Durand que plantea en su obra *Lo imaginario* (2000) la reivindicación del concepto como fuente de significados elaborados por el hombre para la construcción mítica de nuevos modos de existencia temporales. El autor legitima la postura crítica contra los metarrelatos, desde la postmodernidad, para invalidar los discursos racionales como forjadores de verdad y, a su vez, cuestiona la

positivización de la vida, dado que afirma que “las ciencias de lo imaginario se emancipan... del monoteísmo científicista” (2000: 87).

De la misma forma, piensa que el monoteísmo científico es la unidimensionalidad del pensamiento, la uniformidad de la cultura, etc.; en contraposición señala “el papel decisivo de las imágenes, en cuantos mensajes” (2000: 54) plurales que constituyen una red de realidades situadas en un tiempo y un espacio diferente. Estas imágenes habitan en el inconsciente como generador de arquetipos o modelos que surgen y desaparecen en una construcción discontinua. Estos discursos míticos o mitos que surgieron de la naturaleza simbólica del hombre dentro de un contexto histórico y existencial, se exteriorizaron para constituir nuevas formas de concebir y experimentar la vida, perspectivas diferentes de pensar y sentir que justificaron acciones. Por ello, la necesidad de elaborar una epistemología crítica que comprenda los discursos míticos. Su propuesta consiste en una mirada múltiple de aproximación a lo imaginario para comprender mejor las obras del espíritu humano

Ahora bien, el concepto de imaginario en Durand es una integración de diversas disciplinas: por un lado, con base en el psicoanálisis jungiano, afirma que “la imagen en su construcción misma es un modelo de la auto-construcción de la psique” (2000:55). Esta auto-construcción contiene dos factores: una creación arquetípica (imágenes oníricas) que produce formas de ser universales o una conciencia colectiva y, por otro lado, el pluralismo psíquico, es decir, pueden constituirse diversos matices de una misma forma arquetípica. Por otra parte, los aportes de la sociología del

conocimiento “va a poner en el centro de sus estudios estas reservas de lo imaginario que son los símbolos, los mitos, y los ritos de sociedades lejanas” (2000:71).

Esta sociología le permite a la categoría del imaginario, una lectura diacrónica de las manifestaciones míticas como arquetipos o modelos de sociedad o personalidades de sujetos colectivos. En este sentido, es posible retomar los aportes de Durand para interpretar la influencia y presencia de imágenes míticas dentro del discurso narrativo y la configuración de los actantes en *El País de la Canela*.

El primer aspecto sustancial de lo imaginario en el pensamiento durandiano es el reconocimiento del pluralismo. Para el pensador, no existe lo identificable de algo, no habita en el ente la esencia, sólo es “un conjunto de cualidades, de atributos” (2000:101) que relacionados entre sí o con otros, forman nuevas realidades en un devenir infinito que no es lineal desde la perspectiva determinista sino rizomática (Deleuze, 1977)) es decir, una cualidad o un modo de ser de algo; por una parte no es permanente, es vulnerable al cambio y por otro lado, no constituye el imaginario de causa-efecto puesto estos pueden ser susceptibles de reversión, de nuevas relecturas.

En segundo lugar, también puede afirmarse que “lo imaginario” pasa de lo simple lógico de la razón y la percepción, a un estatus de lo alógico que obedece a la imaginación, a lo onírico, etc. Es así como se puede definir el término “lógico” no como aspecto racional de carácter demostrativo, sino una forma de pensar y de sentir particular, sujeta a los principios del cambio. En efecto, lo imaginario constituye la base para la configuración de nuevas lógicas (míticas).

Anexa al concepto de imaginario, surge una categoría auxiliar: la ficcionalidad. Noción necesaria por ser componente esencial de la categoría y por

tener rasgo característico de la estética de la nueva novela histórica. Además, es importante aclarar que su concepto es plurisignificativo y se hace necesario precisar el sentido que la propuesta considera pertinente como apoyo teórico. La ficción consiste en ambientar míticamente el relato, al estilo de la racionalidad mágica del nativo, puesto que “la irrealidad de la ficción no es lo fantástico ni lo inverosímil sino lo siempre posible de la realidad” (Sarmiento, 2011: s.p). La ficcionalidad es el camino para conocer la cosmovisión o la cultura de un pueblo, es la manera como el lector recepciona la historia en su experienciar con el texto y los vive como si fuera personaje del relato. Tal vez, la propuesta de Saer (1998), en cierta forma, corrobore el contenido y fin de un estudio literario:

La narración consiste en hacer cantar lo material -o sea el material. Esa materialidad es indescriptible a priori, refractaria a la clasificación, y es únicamente la narración a través de su forma, la que puede darle, a ese magma neutro, un sentido. Narrar no consiste en copiar lo real, sino en inventarlo, en construir imágenes históricamente verosímiles de ese material privado de signo que, gracias a su transformación por medio de la construcción narrativa, podrá al fin, incorporarlo en una coherencia nueva, coloridamente, significar. (175).

En este sentido, la novela *El País de la Canela* de William Ospina contiene elementos de ficcionalidad pero no es únicamente una literatura de ficción ni un relato historiográfico, es “un hiato entre ficción e historia” (Spang, 1998:84). En este mismo orden de ideas, la ficcionalidad entendida como metaficción que consiste “en una ficción que habla de la ficción” (Vargas, 2009: s.p), es decir, que un autor puede recrear la realidad con el lenguaje y las formas estéticas, para crear un ambiente verosímil sin restar la objetividad de los hechos. La ficción es la forma como un escritor puede matizar con detalles los acontecimientos reales y hacerlos presentes en

diversos tiempos, permitir que viajen en la temporalidad del relato y en el tiempo de los lectores. Por ello, este carácter ficcional es inherente a la noción de “lo imaginario”, no como invención de la realidad sino reacondicionamiento del mismo.

El anterior marco categorial se circunscribe a la propuesta de la estética narrativa: metaficción historiográfica. Esta poética postmoderna es una tendencia de la teoría literaria planteada por Hutcheon en su obra *Narcissistic narrative* (1980) a partir de las reflexiones de la filosofía del lenguaje (giro lingüístico), donde pretende incorporar la sensibilidad postmoderna como fundamento a las narrativas contemporáneas, presente en Norteamérica y en América Latina, a través de autores reconocidos como Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, entre otros. La propuesta de Hutcheon debate y actualiza la ficcionalidad en la narrativa planteada por Seymour Menton (Juan-Navarro, 1998) en su teoría de la nueva novela histórica, donde afirma que:

La ficción postmodernista intenta crear un espacio democrático en el que sea posible la participación del lector, el cual asume, en último término, una identidad compuesta con el escritor y el crítico. La metaficción postmodernista es altamente experimental, de ahí que tienda a jugar con las posibilidades del significado y de la forma. El uso de narradores autoconscientes y de técnicas de desfamiliarización ha posibilitado, igualmente, una mayor conciencia ideológica en la literatura contemporánea (Juan-Navarro, 1998:10).

En este sentido, *El País de la Canela*, heredera de la estética garcía-marquiana del “realismo mágico” y lo “real maravilloso” de Alejo Carpentier, puede considerarse como una novela de la metaficción historiográfica. Los rasgos estilísticos de la poetización del lenguaje (forma), la autorreflexión del narrador, en este caso el personaje mestizo, el extrañamiento que padecen los personajes

como un estado de un encuentro con el otro yo, la postura ideológica del autor desde una mirada del distanciamiento, en fin, una serie de rasgos propios de la nueva narrativa postmoderna, son fundamentos de contenido que repele las fuertes críticas que juzgan la obra de Ospina como discurso literario y no una obra narrativa.

Por otra parte, la narrativa postmoderna introduce al lector como agente activo, participativo, capaz de reconstruir el relato desde el presente. Desde la estética de la recepción de Jauss (1975), el lector es una pieza clave para la creación de nuevos textos y horizontes de sentido. Es así como la lectura del crítico de El País de la Canela realiza un recorrido reflexivo similar a la autorreflexión del narrador, para repensar la historia desde los bordes, desde el marginado, desde el vencido, y así poder reconstruir y comprender la historia del presente pero, además, para presentar una forma nueva de conocer la historia, desde la imaginalidad o la ficción y en este sentido, sugiere una estética propia a la sensibilidad de la época que irrumpe contra las formas canónicas o modernas en las que aún se encuentran situados críticos y escritores.

De igual forma, Ospina utiliza el lenguaje poético, la trama del relato, la presencia de datos históricos, biográficos, el uso de personajes reales para crear una atmósfera verosímil que capture el interés del lector, y así, desde la imaginalidad, contar lo no contado. Este rasgo de la imaginación, es utilizado por el narrador personaje y lo anuncia de manera implícita al lector como estrategia hermenéutica para que pueda conocer la versión histórica desde la perspectiva del mestizo. En el primer capítulo, el narrador mestizo regresa al pasado por medio de

un personaje, la carta escrita por su padre, carta que le permite al narrador-personaje imaginar los hechos posibles desde una perspectiva diferente, la mirada desde el enfoque del mestizo como una actitud crítica frente a la historia oficial.

La tendencia y la intencionalidad comunicativa de la “nueva forma narrativa” (Juan-Navarro, 1998: 10) es permitir, desde la ficcionalidad, una nueva lectura de la historicidad de los personajes. En este sentido, la historia deja de ser una estatua de piedra y se convierte en germen vivo donde el pasado se actualiza en el presente, donde el pasado aún comunica e influye en la realidad de hoy: en lo cultural, lo político, lo económico, etc., donde el pasado es simultáneamente presente y viceversa. Por tal razón,

La finalidad de esta poética es dar cuenta de las paradojas que resultan del encuentro entre las formas auto-reflexivas del modernismo y un nuevo interés por lo histórico, social y político que caracteriza a la cultura postmoderna (Juan-Navarro, 1998:10).

Para terminar, es importante suponer que Ospina, inicia la reflexión a partir de su preocupación por el presente sobre las nuevas expresiones políticas que continúan con el control del poder; pero además, comienza al sentir y pensar la necesidad de auto comprenderse como sujeto histórico mestizo, por la fuerte influencia de una cultura occidentalizada, frente a la exclusión de las minorías, a la falta de inclusión del otro (el marginado). Para ello, utiliza una serie de obras literarias, entre ellas, El País de la Canela, so pretexto de incitar al lector a comenzar un viaje desde el pasado para encontrar sentido en el presente, con el objeto de persuadirlo a asumir una postura política desde un horizonte ideológico, que en términos del escritor colombiano, es una aceptación de la cultura de Occidente y la cultura nativa para

rehacer una nueva historia que lleve a un verdadero país futuro, en América y el mundo.

www.bdigital.ula.ve

CAPÍTULO IV

METODOLÓGIA

*No ignoramos que ser americanos
Equivale hoy a ser herederos
De todas las tradiciones del planeta,
Y la América Mestiza es inconcebible
Inicialmente sin el triple legado
Del mundo americano.*

William Ospina
América Mestiza: El país del futuro

El presente estudio literario propone unos criterios metodológicos que aproximarán la mirada crítica a la re-construcción del significado del mestizaje y la interpretación de las isotopías que habitan en el relato *El País de la Canela* (2008).

Esta propuesta presentará tres etapas en el proceso del desmonte del texto desde una lectura estructural del relato a través de la semiología de Romera Castilla (1980) que evidencie los significados explícitos e implícitos. También, propondrá un acercamiento al relato en la mirada del investigador con base a la interrelación triádica entre: texto, lector crítico y categorías. Puesto que, en los estudios literarios del pasado, la primacía del análisis crítico la obtenía el autor y la obra, y “reprimía y silenciaba a su tercer componente, el lector, oyente u observador” (Jauss, 1975). Es por eso que la crítica literaria, después de la concepción positivista, la noción comparatista de la literatura y la interpretación inmanentista, el lector comienza a ser un agente activo en la comprensión y construcción del significado y para nuestro

objeto de estudio es imprescindible un diálogo entre los tres actores de la comunicación.

En este sentido, se hace necesario exponer con amplitud las dos fases de la interpretación del relato *El País de la Canela* (2008). En primer lugar, la semiología de Castilla (1980) proporcionará los elementos de análisis estructural del relato, que para el interés del presente estudio literario, se aplicará el método semiótico y la relación de éste con el conjunto de elementos diegéticos¹¹. En primera instancia, se aplicará el análisis estructural de la novela *El País de la Canela* (2008), no desde un carácter exhaustivo de la estructura narrativa del relato sino un estudio concreto de la estructura del narrador como elemento significativo que almacena una diversidad de significados. Esta delimitación obedece a la observación teórica de Chatman (1990) que considera que “los signifiés o significados son exactamente tres: suceso, personaje y detalle escénico” (25). Si los personajes son significados dentro del texto narrativo, el estudio de la estructura, los actantes, la temporalidad, entre otros, es vital para la comprensión e interpretación de los horizontes de sentido.

Esta relación estructural del actante con el conjunto de elementos del sistema del relato permitirá un estudio polifónico¹². No se puede reducir la interpretación semiótica a una lectura unívoca (unidireccional), debe ser una mirada que se

¹¹La diégesis es un término utilizado por la narratología contemporánea para identificar elementos que componen un relato. Villanueva la define como “*el mundo ficticio dónde se sitúan personajes, situaciones y acontecimientos que constituyen la historia narrada por una novela*” (Villanueva, 1989).

¹²La estética de la polifonía es una propuesta de Bajtin que reconoce la existencia de varios niveles de significado y admite la presencia de diversas voces (conciencias) como otredades en el texto. Esto indica que un análisis literario tiene como metodología una forma perspectivista. González, citando a Bajtin, en *El problema de la escritura en las relaciones entre filosofía y literatura: Lyotard, Bajtin y Derrida* (2009) afirma que “*la polifonía implicaría que las diferentes voces en la novela se encuentren sujetos a la estructura de la escritura en la novela. La novela presenta las islas (las voces) y hace patente la constante fractura de sentido y la diseminación de los componentes del lenguaje*” (2009:18)

fundamente en la reciprocidad de los elementos de la narración, incluso, las voces presentes en el relato. Este criterio metodológico acepta “el papel activo del otro en el proceso de comunicación discursiva” (Zavala, 1991: 41). Por ello, aunque el actante principal se convierta en apariencia en el eje gravitacional del estudio, éste oscila entre la centralidad y la periferia en el seno de la estructura del relato, en la medida que reconoce al otro y abre el abanico pluri-significativo para la comprensión del texto.

De acuerdo con Castilla (1980), se propone una metodología estructuralista básica. Los elementos que componen la teoría narratológica para la comprensión de la novela parten de las bases teóricas en el texto: Teoría y técnica del análisis narrativo.

Aquí se plantea una metodología en tres aspectos analíticos de un relato: el morfosintáctico que determina la cantidad de unidades que conforman la macroestructura del texto y la relación de las mismas que permite una interpretación semiótica; por eso, el segundo nivel es el semántico que proporcionará los elementos significativos que el relato conserva explícita o implícitamente (isotopías) y por último, el nivel retórico que son los recursos estilísticos y lingüísticos utilizados para que el autor y/o la obra pueda relacionarse con el lector.

De otra forma, el estudio semiótico del relato se compone de: una interpretación de las macroestructuras cardinales en la composición del narrador “aplicadas a las acciones y a los acontecimientos realizados en unas coordenadas espacio-temporales” (Romera, 1980: 122) en la narración, a través de un conjunto de secuencias constituidas por una serie de funciones en relación a los elementos externos e internos del actante. En segundo lugar, registrará los diversos significados

dentro del contexto del pasado de la conquista con el presente ontológico latinoamericano. Y por último, estudiar los aspectos retóricos como elementos sígnicos en relación con el autor y el lector.

Con base en el primer componente de la semiótica de Castilla corresponderá identificar las formas secuenciales que estructuran el relato para articularlas entre sí y, de esta manera, revelar la intencionalidad del autor y el horizonte semántico e ideológico del mismo, en diálogo con el lector y el contexto latinoamericano del presente. Para ello, se utilizará una de las formas de la secuencia compleja que consiste en el encadenamiento por enlace¹³.

Según el estilo narrativo de *El País de la Canela*, en el marco de la literatura postmoderna, en especial, la estética de metaficción historiográfica, el encadenamiento consiste en la relación del narrador-personaje con dos realidades simultáneas que determinan su identidad y existencia: la mirada recíproca con el mundo occidental y la lectura con el mundo oral amerindio. Ambos enfoques se entrecruzarán en una mixtura sintagmática y discursiva en el mismo texto. La estructura del relato sufre una transculturación sintagmática que produce una nueva forma de narrar, del mismo modo que el cruce racial y cultural que se evidenciará con la lectura hermenéutica sobre el actante central del relato para configurar la noción de mestizaje proyectada por el autor en el texto narrativo.

Igualmente, sumado al esquema secuencial del relato, indica unas funciones que realizan los personajes. Estas “funciones de los personajes representan las

¹³Este tipo de encadenamiento se caracteriza por comparar simultáneamente un suceso desde diversas ópticas o direcciones. Romera expresa que este encadenamiento es “*cuando un mismo acontecimiento es considerado desde la óptica de dos personajes*” (1980: p. 123)

constantes” Propp (citado en Romera, 1980:127) en la estructura de un texto narrativo y conducen a identificar esas unidades mínimas que componen el relato. Del mismo modo, las funciones se dividen en dos clases: los distribucionales y las integradoras. La primera, alude al sistema operativo, es decir, a los mecanismos que dinamizan el devenir del relato en una unidad estructural. De ahí, se desprenden dos tipos de funciones: las cardinales (núcleos) que abren y cierran los nudos del relato y la catálisis cuya función es completar los espacios vacíos de los nudos de la narración.

Pero además, de las funciones distribucionales, el autor señala las funciones integradoras que se representan en los indicios, es decir, unidades de carácter semántico necesarias en el desciframiento semiótico de los mismos. Y junto a los indicios, aparecen las informaciones que refieren a datos espacio-temporales “con un valor significativo y concreto en el plano de la historia” Propp (en Romera, 1980:128). En esta perspectiva, se ubicará el actante principal (narrador-mestizo) en dos escenarios paralelos: el narrador como heredero de la cultura occidental con dos matices opuestos en sí mismo: el español conquistador y el español culto, y posteriormente, el narrador descendiente de la cultura nativa. Tanto los elementos informativos (referencias históricas) y los indicios permitirá al lector crítico atisbar algunas ideas en relación a la noción del mestizaje planteada por Ospina en la novela.

Después de identificar las secuencias y las funciones, es necesario esclarecer el papel de los actantes en la estructura del relato. Para Romera un actante no es la representación individual de un personaje, por el contrario, es el grupo de actores que cumplen una función dentro del relato. Según la funcionalidad del actante, los clasifica en tres clases: el sujeto – objeto, que se constituyen por el objeto de deseo; el

remitente-destinatario lo forma la modalidad del saber y auxiliar – oponente, cuyo vínculo consiste en la relación de poder. Sin embargo, el teórico afirma que no son las únicas formas de los actantes sino que a partir de las mismas pueden derivarse otras.

En un segundo momento del ejercicio semiótico, se establece el estudio semántico del relato con el objeto de visibilizar los núcleos temáticos o isotopías que se construyen en la interacción dialógica entre texto y lector. En la novela *El País de la Canela*, Ospina explica varios tópicos: el mestizaje como cruce de culturas, entre la lengua escrita y la lengua oral, es decir, entre el mundo occidental y el mundo amerindio, basando su temática en el extrañamiento del narrador – personaje en un proceso de transculturación con los actores de la conquista. Otros aspectos temáticos encontrados son: el conflicto ontológico y antropológico de los latinoamericanos, la nueva literatura latinoamericana, la relación del paisaje (la selva) en la configuración del imaginario latinoamericano, el proceso de transculturación, el reconocimiento de la otredad, la denuncia histórica de la barbarie conquistadora y el aporte español a la cultura contemporánea de América Latina.

Y por último, se realizará el estudio retórico y pragmático del relato. En este apartado se presentan las relaciones entre autor y obra, entre la obra y el lector, en el plano de los signos que los sujetos utilizan e interpretan. Para tal fin, Romera recurre a la explicación temporal del relato, en cuanto el orden, la duración y la frecuencia; el tipo de narrador y la forma discursiva empleada por el autor para crear la narración. En *El País de la Canela*, el escritor colombiano contextualiza el relato en el hecho histórico de la conquista de América, en especial, la expedición por el río Amazonas a principios del siglo XVI.

El discurso narrativo es un diálogo ficcionado entre el narrador-personaje y el aguerrido Pedro de Ursúa. Para ello, el autor utiliza una serie de digresiones y fracturas en la historia para rememorar algunos acontecimientos, es un viaje entre el pasado y el presente del narrador. Además, por la nueva forma postmoderna de la narración, Ospina introduce una estructura atípica, enlaza un conjunto de micro-relatos que pretende deconstruir la historia o mejor, contar lo no-dicho en la perspectiva del mestizo. A partir de estas afirmaciones, la dimensión metodológica de la investigación se ilustra a continuación:



Gráfico 2. Dimensión metodológica de la Investigación.

Estudio semiótico del relato El País de la Canela

*Nosotros llenos de ambición,
y enfermos de espíritu*
William Ospina

A partir del estudio sintagmático y semántico del relato, Ospina presenta una estructuración simétrica en su construcción literaria. Para ello, desarrolla a través de los personajes una serie de acontecimientos y acciones recordadas que se circunscriben en un espacio concreto del relato: Panamá. Allí tiene lugar, el diálogo implícito entre el narrador y Pedro de Ursúa. Sin embargo, la narración se convierte en una reminiscencia de micro-relatos que el narrador cuenta a su amigo con dos propósitos: advertirlo de los peligros que entraña la selva americana y el extrañamiento que sufre el sujeto en el recorrido por un mundo desconocido, en especial, la expedición por el río Amazonas; y por otro lado, situar los personajes en un escenario histórico para aclarar y reivindicar los acontecimientos desde la condición mestiza.

En este sentido, el escritor colombiano organiza el discurso oral del personaje al interior de la narración en tres secuencias o macro-estructuras. La primera secuencia es corta y sencilla de delimitar: refiere a la etapa infantil del narrador-personaje donde comienza la campaña por comprender y descubrir su identidad y el origen ontológico de América latina. Este apartado inicial tiene dos momentos temporales: el recibimiento de la carta enviada por su padre a la edad de 7 años y la segunda, el encuentro con su maestro Oviedo a los 17 años quien lo incentiva a viajar a Cuzco para reclamar la riqueza de su padre.

La segunda secuencia es producto del motivo del viaje, aunque el propósito consistía en recuperar el “botín” recaudado por su padre, ya en tierra firme el objetivo cambia. Pizarro vincula el nuevo expedicionario a la campaña en busca de país de la canela a modo de reivindicar el derecho de su padre y el compromiso por devolver la riqueza obtenida. En este recorrido, el narrador revela y reflexiona sobre los acontecimientos en diversas perspectivas pero enfatizada la lectura de los sucesos como sujeto mestizo. Y la última secuencia, es el viaje del narrador a Europa. La finalidad consiste en conocer occidente para comparar la realidad bajo el dominio español en ambos territorios y, a su vez, confrontar su identidad.

Por lo anterior, el relato quedaría organizado en tres secuencias:

S1 = Problematicación ontológica del sujeto en el pasado.

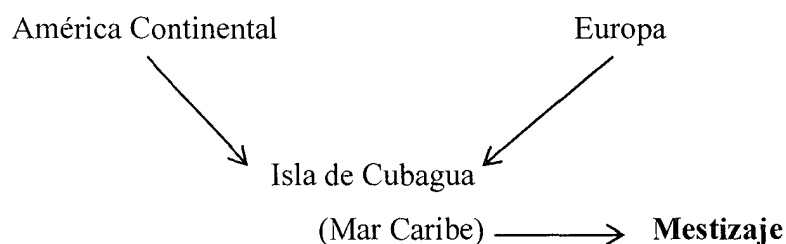
S2 = Comprensión de la historia desde la condición mestiza.

S3 = Afirmación de la identidad mestiza del sujeto.

El argumento de la historia se sitúa en tres escenarios geográficos concretos que representan las culturas que intervienen en el mestizaje: América continental y Europa¹⁴. Estos dos territorios son el punto de partida del “encuentro” cultural. Un tercer espacio es Cubagua, una isla del Caribe, lugar donde nació y vivió la infancia

¹⁴ El negro o el continente africano es ausente en las primeras expediciones de la conquista. La primera etapa consistió en el sometimiento del indio y a labores de explotación y por la misma razón, al igual, la dominación del territorio. Después de los asesinatos y muertes de los indios por causa de los conflictos o el exceso en las labores de explotación natural, surge la segunda etapa: la llegada del africano en reemplazo de la mano de obra aborigen. Por ello, la obra no desconoce el aporte cultural del negro solo que el contexto del relato refiere al encuentro de dos razas: el blanco (cultura Occidente) y el indio (cultura aborigen)

el narrador-personaje. Este último, por su ubicación tiene una connotación: ser el punto de unión de ambos continentes que simboliza el mestizaje. Sin embargo, el espacio significativo del argumento de la narración es la selva amazónica.



La estructura narrativa de la novela *El País de la Canela* (2008) tiene dos momentos temporales que unifican la experiencia del actante y la historia de América. El período infantil y el tiempo de la adultez. Ambas etapas de temporalidad correlacionan diversos sentidos: el retorno al pasado como necesidad de auto-comprensión; el paralelismo historiográfico de los hechos (historia oficial y la historia de los vencidos) y el reencuentro con su herencia occidental en su condición de mestizo. Este esquema narrativo y el argumento de la historia permiten afirmar la preocupación del narrador por evitar que se repitan los hechos cruentos en una nueva expedición por el río Amazonas. Por ello, la insistencia de contarle lo sucedido a Ursúa, con el fin de no repetir la historia. También, se puede afirmar que fuera del marco narrativo, el narrador trasgrede la dimensión textual para dirigirse indirectamente al lector, principal receptor del acto comunicativo, a quien pretende alcanzar con la reflexión para alertarlo de los riesgos que entrañan el olvido y la ausencia de la memoria.

Por otra parte, Ospina utiliza la elipsis en la estructura del texto para introducir tópicos que fortalecen el sentido de la obra. Existen dos momentos de ruptura: el soliloquio referente a la selva y la reseña de Fernández de Oviedo. El primero representa en la mirada del narrador un espacio para tipificar la personalidad del español y el indio y las relaciones de poder que entrañan; para reflexionar acerca de la importancia de la naturaleza en la existencia humana; para señalar la tensión dialéctica entre dominación y resistencia; para mostrar la sensación de extrañamiento que produce la selva al contacto. Estos elementos de significación permiten inferir la importancia de comprender el sentido simbólico de la naturaleza antes de la llegada de los españoles y su relación con el hombre, la necesidad de reconocer la imposibilidad de dominarla y, por el contrario, procurar una convivencia armónica.

El segundo aspecto refiere a la presencia del cronista español, Fernández de Oviedo, y su aporte en la construcción de un nuevo imaginario de cultura y mundo en América. El personaje-narrador es el enlace de comunicación entre la lengua oral y escrita; la cultura aborígen con la occidental. Esta realidad se materializa en la edificación de un nuevo sujeto histórico: el mestizo. Oviedo introduce el pensamiento europeo en la esencia óptica del mestizaje, mientras que la cultura aborígen es transmitida a través de la pedagogía mágica que su nodriza y madre Amaney ejerce sobre el ethos del narrador-personaje. Ambas realidades se sintetizan en un solo cuerpo e imaginario; juntas entregan su memoria: Oviedo a través de sus crónicas escritas y Amaney por medio de las leyendas orales.

Los pasajes mencionados no hacen presencia fortuita. El escritor en complicidad con el narrador enclavan los dos elementos para exaltar el significado

del mestizaje: Oviedo, representante de la cultura europea y la selva con Amaney, son imágenes arquetipales de la cultura americana. Los dos momentos se imbrican en la estructura del relato para sostener el engranaje o el viaje del lector hacia la comprensión del texto. Esto demuestra que la novela *El País de la Canela* (2008) no es una simple descripción histórica y un texto de aventura, sino un relato que proyecta una reflexión política, crítica y ecológica en relación con la situación actual y contemporánea. Es una obra que lleva implícita la intención de retornar al pasado histórico de América Latina para redireccionar el futuro; es un relato que invita a liberarse del círculo vicioso de la dominación. Para ello, crea un personaje polifónico, es decir, con diversas voces y perspectivas para reconocer la configuración del mestizaje y, asimismo, desde su nueva condición identitaria pueda interpretar la historia para un proyecto de nación incluyente y transcultural.

Además a lo anterior, existen otros elementos semióticos que se revelan en la segmentación del texto y aportan a la construcción del significado del mestizaje planteado en la obra. En primer lugar, las secuencias 1 y 2 manifiestan la importancia de relacionar el pasado y el presente. El principal criterio de la estética literaria de la novela consiste en comprender el presente a partir de una lectura nueva del pasado. En el caso de Ospina y el relato *El País de la Canela*, la mirada histórica se realiza desde la concepción imaginaria que tiene el mestizo de los acontecimientos y el estudio de la realidad desde el marginado, el excluido, en otras palabras, una revisión enfocada en la historia de los vencidos. La propuesta interpretativa que propone la novela de la realidad, cuestionó los métodos, las verdades que por siglos formuló la historia oficial, es decir, la historia de los vencedores.

En segundo lugar, el sentido de las secuencias 2 y 3 contribuyen al significado del mestizaje que pretende definir el presente estudio. Los capítulos 2 al 33 están contruidos en una secuencia compleja del tipo de enlace. En palabras de Romera (1980:123) “esta clase de secuencia compleja se da cuando el mismo acontecimiento es considerado desde la óptica de dos personajes”, es decir, un hecho puede connotar un rasgo positivo para un actante mientras que para el opuesto puede significar una situación negativa. En la obra se manifiesta el mismo fenómeno narratológico pero en un mismo personaje. El narrador representa dos voces en su conciencia: la visión de un español guerrero y otro culto con respecto a la concepción del aborigen. Veamos los ejemplos que muestran el encadenamiento por enlace en las tres secuencias:

www.bdigital.ula.ve

S1 = Secuencia compleja del tipo de encadenamiento por enlace

a. Secuencia del español		b. secuencia del aborigen
Interpretación de la carta	vs	interpretación de la carta
Deseo por la riqueza material	vs	deseo por riqueza espiritual
Medios para obtenerla	vs.	Medios para conservarla
Deseo logrado	vs.	Deseo no logrado = triunfo riqueza

El primer capítulo de la novela surge a modo introducción al argumento del relato y anuncia una serie de información que contribuye a la comprensión de los significados del texto. Para ello, utiliza algunos recursos sígnicos como la carta del

padre. Este fragmento narra la presencia del actante principal y su vida en el seno del territorio caribeño. Después de una larga ausencia del padre, un conquistador morista, recibe en su hogar, ubicada en la isla de Cubagua, una carta donde describe las arduas jornadas de batallas y encuentros con los nativos y su cultura. El apartado narrativo evidencia un dualismo hermenéutico que sirve de metodología al lector para interpretar la realidad y que el mismo narrador aplica para comprender la carta y posteriormente los acontecimientos históricos. La mirada dualista revela al lector crítico una lectura dialéctica o comparativa de los hechos desde la lectura del español y el indio para enfatizar la mirada del mestizo. Por tal razón, la estrategia narrativa en la voz del personaje-mestizo será en perspectivas simultáneas.

Un pequeño fragmento del discurso oral que proyecta la intención crítica del narrador en su condición de mestizo y que evidencia desde el inicio del relato, la inclinación y defensa por el indio y su cultura; su oposición a la barbarie y la riqueza; y su propensión por una espiritualidad natural, se registra en el siguiente soliloquio:

Me asombró que lo más importante de la ciudad no fueran esos millares de nativos que se afanaban por ella, ni esos rebaños de llamas y vicuñas cargados con todas las mercaderías del imperio. Lo más importante eran los reyes muertos: momias con aire de majestad que presidían las fortalezas, monarcas embalsamados encogidos en sus sillas de oro y piedras brillantes... (Ospina, 2008: 16)

La función identificada del narrador en el relato consiste en ser una conciencia crítica y reivindicativa de una cultura encubierta y silenciada por el imaginario materialista y la cultura de dominación del pueblo español. Este papel en la personalidad del personaje-mestizo es un ardid de Ospina para resaltar lo-no dicho por la historia oficial pero además, una forma de rescatar del olvido

aquellos rasgos negados que por naturaleza configuran la identidad de la América mestiza. En este sentido, es comprensible que la trama haya sido construida en un extenso diálogo oral (entre el Ursúa y el mestizo), con efusivos y reflexivos soliloquios. Este componente narratológico de la novela ayuda a organizar el argumento de la narración y, a su vez, comunicar la concepción mestiza de la historia.

A partir del capítulo 1 se desprenden una serie tópicos que el narrador tejerá en el resto de la trama. Por eso, es necesario profundizar el estudio de los encadenamientos por enlace en el resto de las secuencias que estructuran el relato. Para ello, se contará con los capítulos más relevantes de la S2 y la S3.

S2 = Secuencia compleja del tipo de encadenamiento por enlace

a. secuencia de dominación

b. secuencia de resistencia

deseo de poder y control

vs

deseo de luchar y sobrevivir

medios para lograrlo

vs.

Medios para resistir

deseo alcanzado

vs.

Deseo no alcanzado = triunfo del poder

El presente encadenamiento tiene origen durante el viaje del narrador por América del Sur en busca de la herencia de su padre. En el recorrido por las nuevas tierras conquistadas aprovecha para describir, en su condición de español, los conflictos y batallas de aguerridos españoles y barbaros nativos. Sin embargo, conoce que la realidad narrada por su padre era distinta a la que contemplaba.

Percibe el carácter dominador del conquistador y la resistencia del aborígen, la tendencia a controlar el poder y acaparar la riqueza frente a la protección y salvaguarda del valor cultural y la espiritualidad sagrada de la naturaleza. Los acontecimientos hacen pensar al narrador sobre dos fuerzas opuestas: la fealdad de la guerra y el apetito voraz del español y la belleza cultural del pueblo nativo. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de los indígenas por contener la arremetida conquistadora, las inevitables acciones bélicas condujeron a la destrucción y negación total del otro (el nativo).

Aunado a lo anterior, el autor plantea en la voz del narrador las dos versiones de la historia. En el diálogo que tienen el personaje-mestizo con Ursúa, afirma que los acontecimientos de la conquista tiene dos enfoques: el oficial y el no oficial. El primero fue descrito a Ursúa por los principales cronistas a través de cuentos o relatos escritos y el segundo, contado o transmitido al narrador por los nativos en forma de leyendas orales. El planteamiento bifásico de la historia, en especial, la importancia de la versión oral, conduce a la reivindicación y reconocimiento del otro, el mestizo; y por otra parte, propone superar el conocimiento unidimensional de la historia, sea del español o el indio, por una lectura mestiza que permita comprender el origen del Nuevo Mundo después del encuentro de ambas culturas.

En el capítulo 3 aparece una comparación crítica entre el origen de la cultura aborígen y la desaparición de la misma en manos de los españoles

a. construcción de un mundo

b. destrucción de un mundo

el deseo de crear

vs

el deseo de destruir

sembrar y tejer	vs	el saqueo
pasado	vs	el presente

Por una parte, el encadenamiento por enlace manifiesta la dualidad del pensamiento entre los habitantes de América y los recién llegados. La concepción cosmológica del nativo es crear, construir y organizar la vida, el arte y la religiosidad; en cambio la pretensión del conquistador es destruir, aniquilar y devorar las riquezas materiales en desmedro de un pueblo ancestral. La relación del capítulo con la realidad actual en una comparación intertextual consiste en inferir que el conocimiento del pasado permite redimir los problemas del presente.

El narrador en un acto de nostalgia afirma “yo vi fantasmas, edificios, porque de cada ruina, de cada piedra rota, mi mirada extraía lo que fue” (Ospina, 2008:41). El texto señala la destrucción de un mundo pero no la desaparición, durante la trama se entrevé que la cultura reposa en el silencio, no ha muerto, y le corresponde al narrador-personaje revivirla a través de la imaginación. Al expresar que son “fantasmas” supone la presencia omnisciente. Por ende, la razón de la reminiscencia del narrador y el recuento del pasado es una forma de revivir y reconstruir el mundo junto a las huellas de la cultura occidental. Por eso, la búsqueda de la riqueza del padre es un pretexto para explorar y conocer el mundo aborigen y su mixtura con el universo de Occidente.

En el capítulo 4 el narrador diferencia dos tipos de españoles: los saqueadores de riquezas materiales y los exploradores de riquezas culturales; el bárbaro y el culto.

a. Español bárbaro		b. español culto
Busca riquezas materiales	vs	busca riqueza cultural
Pizarro	vs	Balboa
(destructor)	vs	(constructor)

Esta diferenciación tiene una intención semiótica en relación con el significado del mestizaje. El narrador comienza a entender su identidad al reconocer la herencia intelectual de los españoles y a desprenderse de la parte negativa de la misma: el alma oscura de la maldad. Antes de reafirmarse como mestizo (el narrador), inicia una catarsis personal y termina reafirmando su tendencia hacia el cultismo español y el compromiso con la Corona. No es insignificante el cuestionamiento a su padre, al interrogarse por su papel en las Indias; descubre que su progenitor no era un paladín de la Corona sino un traidor de los reyes. El narrador toma conciencia de la distancia con el conquistador y la cercanía con el español culto que venía a descubrir no una tierra, sino los mitos y las leyendas.

Por consiguiente, reivindica la presencia de Fernández de Oviedo, su maestro y tutor, Hernando de Soto y Vasco Núñez de Balboa. Aunque el último no era de la estirpe de Pizarro ni tampoco perteneciente al círculo de los cronistas, el narrador sitúa su papel como constructor del nuevo reino. A diferencia de Pizarro, la política era conquistar sin destruir, distinguir la paz de la guerra, respetar los pactos con el nativo y reconocer la dignidad de los enemigos (cfr. Ospina, 2008:51); por el contrario, Pizarro y su escudero Enciso tenían como fundamento de la conquista la

destrucción, el pillaje, el asesinato. El primero planteaba el arte político del diálogo y el segundo la técnica bárbara del aniquilamiento.

Esta comparación visibiliza un imaginario de español diferente al conocido en la historia oficial. Por una parte, el narrador propone el respeto a la diversidad cultural y el encuentro dialógico con el otro y, por otro lado, aceptar el español culto como parte de la mixtura y mezcla con la herencia aborígen. Ambas rasgos culturales constituyen la esencia del mestizaje y de la identidad latinoamericana. Por ello, Ospina afirma que no podemos negar el legado occidental. El objetivo consiste en asumir lo positivo del choque de culturas. En este sentido, en el capítulo 6 confronta el enfoque científico de Occidente y lo articula con la visión mítica - mágica de América; las teorías y los imaginarios. Del mismo modo, es trascendental la aclaración que le hace a Ursúa, al considerar que era descendiente de una familia letrada y no podía seguir los pasos de Pizarro quien era producto de una familia de asesinos y ambiciosos. Con la distinción elaborada es comprensible que la noción de mestizaje necesita depurarse de las espurias definiciones.

En los siguientes capítulos se narra y describe la campaña de Pizarro por el Amazonas significando el descenso de las aspiraciones españolas. El pasaje del relato presenta la frustración del mismo por el inalcanzable descubrimiento del país de la canela y la retaliación de la selva por la ferocidad de la conquista. Sin embargo, por venganza a la infructuosa travesía, reafirma los actos de salvajismo contra los nativos. Pero en el capítulo 13 surge la dignificación del nativo. El narrador asume una posición autocrítica y cuestiona las atrocidades del español. Anuncia la autodestrucción del hombre occidental y la asunción humana del indio, al reafirmar la

imposibilidad del dominio absoluto del nuevo mundo. En un extenso soliloquio el narrador-personaje le expresa a Ursúa:

Se puede conquistar una ciudad y un imperio, se pueden saquear tumbas y templos, se puede avasallar a un millón de aztecas o a un millón de incas, pero no podrás someter a la voluntad de unos hombres todas las dispersas tribus de una selva infinita, no podrás hacer jaulas para tantos pájaros, no podrás someter al yugo a las dantas de los ríos, no podrás poner riendas ni bridas a las anacondas monstruosas... (Ospina, 2008:143)

El texto señala la incapacidad del español por dominar la selva y los hombres de canela con sus avances tecnológicos y el poder guerrerista, puesto que el universo que entraña el territorio es inmenso. En el mismo capítulo, el narrador se visualiza como mestizo y formula “yo no podía ver los indios como bestias sin alma” (Ospina, 2008:143). Estos dos aspectos indican el cambio de visión del actante central del relato. Por una parte, deslegitima su interés e importancia por la perspectiva del conquistador y, por otra, en una condición más humanística vindica el aborigen. El sentido de los hechos narrados ofrece una transculturación en la conciencia del personaje y demuestra el fracaso de la campaña conquistadora.

Posteriormente, Pizarro recibe el perjuicio de sí mismo por la selva. Al separarse de Orellana e intentar de retornar a tierras más seguras se confirma el oráculo expresado por los españoles y que ahora el narrador alerta a Ursúa de una nueva campaña por el Amazonas y al lector de repetir la historia del pasado. La razón del infortunio era la insistencia a lo predestinado: “el viaje tendría su desenlace, veríamos de nuevo algo conocido, volveríamos a tener voluntad contra la tiranía del agua, aunque nuestro destino fueran la miseria o la guerra”. Esta frase sintetiza la intención de Ospina por alertar el camino infructuoso heredado de la conquista: el

saqueo, la guerra, la destrucción de la naturaleza e invita a descubrir un camino distinto en el seno la mixtura cultural: el mestizaje.

La tercera secuencia conduce al narrador-mestizo por un nuevo viaje de autodescubrimiento. La S1 es la confrontación de sí mismo, la S2 el reconocimiento del otro de sí, es decir, el encuentro con su parte ancestral y la catarsis con el pensamiento del conquistador y en la S3 emprende un nuevo viaje: Roma. El propósito es el conocimiento de la cultura occidental heredada no sólo por su padre sino por su maestro Oviedo, el legado de las letras, las ciencias, la espiritualidad, las artes, es decir, la cultura originada en Grecia, allegada a Italia y extendida por Europa a través del otro rostro español: los intelectuales o cronistas llegados a América. Es el acercamiento poético a Petro Bembo, la visión pagana y la relación con la naturaleza de Teofrastus, el conocimiento sincretista de su padre moro junto a la soledad y extrañamiento que experimenta en Europa, y el arraigo por América que lo conduce a retornar y asumir su condición mestiza, dinámica, siempre abierta a nuevas re-significaciones.

Las funciones

Además de las secuencias de la sintaxis narrativa, existen unos componentes diminutos de la estructura textual que articulan las macro-secuencias de la trama. Por tal razón, merecen un estudio propio porque son aristas que aportan elementos de significación al proceso de interpretación semiótica. Estos “átomos narrativos” (Romera; 1980:126) llamados funciones son clasificados en: distribucionales

(comprenden las acciones de los personajes) y las integradoras. Las primeras cumplen el papel de estructurar, abrir y cerrar la consecución de la historia y colmar de detalles los núcleos de las secuencias narrativas. Las segundas contribuyen al registro semántico del texto, en otros términos, son las unidades que exige del lector crítico una descodificación y hallazgo de significados explícitos e implícitos, que relacionados con las interpretaciones de las secuencias arrojará información sobre el sentido del texto y al problema del presente proyecto: el significado del mestizaje.

Al abordar el estudio de las funciones es necesario indicar la inherencia entre las secuencias y la estructura lógica construida por Ospina. En este sentido las secuencias se componen de una serie de paralelismos en dos horizontes: la mirada del español y la visión del mestizo. Ambas concepciones de mundo revelan los secretos culturales. En este sentido, las funciones tienen tres fases: la inicial consiste en situar los hechos específicos, otra intermedia en la que se realiza la acción o acciones y el final es la posición, negativa o positiva, del hecho ejecutado (Cfr. Romera, 1980: 129).

En la S1 = problematización ontológica del actante.

En el modo de ser fragmentado del narrador o las voces internas del mismo, se ubican dos perspectivas que organizan las funciones núcleos: la visión del español y el mestizo. Ambos se unifican para retornar al pasado. La primera consiste en el conocimiento de las expediciones de su padre, el interés por buscar su riqueza y participar de las aventuras conquistadoras. El segundo es la reconstrucción imaginaria

de las ciudades nativas, deseo de conocerlas y contemplarlas. Las catálisis se clasifican en dos enfoques: la óptica española, comprenden los relatos de grandes batallas, de adquisición de las riquezas, las arduas travesías de los soldados españoles, la audacia y el poder militar de los conquistadores. Y los componentes de la catálisis percibida en su condición de mestizo eran las ruinas arquitectónicas de un pueblo, el desconocimiento artesanal y los rasgos físicos de los indios, la profanación de templos y tumbas, el asesinato de hombres, las violaciones de mujeres.

De igual manera, las informaciones son diversas: describe la infancia del narrador desde los 7 años a los 17, heredero de una planta azucarera, hijo de supuestos españoles, aventurero, amante de las historias de héroes, convencido de la pureza de la identidad occidental, poseedor de una nodriza a quien trataba como esclava pero con aprecio. También cuenta que vivía en el Caribe, en la isla Cubagua, junto al principal puerto que unía ambos continentes, rodeado de prácticas comerciales. Los indicios refieren a hechos reales de la conquista. Son varios los indicios significativos: la barbarie española y la sumisión de los nativos; la mentalidad materialista contra la visión espiritual; la ambición y deshumanización de los conquistadores en contraste con la belleza arquitectónica y cultural de los nativos.

En la S2 = comprensión de la historia desde la condición mestiza

La presente secuencia describe una serie de viajes del narrador por la América continental, para ofrecer a través de la experiencia, un vasto conocimiento de los hechos sucedidos desde el comienzo de la conquista. En la medida que recorre

ciudades, comarcas, selvas, recopila imágenes de los acontecimientos. Sin embargo, es fundamental resaltar que el viaje más importante de la novela, que organiza las acciones de los actantes y es la razón de ser de la construcción del relato, es la expedición que emprende Pizarro por el río Amazonas en busca del país de la canela.

Por una parte, los núcleos repiten el esquema sintáctico del relato de la secuencia 1: en la perspectiva del narrador como español se dirige a tierra firme a reclamar las riquezas de su padre, descubre que no existe la herencia porque ha sido invertida en la expedición al Amazonas. A cambio le ofrecen el derecho a participar de la campaña y la riqueza obtenida, pero descubre el fracaso del inexistente país de la canela y repite la historia de su padre. En el rol de mestizo aprovecha para detallar la riqueza cultural y espiritual del aborígen, la comparación con Occidente y la distinción de dos clases de españoles, la asimilación de rasgos significativos de ambas culturas en su naturaleza y la aceptación de su condición mestiza. Las catálisis se revelan en los dos horizontes: la mirada española que resalta el contacto con la selva, las confrontaciones constantes con pueblos nativos, la acumulación del oro de los templos y ciudades, la explotación de perlas en el mar, la traición y el pillaje entre los conquistadores, el control y dominio de extensos territorios como el de Cuzco, el extrañamiento de sí mismo, el conocimiento de América desde las crónicas españolas, el sufrimiento por el río Amazonas, el recibimiento de Cubagua.

En la visión del mestizo se evidencia el saqueo permanente de los objetos sagrados, el ultraje y maltrato al aborígen, la destrucción de las ciudades, el asesinato de niños y mujeres, el conocimiento del origen americano desde la oralidad de los nativos, la resistencia militar, la personalidad de la selva como agresiva y maternal o

tormentosa y medicinal; el descubrimiento del arte arquitectónico y artesanal, los imaginarios míticos y mágicos correlacionados con las leyendas imaginadas en Europa, la negación del indio, el secuestro y asesinato de Atahualpa, el conflicto y división entre pueblos indígenas, las alianzas de líderes nativos con capitanes españoles.

Del mismo modo los capítulos ofrecen un conjunto de informaciones: las habilidades de los soldados españoles para la guerra, el desarrollo tecnológico, la doble moral del conquistador, la avaricia de los capitanes, la frialdad y conducta genocida, la descripción minuciosa del viaje por el río Amazonas a finales del año 1541 y su culminación en septiembre de 1542, la traición y muerte de Pizarro. Y los indicios más relevantes que pueden extraerse son: la destrucción de un mundo, más no su desaparición; el despojo de la riqueza y las tierras; el dominio cultural, religioso y humano sobre los nativos; la esclavización del hombre americano; el autodescubrimiento del mestizo en el encuentro y desencuentro consigo mismo y el otro; la importancia de la memoria de los pueblos; el extrañamiento y la transculturación de los actantes; la creación de imaginarios existenciales, el fracaso del hombre por el valor material y el olvido espiritual de la cultura.

En la S3 = Afirmación de identidad mestiza del sujeto.

El narrador introduce en el capítulo 27 una breve reseña de Fernández de Oviedo con el pretexto de cohesionar la trama entre la experiencia de la conquista española en América y la situación de conquista en Europa, en especial, Roma, por

parte del imperio español. Esta articulación conlleva a un paralelismo histórico que revela elementos de similitud entre los acontecimientos y los imaginarios de mundo en detrimento la mentalidad de los reyes católicos. El viaje es motivado de nuevo por el interés de comprender y aproximarse a un significado de su identidad. Por ello, el texto utiliza una triada en los núcleos del relato: el deseo del narrador por conocer su herencia europea y, a su vez, definirse a sí mismo, el uso de unos medios para lograrlo como es el enlace con Pietro Bembo y Teofrastus y el deseo logrado. Los núcleos centran la idea principal de la S3 en el diálogo que tiene Oviedo con su mentor

“Maestro”, me oí decirle a Oviedo, “quiero buscar las tierras de mi padre; quiero ir a visitar tu mundo europeo”. Yo no hablaba de un viaje deseable sino de la única fuga posible. “No veo mejor ocasión”, respondió. “has formado parte de un descubrimiento asombroso, y muchos en la corte estarán interesados de verte”. Además, “ya es para ti un consuelo saber que no vas buscando riqueza... vas a tratar de entender quién eres, ya que para conocerte no te ha bastado el mundo en que naciste (Ospina, 2008: 285)

El fragmento del relato anuncia el deseo del narrador por descubrir la otra parte de su identidad, el interés por comprenderse a sí mismo supera los propósitos de la conquista. Oviedo lo reitera al referir “que no vas buscando riqueza”. Esto demuestra que el viaje del narrador, el autor como creador de la novela y el lector como partícipe directo del relato consiste en regresar al pasado y conocer las diferentes culturas heredadas para descubrir su condición ontológica. Por consiguiente, no es fortuita la caracterización de Pietro Bembo y Teofrastus y la empatía del narrador con ambos personajes en algunos rasgos de personalidad. Al regresar a América vislumbra su naturaleza y asume su verdadera identidad cultural.

Por otro lado, las catálisis de la S3 narra las precarias circunstancias de Europa por la influencia de poder y dominio español. Algunos hechos que amplían la descripción: el destierro de los moros y judíos de España; el dominio absoluto de los reyes Católicos; las ruinas del mundo clásico; la destrucción y expatriación del universo cultural árabe y judío; la exclusión social del cristianismo protestante de Lutero, los reiterados conflictos con los pueblos de Francia; las confrontaciones, prohibiciones y dominio de la iglesia Católica en ciudad de Vaticano. Estos acontecimientos manifiestan una profunda tendencia de la corona, representada por Carlos V, por una filosofía guerrerista y genocida, enfocada en la destrucción de las ciencias y las humanidades, a cambio, del proyecto moderno de progreso y su abanderado sistema comercial. Esta visión economicista de la vida resalta la similitud de Europa con América.

De igual forma, la interpretación de los acontecimientos en ambos continentes demuestra la repetición de la historia: la destrucción del espíritu antiguo del imperio romano y el aniquilamiento del mundo inca por el despropósito de los reyes católicos. El narrador durante el viaje por el continente americano cuenta las ruinas de los pueblos aborígenes y, del mismo modo, las compara con los restos Roma: la desaparición de los acueductos de Claudio, los termas humeantes de Tito, el pórtico de Pompeyo, la avenida de los atletas, los arcos y las esculturas que por siglos eran la identidad de un imaginario de mundo antiguo. El contador de historias a través del viaje y la imaginación reconstruye una versión nueva de la historia para presentar los aportes de Occidente y los desatinos en la configuración del ser latinoamericano.

Aunando a lo anterior, desde la mirada del narrador mestizo el texto presenta sucesos importantes para la comprensión del texto: el conocimiento cultural de Europa simbolizado en Pietro Bembo; el avance científico y pagano de Teofrastus; el sincretismo cultural de los pueblos antiguos (Grecia y Roma); la significación identitaria de América con el lenguaje italiano en los nombres de Colombo y Américo. Estos elementos registran el profundo interés de la novela por recuperar la memoria y configurar un nuevo ethos en la cosmovisión contemporánea de América. Por una parte, resalta el lazo profundo con Europa de ser producto del sincretismo cultural, proveniente desde la cultura griega hasta los albores de la racionalidad romana, espíritu simbolizado en la figura de Pietro Bembo; el estrecho vínculo con su carácter pagano, su inclinación por lo sagrado y espiritual de la naturaleza, representado en Teofrastrus y Zoroastro, nombrado en la pintura de Rafael (la escuela de Atenas); el arte renacentista de Tiziano, Leonardo, Mantegna; la belleza de la arquitectura y lenguaje de los moros. A partir de la comparación de los viajes a los dos continentes, el narrador comienza a descubrir que su naturaleza es producto de una mixtura cultural, de una mezcla dinámica de identidades que forma un modo de ser particular al resto del planeta: el mestizaje.

En relación con los núcleos y catálisis de la S3 surgen rasgos de información: el interés del narrador por conocer la historia antigua de Europa; las diferencias entre los reyes de España y la iglesia Católica; la crisis económica de España y la guerra santa con el resto de Europa; la importancia del lenguaje europeo como medio para nombrar la realidad. Y por último, surgen varios indicios: la doble moral del imperio; la visión genocida de la Corona española; la riqueza de la cultura antigua occidental y

su relación con la cultura americana; la tendencia pagana y el carácter sagrado de la naturaleza; la defensa de la vida sobre la muerte; el interés de un mundo humanista frente al teocentrismo.

Además, el texto plantea una crítica a la homogenización de la cultura en detrimento de la diversidad; las políticas de guerra, la centralización del poder mundial, la reducción de la existencia a criterios economicistas. Todas estas características conducen a la configuración del significado del mestizaje, desarrollado por Ospina a través del narrador en *El País de la Canela*, quien relata la mixtura cultural al llegar a Europa en la expresión: “No sólo traigo la memoria sino el texto” (Ospina, 2008: 297). A partir del enunciado puede deducirse el resumen profundo de la obra: el reconocimiento de la cultura occidental y americana. La memoria como el conjunto de experiencias y registros orales que representan el imaginario y las leyendas del nativo y el texto como signo semiótico del lenguaje escrito, la palabra, el universo de las letras clásicas. Y, a su vez, el narrador afirma en sí mismo la configuración del mestizaje.

El hilo conductor de la estructura y el significado del relato se encuentra patente en el autodescubrimiento de la identidad del narrador. Desde el cuestionamiento de su origen, la distinción de las clases de español y adhesión por el europeo culto, el proceso de concientización por descubrir el otro: el nativo, la interpelación e identificación con rasgos propios de la cultura ancestral, el encuentro en sí mismo de ambas culturas hasta el reconocimiento de su definición como mestizo. El texto, narrador, autor y, tal vez, el lector superan el dualismo irreconciliable de las dos concepciones: la occidental y la americana. Por una parte,

deslegitima el camino de la barbarie simbolizada en el fracaso de Pizarro y la reivindicación del aborigen representado en el personaje Unuma, mientras desciende la filosofía de la dominación, desciende la belleza del nuevo mundo en articulación con la riqueza científica, artística, literaria europea para convertirse en un mestizaje de orden cultural.

Las acciones

Dentro del campo literario es imposible concebir la existencia de un texto narrativo sin la participación de agentes, puesto que, al relatar una situación, un suceso o un acontecimiento son indispensables las acciones ejecutadas por los sujetos de la historia. Bajo el mismo criterio, el análisis hermenéutico o semiótico de un texto amerita “el estudio de las acciones más que el examen detallado de lo que... se conoce como personajes” (Romera: 1980: 131). La función del personaje como representación de una imagen individual, en el estudio semiótico pierde validez, debido a que la lectura por acciones conduce a agrupar personajes que se identifiquen entre sí, adquiriendo mayor significado en las acciones que los mismos realizan.

Por ello, desde los diversos roles del personaje y superando la clasificación tradicional de la literatura, Greimas (citado en Romera: 1980) diferencia dos clases de agentes: el actor que representa el personaje personal y concreto, con una identidad y una historia particular y el actante que representan el grupo de actores o personajes). En la novela *El País de la Canela*, Pizarro, Orellana, Encizo, Balboa son actores del relato nombrados en la historia contada por el narrador – mestizo pero agrupados

forman un solo actante: los conquistadores españoles. Esta designación de actantes “se les reconoce por su funcionalidad dentro del relato (destinatarios, remitentes, sujetos, objetos, etc)” (Romera: 1980, 134). Además, se afirma que los actantes se dividen en tres categorías: la relación sujeto y objeto; el vínculo comunicativo entre remitente y el destinatario, el auxiliar y el oponente, entre otros nombres adjudicados a través del tiempo. El primero coexiste por el vínculo del querer, el segundo la comunicación y la confianza y el último, la relación de poder (participación).

De acuerdo a la propuesta de los actantes, en el relato de Ospina aparecen dos momentos de identificación. El relato central señala dos actantes: el narrador y Pedro de Ursúa que no desarrollan acciones concretas, permanecen omniscientes. La segunda clasificación presenta actantes indirectos que participan en la historia. El escritor produce una novela que a partir de la reminiscencia y la imaginación del narrador cuenta la historia y al relatar los hechos a Ursúa, introduce unos posibles actantes. Entre los personajes más destacados tenemos

N	=	narrador	PB	=	Pietro Bembo
P	=	Pizarro	T	=	Teofrastrus
O	=	Oviedo	S	=	Selva
A	=	Amaney	Pd	=	Padre
Nt	=	nativos	Un	=	Unuma
Oll	=	Orellana			

Los actores que participan en cada una de las tres secuencias son:

S1

(N, O, Pd, A)

S2

(N, P, Oll, S, U)

S3

(N, O, PB, T)

Esta clasificación demuestra que el actor central del relato es el Narrador. Su presencia en las tres secuencias permite ser el vaso comunicante entre los diversos micro relatos que estructuran la trama de la novela; es un personaje atípico porque en sí mismo vivencia un estado esquizofrénico que le facilita actuar en diversas condiciones como conquistador, español culto, mestizo, etc., es un actante complejo que se fragmenta al principio del relato y se va unificando al final de la historia. La razón de su peculiar participación simultánea en actantes opuestos es porque al confrontar su identidad al inicio, lo divide; pero a través del proceso de la narración va haciendo rupturas hasta identificarse en una mixtura actancial, es decir, el narrador actúa directa e indirectamente en las acciones de la trama.

El narrador en su proceso evolutivo y de transformación tiene diversos roles: al participar de las expediciones con los conquistadores lo hacen un sujeto dominador; al relacionarse con su maestro Oviedo, Pietro Bembo o Teofrastus se convierte en un sujeto culto y de espíritu intelectual; al identificarse con los nativos y su nodriza Amaney asume

una posición de resistencia; diferente al conjunto de actantes: los conquistadores son sujetos de poder y riquezas materiales; los cronistas, poetas y científicos son la ayuda del narrador en la recuperación de la cultura y objetos del mismo en la búsqueda de su identidad; los aborígenes son sujetos de lucha y resistencia y destinatarios del sometimiento y explotación. El narrador es oponente a la barbarie española y remitente de una cultura nueva: el mestizaje.

La enumeración de los hechos que intervienen los actores –actantes más significativos podría ser:

- A1 = retorno al pasado y confrontación ontológica.
- A2 = viaje en busca de la riqueza de su padre y descubrimiento del mundo aborígen
- A3 = comparación entre las dos clases de españoles
- A4 = reflexión sobre la selva
- A5 = comparación entre la cultura española y la nativa
- A6 = reprobación de los actos de Pizarro
- A7 = viaje al río Amazonas
- A8 = regreso a La Española
- A9 = encuentro y diálogo con Oviedo
- A10 = viaje a Europa (España y Roma)
- A11 = retorno a América y encuentro con Ursúa.

El estudio semiótico actancial examina el sentido de las acciones y los personajes o actantes que las realizan, además de la correlación entre los mismos actores. De acuerdo, a

la segmentación de las acciones puede percibirse el cambio cultural y psicológico del narrador. En primer lugar, el narrador llega como español y en el proceso catártico con el resto de actores y las acciones sufre una transformación. Posteriormente, en el contacto con la cultura nativa y la reflexión que tiene sobre los actos bárbaros de los conquistadores, comienza a descubrirse como otro. Esto lo lleva a conocer, comparar y comprender ambas culturas como parte de la esencia americana. Sin embargo, por ser hijo de español decide viajar a Europa para saber su origen Occidental. El contacto con el viejo mundo lo lleva a diferenciar la cultura clásica de la cultura española y decide rechazar la personalidad del conquistador aceptando la herencia del español culto. Al integrar ambas realidades de identidad, toma conciencia de su condición ontológica. La descripción del proceso transculturador del personaje y el descubrimiento de un significado nuevo de mestizaje se desarrollará en el estudio categorial de la novela.

Relación de las categorías y construcción del significado del mestizaje

“Toda la historia de América Latina ha sido una historia de toma de conciencia, de definición de posiciones, una búsqueda hacia fuera y hacia dentro, y esa búsqueda ha sido muchas veces frustrante y ha sido difícil y los resultados no han dejado de ser muchas veces contradictorios”

(Úslar, 1992:16)

La novela está compuesta por una serie de micro-relatos que evidencian el extrañamiento: ruptura y negación de rasgos de identidad de los personajes o actantes. La proscripción involuntaria de elementos constituyentes de su propio ser, hace que se transformen los cuerpos, los pensamientos, las creencias, los deseos, etc. Por ello, es necesario recordar que el extrañamiento es como “una suerte de presencia y recomienzo constante, es una disposición abierta y sostenida de una lectura del mundo siempre vivencial y siempre dispuesta a desplazarse, a descentrarse, a descubrirse” (Arenas, 2006).

Este dejar algo de sí, en la experiencia de los actantes en la novela *El País de la Canela*, es consecuencia de las interacciones con la selva, agreste para algunos e inocente para otros; que fue trasfigurando el cuerpo y la psiquis de los españoles e indios; y a su vez, las reflexiones y comparaciones del narrador sobre las acciones atroces de los conquistadores modifica su conciencia; al igual que la influencia en la admiración imaginada del nuevo mundo.

Esta idea de indefinición, de interrogación, es el resultado de todo un proceso complejo de extrañamiento y de interrelación entre los grupos humanos, los cuales se “rehacen” a partir de sus relaciones de interdependencia, comunión, conflicto y descubrimiento y redescubrimiento que dan lugar a nuevas constituciones, a nuevos sujetos,

es decir, a nuevas formas de construcción de nuevas subjetividades, para cada cultura, para cada grupo humano.

Retornando al caso de la novela en tratamiento, se aprecia cómo la angustia y frustración de Pizarro por el fallido descubrimiento de un bosque inmenso de canela que condujo a radicalizar su carácter cruel e inhumano es una expresión de extrañamiento. La maldad de Pizarro alcanzó niveles ilimitados en la orden que dio a sus soldados de matar a los indios por un “supuesto engaño”. El sujeto enviado a conquistar las tierras en nombre de la Corona, guardián de las riquezas del imperio español, termina por cambiar su forma de pensamiento, es decir, surge una negación de sí mismo para convertirse en otro. Por consiguiente, la imagen occidental del personaje padece la pérdida de características propias del español. El cambio de personalidad, en palabras del narrador, testigo del holocausto salvaje, informa que “Pizarro no empezó a matar a los perros para alimentar a los indios sino que empezó a matar a los indios para alimentar a los perros” (Ospina, 2008:131).

Después del frustrado intento por descubrir el país de la canela y la desesperación por los escasos de alimentos para continuar la travesía por el Amazonas, inculpó del hecho a los nativos. Para liberar su ira ordenó asesinar a un grupo de indios. Frente a semejante acto de barbarie, algunos soldados de Pizarro se extrañan de las órdenes de su capitán y de sí mismos, obteniendo ante su protesta el mismo trato que los nativos. El registro del hecho queda plasmado en las palabras de Baltazar Cobo: “Capitán: ¿no le bastó con traernos al infierno? ¿Tenemos que convertirnos en demonios también?” (Ospina, 2008:134). La intención del narrador con este pasaje consiste en destacar la actitud de oposición de los soldados y el distanciamiento del rol como conquistador y reivindica un destello de

humanidad e indignación. De igual forma, notamos cómo los hombres cambian, según Úslar (1992):

Ese hombre cambió de inmediato y tanto cambió que comenzó por no ser semejante a los españoles que habían quedado en España. Allí mismo surgió el nombre de indiano, de perulero, de todos los nombres que se le dieron al español que había venido a América” (21)

La preocupación de los soldados y el temor en los constantes cambios de Pizarro hizo palidecer de miedo a los acompañantes, un miedo profundo y espiritual, un miedo a dejar de ser humano para convertirse en un monstruo. Ospina intenta restar importancia a la premisa hobbesiana planteada en su *Leviatán*, de que el hombre es malo por naturaleza para afirmar, de forma indirecta, que el hombre es producto de las circunstancias, que si bien no es posible olvidar las atrocidades de los conquistadores, tampoco es necesario negar por estos hechos la herencia significativa de la cultura de occidente. Sin embargo, Úslar expresa que los soldados extrañados comenzaron a sentir y pensar que “no eran semejante al español”. Esto implica un distanciamiento al ethos e imaginario de los conquistadores en América y una ruptura de su ser.

Todos hemos sufrido un insondable extrañamiento, que des-personaliza el sujeto para convertirlo en otro diferente a sí mismo, sea bueno o malo. A pesar de los hechos, la imagen positiva de Pizarro, que en un momento declara el narrador-mestizo; se desvanece, demostrando que el ambiente natural es la causa de la transformación de su conducta. El narrador termina expresando que “después de atravesar sus dominios (la selva) tardamos mucho en volver a ser los mismos” (Ospina, 2008:63)¹⁵.

Nuevamente, el argumento de Úslar (1992) cobra vigencia, al afirmar que:

¹⁵ La cursiva es nuestra.

Al día siguiente del descubrimiento de América, irremediablemente, el español ya no pudo seguir siendo el mismo que era, pero el indio americano tampoco. No hubo regreso para ninguno de los dos. (23)

Por ello, las inclemencias climáticas de la selva que padecieron tanto indios como soldados españoles; la ferocidad y peligro de la diversidad de la fauna y la flora; las intransitables montañas laberínticas que laceraron los cuerpos de los exploradores, dejando huellas imborrables en el rostro y las extremidades. Los encuentros con aborígenes desataron irracionales batallas hasta acaecer los cuerpos que fueron absorbidos, en el silencio, por la madre tierra y a otros convirtiéndolos en míticos cíclopes como fue el caso de fray Gaspar de Carvajal, Francisco de Orellana y otros, reconocidos al llegar a la isla Cubagua como el “barco de hombres tuertos” (Ospina, 2008:275), imagen que influyó con temor en el ethos de la población, modificando la forma de pensar y experimentar la vida en el nuevo mundo. Estos hechos fueron transformando los aventureros hasta llegar a concientizarlos de que ya no eran los mismos.

El mismo narrador sufre los cambios de aquel encuentro, el texto informa que es producto de una mezcla interracial, entre un padre de raza impura, por ser descendiente moro y una madre indígena. Pero por otro lado, la herencia cultural de su progenitora, la afectación espiritual de la madre tierra y el arte aborígen, los avatares de las batallas y las infamias contra los indios, la experiencia de vida en la isla con su nodriza Amaney, su verdadera madre; la influencia ideológica de Oviedo, el predominio humanista de Pietri Bembo, la determinación filosófica de Teofrastus, etc. hizo del narrador un nuevo sujeto, que en el progresivo relato fue descubriendo que “yo era otro, la vida me había cambiado [...]” (Ospina 2008:278).

El proceso de extrañamiento del narrador inicia en el instante en que se halla interpelado por las arbitrariedades del español hacia el indio y la contemplación de la cultura aborigen; empieza a sentir y a comprender que no es el mismo sujeto que habitaba Cubagua, que soñaba con riquezas y grandes batallas, que admiraba a su padre y guerreros heroicos dignos de imitar. Su posición crítica hacia el conquistador dominador y genocida, lo arroja a los brazos de la soledad en una confrontación constante y ardua de su identidad. El narrador-mestizo comienza a dudar de sí mismo y a extrañarse cuando señala que

ante nuestros guerreros yo tenía el corazón partido entre la admiración y el rechazo: tan valeroso eran los hechos que cumplieron, tan brutal la destrucción que obraron sobre un mundo que yo en mi corazón veneraba
(47)

Esta reflexión produce un distanciamiento racional, una ruptura temporal y un cambio de conciencia; lo despersonaliza y le exige una campaña de descubrimiento distinta a la que tenía por objeto al llegar a las tierras incas, es decir, si el propósito era dominar las tierras conquistadas y apoderarse de las riquezas, ahora el objetivo consistía en conocer el patrimonio cultural de sus ancestros. A través del viaje realiza comparaciones y preguntas. Reconoce estar confundido. La travesía por la selva americana desvía su atención y lo lleva a interrogarse por su origen y herencia cultural. En el relato señala que “no se sabe quién va extraviado si el que persigue bosques rojos o el que busca desnudas amazonas” (Ospina, 2008: 51). El narrador descubre que existen dos tipos de españoles: los que van en busca de riquezas materiales y los que recopilan fortunas culturales, entre el conquistador y el cronista. Este pasaje profundiza el estado de angustia ontológica del narrador que termina por continuar indagando por su identidad. Sin embargo, comienza a identificarse con el español culto, rasgo permanente durante la historia que asume como parte del ser mestizo.

En adelante el contador de historias va a sufrir una serie de transformaciones internas y externas. Si bien su lado español le requería no interceder por el indio, su conciencia de nativo lo atormentaba

...yo fui de los muchos indignos que aceptaron en silencio la infamia. Sé que en esos días he debido morir, sé que el amor que me habría brindado una india de las Antillas exigía que yo me opusiera también a aquel holocausto (Ospina, 2008:134).

El personaje descubre que no es el mismo. El amor y el dolor que sentía por el nativo reafirman el extrañamiento que sufría pero se debate en una lucha interna. Por ese motivo, su viaje a Cuzco y al río Amazonas representa el proceso catártico y la búsqueda de su origen. Al terminar el recorrido por la serpiente sin ojos y llegar con vida a Cubagua, después de una confrontación constante con la selva, los conquistadores, los aborígenes, el entorno, termina señalando que ya no es el mismo, es decir, el viaje transforma los rasgos de su personalidad española, en el camino va perdiendo unas y adquiere otras que moldean permanentemente su nueva identidad. Por tal razón, el narrador se transculturaliza y descubre su otredad. El nuevo modo de ser del personaje –narrador combina los rasgos españoles y las características nativas hasta la configuración del mestizaje. Un mestizaje siempre abierto a ser permeado por el otro o lo otro.

Vale la pena, para este caso, resaltar y discutir respecto de lo que Ospina propone en relación con la categoría identidad, desde el mestizaje. Sin embargo, el proceso constructivo de identidad y valores socio-culturales en América Latina, no permaneció estático o generó a partir de su punto de convergencia entre la cultura europea y la cultura aborígen una nueva red de complejas interrelaciones, no, en esa dinámica e interrelación intervino un nuevo sujeto, el inmigrante involuntario al paraíso edénico narrado por los

cronistas de Indias, el negro, el africano, el cual al igual que el español sufrió un trauma y un extrañamiento por el periplo realizado desde su tierra de origen hasta este continente.

El negro, en palabras de Úslar, más allá de estar referenciado bajo el signo de la esclavitud, tema de obligado desarrollo en otras lides, vino a dar el sustento y nutriente de una pedagogía mágica, de la cual es producto, parte y constituyente Amaney, en su relación con el mestizo-narrador. Del mismo modo, Úslar (1992), hace referencia a la crianza de Simón Bolívar, por parte de las dos nodrizas negras Hipólita y Matea. En opinión del autor la crianza logró, en otras cosas transmitir:

Una visión mágica del mundo, sin duda alguna, una visión mágica que no tenía el español y no la podía tener. Una visión mágica que sí tenía el indio, pero de otra manera (26.)

Obsérvese que esta característica, el de la pedagogía mágica, la cual se obvia en la mayoría de la historiografía oficial; es un rasgo constitutivo de ese sujeto histórico, que es un paradigma, como lo es Bolívar, pues el propio Úslar, señalaría, en un ensayo titulado *Bolívar* (1969), que en Bolívar lograba apreciarse, lo blanco, lo indio y lo negro, pese a su formación bajo las ideas de la Ilustración, y su descendencia criolla, muestra de esto, es la propuesta política y proposición teórica reflexiva que se expresa en su *Discurso de Angostura* (1819), en la que habla de los “pequeños seres”, del género humano americano, afirmando que “no somos europeos ni americanos del norte”, y señala como elementos constitutivos de nuestra identidad el árbol triple, las raíces española, aborigen y negra. Esta idea será abordada con mayor énfasis por Vasconcelos y su propuesta de la raza cósmica.

Volviendo a la novela *El País de la Canela*, nótese cómo el mestizo empieza a sentir que no es el mismo, que es el resultado de diversos eventos, que padece el renacimiento de un ser nuevo, que en la novela simboliza una raza diferente, con mixtura, una

raza tripartita llamada por Ospina “*mestiza*”. El extrañamiento conduce no a la desaparición de los sujetos sino al nacimiento de un “*País de la Canela*”, reflejado en la imagen que expresa el narrador de su madre “aquella mujer de canela que le entregó a mi padre su destino” (Ospina, 2008:24).

Por otra parte, es inconcebible referir el proceso de extrañamiento sin la relación inherente con el concepto de transculturación. El hecho de extrañarse a sí mismo implica un movimiento hacia afuera, es decir, el otro o lo otro. El sujeto por naturaleza es un ser abierto que se modifica con el contacto. El encuentro e intercambio de lenguaje, pensamientos, emociones producen una alteración y transformación de la cultura. Ese estado de cambio afirma que el hombre trasmuta con el tiempo, que es inevitable dejar de ser para descubrirse en la otredad.

En este sentido, nuevamente nos situamos en el terreno de la discusión en torno a las ideas de Ortiz en su *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, con el concepto transculturación que elaboró:

Entendemos que el vocablo transculturación expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque éste no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz angloamericana de *acculturation*, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial *desculturación*, y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse *neoculturación* ().

El conjunto de todos los elementos nombrados es lo que forma el fenómeno de transculturación. Por eso, el extrañamiento es un componente esencial de esta categoría. Si no presenta la cultura un desarraigo al encuentro con otra expresión, es imposible el amestizamiento. Vale señalar que la trasmutación cultural no es uniforme en todos los

pueblos, a pesar del vasto y común territorio caribeño. En el mismo espacio y tiempo pueden surgir variadísimos fenómenos de carácter complejo, es decir, simultáneamente se presentan ritmos de transculturación, unos más lentos que otros; tal vez unos aporten más y otros menos.

La propuesta de Ortiz (1940) realizará un importante aporte en este sentido, pues al incorporar esta nueva expresión a los estudios sociales y culturales en el ámbito latinoamericano, permitirá dilucidar con su noción algunas ideas que giran en torno a la raza, la nación y el intercambio de bienes y servicios en América latina. Naranjo Orovio (2001) al referirse a estos productos señalaría que la propuesta de Ortiz es verdaderamente original, pues:

Su análisis de la identidad y del imaginario nacional lo hace a partir de las culturas y no de las razas. No pretende establecer el alma de lo cubano ni definir la cubanidad ya que esta se presenta de manera cambiante continuamente. Su riqueza y grandeza para este antropólogo radicaba precisamente ahí (157)

Esta concepción dinámica de la cultura, y los procesos que intervienen en la misma, es mucho más extensa y menos restringida que los términos ingleses de aculturación o pérdidas absolutas de procesos culturales, pues los partícipes y hacedores de la cultura son los sujetos quienes participan de fenómenos cambiantes en el tiempo que configuran y reconfiguran las identidades.

Desde un principio, producto de la influencia de su nodriza y el proceso de una pedagogía mágica, el narrador en la novela de Ospina, siente el espíritu natural del universo amerindio en su alma, el imaginario de una espiritualidad pagana y de una cultura que desde siempre le era propia, “gracias a ella estaban en mi sin saberlo las leyendas del agua” (Ospina, 2008:282). Este dilema identitario será un ardid de Ospina para estructurar

la trama de la novela y desde ese contexto poder recrear la historia desde un horizonte ideológico de los vencidos o del mestizo pero, a su vez, demostrar la diversidad cultural a partir de las trasmutaciones de los actantes.

Observemos cómo el narrador lucha no solo en los escenarios de batalla en la conquista contra los indios, sino que al interior de sí mismo combate contra varios imaginarios, “Para mí el océano separaba dos reinos, pero también dos edades del mundo; me parecía ver partes irrenunciables de mí ser divididas por un gran silencio” (Ospina, 2008:297). Esta situación constante comienza a develarse en el devenir del relato hasta reconocerse a sí mismo, pero no como un ser acabado sino un sujeto cultural abierto a recibir y dar. El mismo relato presenta diversos procesos de transculturación. Este proceso es comprensible si se incluye la existencia del otro como realidad independiente que intercambia, de manera involuntaria e inconsciente, expresiones culturales.

Del mismo modo, para que exista transculturación es importante reconocer la presencia de mundos externos. El universo está compuesto por una diversidad de cosmovisiones que interactúan entre sí, se transforman y mantienen independencia. Esas realidades no son únicamente las personas o las culturas, también puede ser la naturaleza o un texto. El otro y lo otro como expresiones particulares de sentido y significados contribuyen a la configuración constante de realidades (Zavala, 1991). Por ello, es comprensible la defensa de Ospina de la diversidad ante las posturas que reivindican la homogeneidad. Puede haber múltiples formas que convergen en aspectos comunes, pero es imposible la uniformidad, la univocidad de la cultura y la identidad de los pueblos.

Sin embargo, la propuesta bajtiniana (citado en Zavala, 1991:153) de otredad no consiste “en la detallada descripción de Derrida del <<trazo>> como una relación diferencial

de alteridad (y no <<otredad>>) que destruye toda presencia de ser... la primera se refiere a las dimensiones psicoanalíticas, la última a otro distinto de uno mismo”. La otredad es una categoría que revela la existencia de un sujeto implícito en nosotros mismos pero que todavía no es y necesita de la presencia del otro en el sí mismo. Esto indica que la transculturación no sólo es una transmutación únicamente exterior (otras subjetividades) sino interior (otras voces) del sujeto cultural. En ello reside la complejidad del mestizaje. La interconexión entre las culturas y el diálogo interno de las mismas, producen una comunicación y modificación de cosmovisiones.

En el caso de los personajes de *El País de la Canela* se encuentra representado el fenómeno, en la imagen del padre del narrador. Al principio del relato, Ospina (2008) hace que el infante conciba a su progenitor como un aguerrido conquistador español, información que lo llevó creer que había crecido “en el orgullo de ser blanco y de ser español” (21) pero al final del descubrimiento de su identidad en Europa, conoce que es heredero de un “moro converso” (300), es decir, su padre no era de sangre española pura, sino que su identidad era producto de la mezcla racial y cultural. Esto indica que la transculturación en el mestizaje latinoamericano es un suprasincretismo¹⁶ cultural.

De la misma manera, el narrador es un arquetipo cultural suprasincretista. Se puede imaginar el lector crítico, los diversos imaginarios que confluyen en el sujeto mestizo del relato. Igualmente, Ospina al comienzo de la novela, informa paralelamente al actante y el lector de la mixtura cultural. La diferencia radica en que el narrador desconoce su realidad y debe autodescubrirse a través de los viajes, mientras el lector conoce la realidad del

¹⁶ Neologismo utilizado por Benítez Rojo para significar “el complejo sincretismo de las expresiones culturales” (1998:26). En términos básicos, el suprasincretismo es la suma de suelos y subsuelos de imaginarios que configuran una cultura.

actante pero necesita de los relatos para conocer la visión histórica de América desde la perspectiva del mestizo. Es un juego narratológico del autor o un ardid para involucrar y reconstruir el presente a partir del pasado.

En el proceso de búsqueda y confrontación ontológica, el narrador transita por diferentes experiencias de conquista, participando de manera pasiva o indiferente en los sucesos de la historia. La mayor parte de sus acciones son dedicadas a recolectar en la memoria, los acontecimientos desde una lectura perspectivista y, por el contrario, la mayor parte del tiempo consiste en escuchar de los aborígenes los registros culturales y a descubrir su identidad.

Además de la complejidad sincretista de algunos personajes, hacen presencia en la configuración del ser latinoamericano, otreidades de distintas regiones y textualidades: la cultura clásica simbolizada en los actores Pietro Bembo, Teofrastus, Fernández de Oviedo que permean al narrador con el saber de las letras y la ciencia; los rasgos ancestrales inculcados desde la pedagogía mágica por su nodriza y madre Amaney, personaje que representa la cultura aborígen; la experiencia guerrerista y conquistadora de Pizarro, Orellana y el mismo padre; las influencias imaginarias de los relatos contados por los nativos y los cronistas. La construcción de una cosmovisión diferente y suprasincretista, hará que el personaje y sus descendientes tengan un modo de ser propio y peculiar al resto del mundo y este creará un imaginario de existencia, frágil a nuevas significaciones en el tiempo.

La última categoría que completa el constructo del mestizaje es el imaginario. Para precisar el término, es imprescindible considerar que las representaciones míticas, simbólicas y mágicas resguardadas en el texto, definen una epistemología diferente de

comprender el multiverso latinoamericano y son parte de una nueva lógica del pensar no racional. Por esta razón, Ospina incluye en la reflexión del actante protagónico la idea de una filosofía del imaginario, entendida como una lógica ilógica.

Lo imaginario se fundamenta en la noción de Eliade y Corbin de Pluralismo donde “la existencia de fenómenos [...] se sitúan en un espacio y tiempo diferentes” (Durand, 2000: 100). La definición implica la imposibilidad de entidades homogéneas, fijas en un tiempo universal; al contrario, la diversidad habita en mundos paralelos interconectados entre sí, susceptibles de reversión. En este sentido, continúa señalando que “el estatus de identidad ya no es, como dicen los lógicos, la extensión del objeto/concepto (es decir, el conjunto de objetos que subsume), sino <<la comprensión>>” (101). De igual forma, es deducible que el imaginario no constituye la elaboración de un modo de ser acabado. Su naturaleza se opone a la pretensión de la ciencia moderna y la metafísica clásica de alcanzar una verdad objetiva y, se propone construir desde el campo de la irracionalidad del hombre, imágenes provenientes del ensueño, el mito, la leyenda, el sueño, ritos, etc., propias de regiones lejanas, realidades excluidas y relegadas por las antiguas epistemologías.

Por lo tanto, el imaginario es la representación simbólica de imágenes o atributos sustantivados de la realidad. Por ejemplo, la representación mental que tienen los Cardenales del Vaticano sobre las amazonas es una comprensión de la leyenda arraigada en el ethos clásico de la tradición, que dista de la idea mítica que tienen los nativos en América; junto a la concepción religiosa que poseen de la mujer. Los dos aspectos forman en la estructura de pensamiento de los religiosos católicos un imaginario ensoñador, no un concepto universal de la realidad.

Para los prelados, era inconcebible “la idea de unas mujeres acostumbradas a organizar su vida sin hombres, entregadas sin duda a amores entre ellas y sin frenos ante la lujuria” (Ospina, 2008: 315), cuando en verdad, la palabra divina plasmada en las sagradas escrituras reza lo contrario: subordinación al hombre y dependencia del mismo. En el libro Génesis (3,16) Dios expresa “...hacia tu marido irá tu apetencia y él te dominará”. De la misma manera, los nativos reconocían la existencia de unas mujeres distintas al resto de las que existían en las comarcas. Eran independientes, altas, fuertes y feroces, aunque los indígenas desconocían la leyenda de las Amazonas tenían un imaginario diferente de algunas mujeres. En consecuencia, el relativismo y perspectivismo es un componente del imaginario y éste un elemento constituyente del mestizaje.

Así mismo, el narrador revela la duplicidad de la selva a partir del imaginario de los conquistadores y la representación del nativo. Los primeros conciben la naturaleza americana una entidad viva y agreste, despiadada con el hombre español a través de sus elementos que la componen: los fuertes vientos, los riscos montañosos, las variables e imprevisibles temperaturas climáticas, los animales que la configuran. Es una naturaleza vengativa contra el invasor o con quién la afecta, posee un carácter infinito e indestructible, inabarcable. Mientras para el aborigen y el mestizo, “la diosa madre” (Ospina, 2008:102) es maternal, protectora, es silenciosa, inocencia, es decir, “lo que palpita es el secreto de la vida y la muerte, una cosa total e inaccesible” (Ospina, 2008:144).

La selva es una mezcla antagónica de realidades: engendra la vida de una serie de seres que armonizan con el ecosistema, pero también fecunda la muerte, al ser violentada expresa la furia para destruir a todo a su paso. La selva representa ambos mundos, se pliega: es feroz como el bravo conquistador e inocente e ingenua como al nativo. Esta

comprensión óptica de la selva son los diversos imaginarios que el autor señala de reconstrucción del nuevo mundo. Son las imágenes creadas e imaginadas por españoles, indios, negros, mestizos que hicieron de la selva una red compleja de significados. La realidad es solo producto del imaginario del hombre, cuyo resultado es producto del suprasincretismo cultural y del lenguaje.

De igual forma, el mestizaje no como condición ontológica sino como expresión cultural es un imaginario. Las representaciones simbólicas de un pueblo o un sujeto son las proyecciones oníricas que responden a sus necesidades o intereses en diversos ordenes: religiosos, sociales, culturales, políticos, etc. La imagen evidente del relato lo ostenta el narrador al prefigurarse como sujeto mestizo. Esa realidad es una interpretación subjetiva que elabora el actante en su viaje por la memoria personal y la historia de la conquista. Del mismo modo, el bagaje cultural mítico de los españoles articulados a los imaginarios del nuevo mundo lo condujo a dibujar un universo propio. Ese encuentro y desencuentro en el sí mismo y con el otro, permitió la creación de universos culturales paralelos habitados en el mismo espacio geográfico y existencial, universos concebidos como imagen a partir de las experiencias personales de los actantes.

Estas categorías identificadas con significados novedosos llevan a elaborar un significado de mestizaje distinto. No es la clásica definición de una mezcla raizal o un encuentro cultural. El mestizaje contiene dos nociones simultáneas que configuran el ser latinoamericano. En primer lugar, el mestizaje es una condición ontológica dinámica, su naturaleza reside en un devenir eterno que alberga una serie de manifestaciones: extrañamiento, transculturación y otredad con diversos matices. Esta característica afirma que el mestizaje no es una entelequia sino una realidad histórica, que participa de la

temporalidad para lograr la emancipación hacia otras realidades u otredades que habitan en el ser devenido.

En relación con lo anterior, un segundo aspecto consiste en el mestizaje como encuentro inevitable de mundos que configuran a cada instante imaginarios, significados o modos de existir temporal, aquí y ahora. El mestizaje no sólo es un fenómeno manifestado en el ámbito biológico, ni la mezcla raizal y cultural sino una imagen simbólica temporal producto de los sincretismos culturales que se deconstruyen y resignifican en los encuentros y desarraigos con el otro hacia una nuevas otredades o mundos culturales.

Sin embargo, es necesario aclarar dos nociones de mestizaje que el estudio plantea y son en la diferencia constituyentes de una unidad maleable: el mestizaje como condición ontológica dinámica, antes descrita y el mestizaje como producto de la transculturación de las subjetividades. La segunda permite la inevitable representación como imaginario temporal de las expresiones culturales. En la medida que existe un desencuentro, se afirma como nuevo imaginario de sincretismo, o mejor suprasincretismo.

Además, desde la perspectiva de la asincronía y asimetría del sincretismo no puede existir en la visión compleja una reducción a un tipo de mestizaje. En la noción del imaginario habría diversos mestizajes simultáneos en un espacio geográfico y existencial común como es el multiverso caribeño. Las expresiones artísticas, los diversos lenguajes, las costumbres alimenticias, los ritos, la visión sacralizada de la naturaleza contienen matices diversos en el ser latinoamericano pero también participan de rasgos similares que los caracteriza como herederos de una memoria mezclada de realidades históricas, religiosas, políticas, culturales etc. En la misma literatura cubana aparece esta paradoja: el imaginario criollista de Alejo Carpentier y el imaginario mulato de Nicolás Guillén. En este

sentido, la naturaleza latinoamericana es múltiple en su identidad dentro del marco del significado del mestizaje.

www.bdigital.ula.ve

CAPITULO V

CONCLUSIONES

A partir del estudio semiótico, la aplicación de las categorías al interior del texto y la relación de ambos campos interpretativos utilizados en la comprensión del significado del mestizaje en el relato *El País de la Canela* es posible señalar los siguientes planteamientos:

El mestizaje no es un encuentro o choque cultural ni una mixtura raizal ni racial. Estos aspectos son rasgos exteriores o afectaciones sensitivas de la misma en el contacto con el mundo de afuera. Por el contrario, es una condición ontológica dinámica, más que un modo de ser; que implica un conjunto de factores que la convierten en una entidad viva. El primer componente y rasgo esencial del mestizaje o del ser latinoamericano es el extrañamiento. La naturaleza del hombre americano es un constante dejar de ser en sí, es la pérdida permanente de identidad en el contacto con el mundo exterior, no es extraño relacionar la idea de García Márquez y Octavio Paz de la soledad con este rasgo.

Además, el mestizo no solo sufre un extrañamiento sino que reconoce la existencia de un mundo externo que lo afecta, lo habita y lo modifica, le ofrece características que las adopta en una permeabilidad inevitable. El mundo del afuera es próximo y en su contacto le revela una nueva otredad, un modo ser diferente de sí mismo que libera en el proceso características de identidad y adquiere otros que mezclados constituyen un modo ser

características de identidad y adquiere otros que mezclados constituyen un modo ser actualizado. Ese eterno reencontrarse como otro determina la naturaleza dinámica, viva y mutable del mestizaje.

Por otro lado, el extrañamiento y la otredad no existirían sin la transculturación. El mestizaje produce un movimiento y un contacto con la realidad externa, trasfiere al otro, partículas de cultura y al mismo tiempo lo recibe siendo otro. Ese movimiento indica el traslado ciertos rasgos culturales a otro pero no como suma de partes de un todo. Esas se mezclan para formar una realidad compuesta de ambas culturas.

Y por último, demuestra que el mestizaje no es una entidad sujeta sino libre, carente de inmutabilidad. Por eso, es imposible definir la identidad latinoamericana en términos de una metafísica clásica. No es posible expresar qué *es* el ser americano, ni sentenciar cuál es la cultura final, la verdad que abarca los rasgos esenciales, la naturaleza inmóvil; al contrario, ese resignificarse en el tiempo y espacio con el otro permite concebir sus propios imaginarios de cultura. En este sentido, planteo dos cosas: la simultaneidad de identidades en un mismo territorio geográfico y existencial (diversidad) y las asincronías y asimetrías de las mismas.

En síntesis, es posible interpretar que la forma narrativa por enlace afirma, en primera instancia, la tesis de Ospina de que el mestizaje no fue un encuentro sino choque brutal de culturas; a pesar de la resistencia triunfa la dominación. Sin embargo, aunque el autor describe en forma paralela y simultánea la barbarie española entre líneas explicará la aparición de un nuevo modo de ser y en ello estriba el segundo aspecto, la mixtura biológica, cultural, histórica del cual somos herederos y que como evento indeseado o

inesperado no es posible negarlo, al contrario, sólo si nos reconocemos en la actual condición ontológica (mestizaje) se puede proyectar el verdadero país del futuro.

Por otra parte, existe un mestizaje lingüístico que caracteriza la lengua americana, imposible de afirmarse única y fiel a los registros de la lengua castellana. A pesar del avance de la escritura occidental, hubo la necesidad de incluir términos nativos para comprender el nuevo mundo, puesto que, en la perspectiva del español, “muchas cosas carecían de nombre y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo” (García Márquez, en, Ospina, 1999:79).

Para finalizar, es importante señalar que aunque utilizaron palabras de España para nombrar el nuevo mundo, por no hincarse ante las lenguas de nativos, consideradas inferiores, tuvieron que recurrir a los nombres originales de las cosas dados por los aborígenes. Este hecho propició un sincretismo lingüístico que enriqueció la palabra y permitió la reconstrucción del multiverso americano en algunas crónicas de autores españoles. A través de la lengua escrita se introduce la lengua oral y la memoria de los pueblos americanos. Ahí comienza a fluir en la mixtura lingüística la configuración del nuevo mundo.

Asimismo, sin escatimar la ardua tarea narrativa de Ospina por abordar el significado de mestizaje y siendo consecuente al asumir su condición, utiliza como criterio estético formas narratológicas híbridas que evidencia el carácter mestizo de las estructuras del relato y los esquemas sintagmáticos. Las rupturas, las discontinuidades, las digresiones en el marco de una coherencia de sentido evidencia la importancia del escritor colombiano por reconocer en la conciencia y en las prácticas culturales, su nueva identidad. En esta perspectiva los tópicos, el lenguaje, los registros narrativos, los hechos históricos, etc. se

convierten en elementos determinantes para acentuar el amestizamiento total de América Latina con sus diversidades o matices.

www.bdigital.ula.ve

REFERENCIAS

Arenas Carrillo, R. (2006). Del extrañamiento. Disponible en: <http://noemagico.blogia.com/2006/031101-del-extranamiento.php>. [Consulta, 27/01/2012]

Capdevila i Castelle, Pol. (s.f). Experiencia estética y hermenéutica: un dialogo entre Emmanuel Kant y Hans-Robert Jauss. <http://ddd.uab.cat/pub/tesis/2006/tdx-0117107-150402/pcc1de1.pdf> [Consultado, 09/05/2012].

Chatman, S. (1990). Historia y Discurso: La estructura narrativa en la novela y el cine. España: Ed. Taurus

Deleuze, G. y Guattari, F. (1977). Rizoma: Introducción. Pre-textos.

Durand, G. (2000). Lo imaginario. Barcelona: Ediciones del Bronce.

Eagleton, T. (1998). Introducción a la teoría literaria. Traducción de José esteban Calderón. México: Fondo de Cultura Económica.

Eco, U. (2000). Tratado de semiótica general. Traducción Carlos Manzano. Barcelona: Lumen.

Gadamer, H. (1998). Verdad y método. Salamanca: Sígueme.

Geertz, C. (2003). La interpretación de las culturas. Duodécima edición. Barcelona: Gedisa.

González, Ariel. (2009). El problema de la escritura en las relaciones entre filosofía y literatura: Lyotard, Bajtín y Derrida. Disponible en: <http://repository.urosario.edu.co/bitstream/10336/1780/1/80094389/.pdf>. [Consultado, 07/05/2012].

González Monteagudo, J. (1996). Las historias de vida. Aspectos históricos, teóricos y epistemológicos. En cuestiones pedagógicas No. 12, 223-242.

González Monteagudo, J. (s.f). El paradigma interpretativo en la investigación social y educativa: nuevas respuestas para viejos interrogantes. Disponible en: http://institucional.us.es/revistas/cuestiones/15/art_16.pdf [Consultado, 07/05/2012].

Habermas, J. (1982). Conocimiento e Interés. Madrid: Taurus.

Heidegger, M. (2000). Tiempo y Ser. Traducción Manuel Garrido. Madrid: Tecnos.

Herner, María T. (2009). Territorio, desterritorialización y reterritorialización: un abordaje Teórico desde la perspectiva de Deleuze y Guattari. Disponible en: www.biblioteca.unlpam.edu.ar/pubpdf/huellas/n13a06herner.pdf. [Consulta, 17/02/2012]

Hoyos, G. y Vargas, G. (1997). La teoría de la acción comunicativa como nuevo paradigma de investigación en ciencias sociales: las ciencias de la discusión. Bogotá: ICFES ASCUN

Hutcheon, L. (1980). Narcissistic narrative: Metafictional paradox. Canadá: Wilfrid Laurier.

Jauss, Hans R. (1975). El lector como instancia de una nueva historia de la literatura. Disponible en: <https://ddv.ull.es/users/larozena/public/Textos/Jauss: El Lector como Instancia.pdf>. [Consulta, 23/11/2011]

Juan-Navarro, S. (1998). La metaficción historiográfica: en el contexto de la teoría postmodernista. Valencia, España: Ediciones Episteme, S.L.

Leighton, Matt. (2009-2010). La hermenéutica: una introducción. Disponible en: <http://www.grcbible.org/pdf/mleighton/hermeneutica01.pdf>. Edificación cristiana. [Consulta: 25/07/2012].

Liotard, J. (1987) La condición postmoderna. Traducción de Mariano Antolín Rato. Madrid: Cátedra.

Marcuse, H. (1964). El Hombre Unidimensional. España: Ariel.

Montes, P. (2012). Resignificación del sentido el Aleph de Borges desde las categorías de la estética de la recepción. Ponencia no publicada seminario Teoría Crítica. Universidad de los Andes. San Cristóbal.

Muñoz, B. (2009) La escuela de Frankfurt: primera generación. Universidad Carlos III de Madrid: Diccionario crítico de ciencias sociales.

Ospina, W. (2008). El País de la Canela. Bogotá: Norma.

_____. (1999). Las Auroras de Sangre. Bogotá: Norma.

_____. (2009). Mestizaje e Interculturalismo: diálogos con William Ospina. Bolivia: Sirena.

_____. (2011). América Mestiza: el país del futuro. IV edición. Bogotá: Nomos Impresores.

Ortiz, F. (1987). Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Pacheco Acuña, Gilda. (s.f). Cuentos de mi tía pachita desde los conceptos teóricos de reader-Response y los de Wolfgang Iser. [Http://www.ciicla.ucr.ac.cr/dspace/bitstream/123456789/161/1/021-pacheco.pdf](http://www.ciicla.ucr.ac.cr/dspace/bitstream/123456789/161/1/021-pacheco.pdf) [Consultado, 08/05/2012].

Padrón, J. y Camacho, H. (s.f) ¿Qué es investigar? Una respuesta desde el enfoque epistemológico del racionalismo crítico. En Telos, revista de estudios interdisciplinarios de la Universidad Rafael Bellosó Chacín. Vol. 2, No. 2. Pp. 314-330.

Paz, O. (1998). El Laberinto de la Soledad. España: Fondo de Cultura Económica.

Piché, Claude. Experiencia estética y hermenéutica literaria. (s.f). www.revistas.unal.edu.co/index.php/idval/article/download/8852/9496 [Consultado, 09/05/2012].

Popper, K. (1980). La lógica de la investigación científica. Traducción de Víctor Sánchez de Zavala. Madrid: Tecnos.

Ricoeur, P. (1999). Teoría de la Interpretación: Discurso y excedente de sentido. México: siglo XXI.

Romera Castillo, J. (1980). Elementos para una semiótica del texto artístico: Teoría y técnica del análisis narrativo. Madrid: Ediciones Cátedra, S.A.

Saer, J. (1998) El concepto de ficción. Buenos Aires: Ariel-Espasa-Calpe.

Sarmiento Vásquez, C. (s.f). Realidad y ficción: la ficcionalidad. Disponible en: www.monografias.com/trabajos13/reayficc/reayficc.shtml. [Consulta, 27/11/2011]

Spang, K. (1998) Apuntes para una definición de la novela histórica. Disponible en: http://www.culturahistorica.es/spang/novela_historica.pdf. [Consulta, 27/11/2011]

Torodov, T. (1988). Conquista de América: El problema del otro. Madrid, España: Ed. Siglo XXI.

Vargas, C. (2009). El País de la Canela: historia y ficción. Disponible en: www.ucm.es/info/especulo/numero43/pcanela.html. [Consulta, 22/01/2011]

Zavala, I. (1991). La Postmodernidad y Mijael Bajtin: Una poética dialógica. Madrid, España: Ed. Espasa-Calpe.

www.bdigital.ula.ve

CURRICULUM VITAE

Pedro Nelson Montes Hernández nació en la provincia de Salazar de las Palmas, un pequeño y antiguo municipio del Departamento Norte de Santander (Colombia), el día 3 de abril de 1974. Egresó de la Universidad Santo Tomás en Bogotá, con el título de licenciado en Filosofía y letras. Actualmente se desempeña como docente en propiedad de la Institución Educativa Claudia María Prada, adscrita a la territorial de la secretaria de educación municipal de la ciudad de Cúcuta, en las áreas de lengua castellana y filosofía. Laboró en la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP – Territorial Norte de Santander – Arauca) como tallerista y co-investigador en el proyecto de derechos humanos en la ciudad de Cúcuta.

www.bdigital.ula.ve